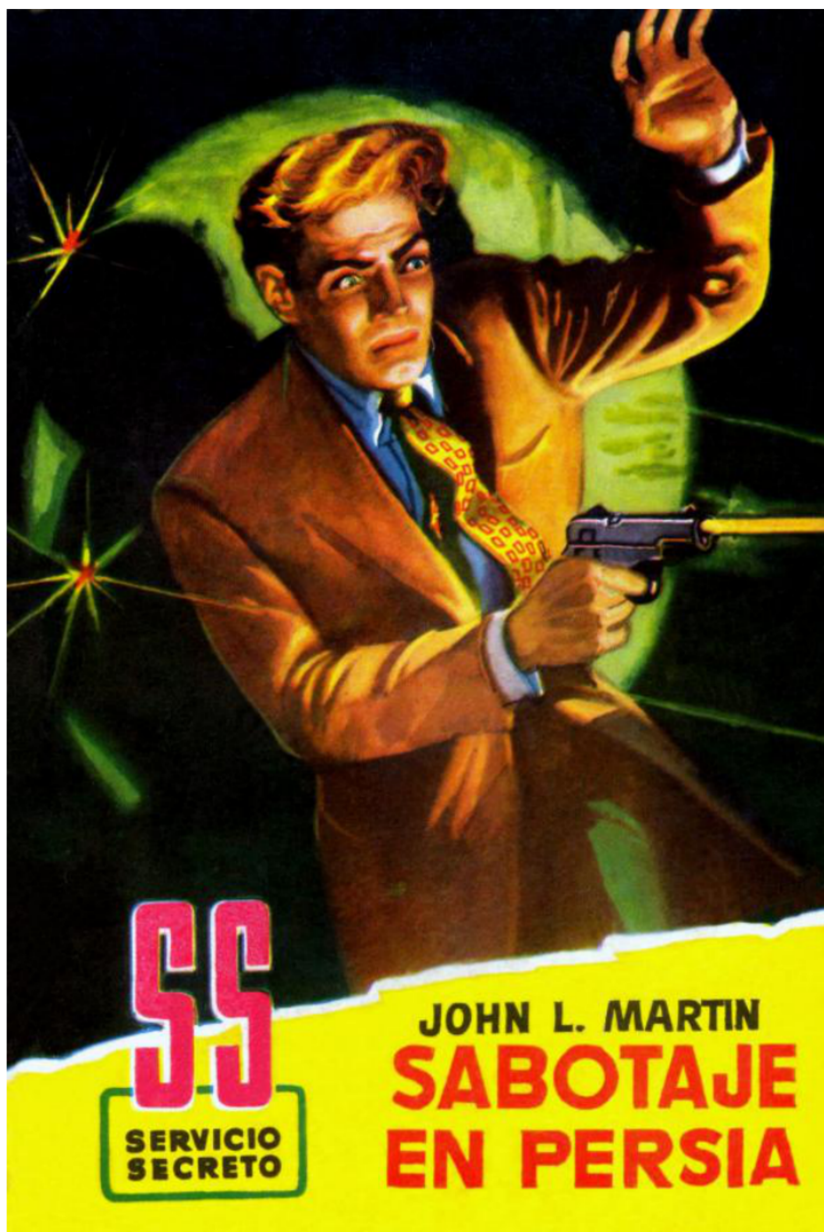

SS
SERVICIO
SECRETO
JOHN L. MARTIN
SABOTAJE
EN PERSIA



JOHN L. MARTIN

Sabotaje en Persia

1.ª EDICION
OCTUBRE-1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 231453
BARCELONA (6)

SABOTAJE EN PERSIA

por

JOHN L. MARTIN



I

ASESINATO EN LA MEZQUITA

El almuédano voceaba sonoro desde el minarete, llamando a los fieles musulmanes hasta la mezquita principal de Teherán. Las calles que confluían a ella estaban llenas de gente, esperando la llegada del general Alí Razmara, jefe del gobierno persa. Apareció un reluciente automóvil americano, del que el sol arrancaba destellos fulgurantes, y la multitud aclamó frenéticamente al estadista iraniano que, apeándose del coche, entró en la casa de Mahoma acompañado de los ministros de su gabinete. A ambos lados de la puerta central de la mezquita, quince o veinte soldados, sosteniendo metralletas y enfundados los revólveres, custodiaban al general mientras asistía con unción al acto religioso.

Terminó aquél una hora más tarde. Alí Razmara salió a la escalinata de la mezquita, escoltado por sus hombres. El gentío prorrumpió de nuevo en una salva de aplausos, en tanto el político caminaba despacio hacia su coche, estacionado en la calzada.

De pronto, un hombre joven fue abriéndose camino entre la multitud, repartiendo codazos a diestro y siniestro. Alguien protestó airadamente. El muchacho le había metido el codo en el estómago, y a punto estuvo de replicar dándole una bofetada. Pero se contuvo. El momento era emocionante, indescriptible, solemnizado por el clamor de miles de gargantas, que vitoreaban al primer gobernante de Persia. El espectador que recibió el golpe en el estómago perdonó la osadía del joven, que seguramente, pensó aquél, quería llegar a la primera fila para aclamar desde cerca a Razmara.

El muchacho, que se tocaba con un «tarbuht» rojo, era alto, de facciones duras que denotaban un carácter obsesivo y alucinante. Hacía lo posible por esperar sereno, pero un «tic» nervioso le

contraía espasmódicamente el labio inferior. Sus pupilas se quedaron fijas, llameando, en la figura del general. Respiró profunda, entrecortadamente. Una mueca de furor y de desprecio transfiguró su rostro. Aunque pretendía ocultarlo, estaba lívido, con las sienes palpitándole de manera convulsa.

Había llegado hasta la barrera policíaca que escoltaba al político. Razmara hallábase como a unos tres metros del muchacho. Llegó al pie de su automóvil, y se dispuso a introducirse en él. Dio un paso más, el último, el postrero. El joven vehemente se empinó cuanto pudo, poniéndose de puntillas, y obró con una rapidez vertiginosa. Ningún policía pudo aventajarle en la acción. Cuando quisieron reaccionar los hombres de la escolta, ya era demasiado tarde. Ya se había producido lo irremediable. El hombre del «tarbuht» empuñó una automática del calibre mayor. Se la sacó del bolsillo del pantalón, y sin necesidad de fijar la puntería, haciendo lo posible por dominar sus nervios, apretó el gatillo mecánicamente, como si aquel acto fuera una acción trivial. Se oyeron dos disparos simultáneos. El general Razmara se llevó la mano al pecho, y nublándosele la vista, cayó en los brazos de uno de sus ayudantes, con el cráneo partido por un proyectil y saliéndole la sangre tumultuosa por la horrible herida.

—¡Traidor! —Fue la única palabra que pronunció el hombre de la automática.

Varios policías se abalanzaron sobre el asesino. Lo apresaron. No opuso resistencia. Alguien le quitó la pistola y pretendió disparar sobre él, pero los agentes se lo impidieron. Quiso aparentar una serenidad que no podía sentir. Se le veía turbado, temblándole la mandíbula.

—¡Asesino! ¡Es un asesino! ¡Ha matado a nuestro jefe! —gritó, enfurecido y trémulo, un espectador.

Le apoyó una parte de la multitud. Querían lincharle, pero los policías lo impidieron. Sin embargo, el partidario de Razmara logró sortear la barrera de agentes de la autoridad y propinó una serie de puñetazos en la cara del muchacho. Un policía se interpuso entre los dos.

Dos yardas más allá, el cadáver del general, al que inútilmente pretendía dar vida un grupo de los que fueron sus colaboradores en las tareas del gobierno, pregonaba al mundo que allí se había

cometido un magnicidio, y que aquella vida inmolada era la primera de un ciclo sangriento originado por el petróleo.

Policías y soldados condujeron al detenido hasta un coche, rodeados por la multitud, que clamaba enardecida contra el asesino. El automóvil se puso en marcha, conducido por un soldado. En el asiento posterior, dos hombres apuntaban con sus metralletas al joven magnicida, dispuestos a no dejarle escapar.

En la prefectura de policía, el interrogatorio fue hábil y largo, pero infructuoso.

—¿Quién le ha ordenado que cometiera el asesinato? —preguntó el comisario.

Admed Ben Ruizi, que así se llamaba el asesino, seguía imperturbable.

—Lo he matado yo —contestó, tajante—. Entendía que el general Razmara era un peligro para la patria. Por eso lo maté.

—¡Está usted mintiendo! ¡Usted es un asesino a sueldo! —insistió el comisario. Y sus palabras provocaron la indignación del muchacho.

—¡Lo he matado yo, sin que recibiera órdenes de nadie!

—¿Y por qué lo hizo?

—Era un traidor. Se opuso a la nacionalización del petróleo. ¡Había que matarlo! —dijo descaradamente, con un cinismo monstruoso.

El comisario no pudo contener su ira. Le dio una bofetada.

—¡Todavía te atreves a insultarle, vil asesino! —exclamó—. Di, ¿quién te lo mandó? Hoy o mañana tendrás que confesarlo.

Admed Ben Ruizi se aferró a su negativa, y repitió mil veces que no había recibido órdenes de nadie. Pero aquella confesión no convenció a la policía. Sabían que pertenecía a un grupo fanático titulado «Fedeiyan», compuesto por islamitas intransigentes, cuyos postulados ideológicos estribaban en la práctica de la violencia como única solución de los problemas económicos que tiene planteados Persia.

Ben Ruizi fue encerrado en una celda, en espera del juicio que habría de conducirle al fusilamiento. Mientras tanto, las cancillerías extranjeras y sus servicios secretos, empezaron a actuar.

En el parlamento, la situación era también tensa y cargada. En cualquier momento podría sobrevenir el primer conato de rebelión.

Los ánimos de los diputados estaban excitados, y la dialéctica más ardorosa y xenófoba, a flor de labios. Aquel día sería el más trascendental de la historia del joven parlamentarismo iraniano. El parlamento iba a discutir un asunto candente, en el que casi todas las naciones europeas y americanas tenían intereses concordantes: la nacionalización del petróleo.

La reunión fue tormentosa. Se puso a votación el asunto que se discutía.

—Es de mortal necesidad para nosotros, los persas, nacionalizar la industria del petróleo —clamaba un diputado, con los pelos cayéndole por la frente y gesticulando como un tribuno ardoroso y demagogo—. Es oprobioso que una nación extranjera explote nuestra riqueza petrolífera, controlando así las manifestaciones de la vida persa. ¡Hemos de romper el protocolo de 1933 que nos esclaviza hasta 1993!

Una ovación clamorosa acogió las últimas palabras del diputado. Hubo gritos enardecidos de hostilidad hacia Gran Bretaña.

—No estamos dispuestos a consentir que Inglaterra se lleve el 7500 por ciento de los beneficios de nuestras concesiones petrolíferas —exclamó otro parlamentario—. ¡Abajo el cipayismo! ¡La «Anglo Iranian Oil Company» será nuestra, totalmente persa!

El presidente contó los votos, asistido por los jefes de las fracciones políticas. Se levantó de su asiento. Su cara adquirió un matiz sombrío.

—La industria del petróleo, así como la compañía inglesa que la explota —dijo, mirando al embajador británico—, queda desde hoy al servicio de los intereses exclusivos del país. La asamblea ha decidido nacionalizarla.

El petróleo es un producto esencial para la vida moderna, sin el cual los pueblos se estancan en un medio de vida arcaico. El petróleo mueve las fábricas, da vida a los motores y gana las guerras. El petróleo es la panacea universal y mueve, también, cien mil motores de la política mundial.

En el Irán —la antigua Persia—, están los mejores y más grandes yacimientos del mundo. Cinco «pipe-lines» conducen el petróleo desde los pozos del interior hasta el puerto de Abadán, en el golfo pérsico. La «Anglo Iranian Oil Company» es una empresa gigantesca, controlada por el imperio británico, que extrae de allí

32 millones de toneladas, para lo cual cuenta allí con
130 000
empleados y 130 buques petroleros oceánicos para su transporte. Su capital rebasa la fabulosa cifra de los
200 000
millones de pesetas. La «Royal Navy», es decir, la marina inglesa de guerra, navega gracias al producto iraniano.

De ahí, pues, la sensacional trascendencia de la nacionalización que acababa de decretar el parlamento persa.

Así estaba planteada la situación, abocada a la guerra, cuando llegó a Teherán un hombre joven, de aspecto inofensivo, de carácter aparentemente calmoso, y alto como un cedro del Líbano. Se llamaba Arnold Payne, y aunque en el registro del hotel donde se hospedó, declaró ser ingeniero industrial en viaje turístico, la verdad era que pertenecía a la División de Choque de la
C. I. A.,
que con el
O. S. S.,
forman el imponente organismo de espionaje norteamericano, cuya hoja de servicios no tiene igual en la historia del espionaje moderno.

Arnold Payne entró pronto en contacto con los elementos nacionalistas. Le interesaba sobremanera enterarse de cuáles serían sus próximos planes. Pero fracasó en aquel primer intento. Los fanáticos del «Fedeiyan» han hecho de su partido una organización secretísima, a la que es casi imposible llagar. Pero el divisionario Payne tenía que hacer algo muy grande para granjearse la confianza de aquella misteriosa e intransigente secta de religiosos con ambiciones políticas.

Payne había llegado a Teherán con una misión secreta tremendamente peligrosa y arriesgada, y cuando volviera al Cuartel General de Washington tenía que llevar consigo la información que le habían encomendado.

—Lo he elegido a usted, Payne —le dijo el director del
O. S. S.,
horas antes de salir para Persia—, porque tengo fe en sus cualidades, como agente de nuestro organismo. Ésta será su tercera salida al campo del espionaje. Si la primera fue difícil y en la

segunda, por necesidades del servicio, tuvo usted que matar a su propio hermano, en esta ocasión la victoria sólo puede impedirla la muerte.

Le alargó la diestra, que el agente estrechó con una firmeza demoledora.

—Mi vuelta a los Estados Unidos —contestó el agente, relampagueándole los ojos—, únicamente puede concebirse trayendo la secretísima información que se me pide consiga. Sólo quedan dos alternativas: o victorioso, o mi cuerpo quedará despanzurrado bajo el sol implacable del desierto asiático.

Vagó unos días por las calles de la capital persa y cotejando las informaciones de que pudo disponer, llegó a la conclusión de que el asesino del general Razmara pertenecía al «Fedeiyan». Entonces concibió un plan audaz, y pronto se dispuso a llevarlo a cabo.

Admed Ben Ruizi estaba detenido en una mazmorra de la Jefatura de Policía. Era imposible llegar hasta él. Pero Payne tenía que verle, y hablarle. ¡El proyecto de Payne consistía en liberar al magnicida, costase lo que costase!

Estudió la topografía de la zona de la prisión. Estaba instalada ésta en un imponente edificio de las afueras de la ciudad, muy vigilada por soldados en posición de disparar, ya que algunos furibundos nacionalistas intentaron asaltar la cárcel, y las fuerzas hubieron de repeler el ataque empleando las armas, matando a varios agresivos manifestantes. El agente divisionario se propuso entrar en la prisión aquel mismo día. No podía esperar al siguiente, porque un tribunal marcial había dictado sentencia, condenando al reo a morir fusilado el 10 de marzo. Payne sólo tenía un día para realizar la liberación.

Así que aquel día, a las 11 de la mañana…

Arnold Payne se unió a un grupo de manifestantes que pedían a voces la inmediata derogación del tratado anglo-iraniano sobre el petróleo. Hubo algunos incidentes, y hasta un choque con la policía. Payne se erigió en un conductor de masas con inmejorables aptitudes demagógicas. En un claro y rotundo árabe, aprendido en la escuela especial del
O. S. S.,
habló a los manifestantes:

—Amigos, ésta es la ocasión. No podemos permitir que un

compañero nuestro, Ruizi, muera mañana atravesado por las balas mercenarias —gritó—. ¡Ruizi es un patriota al que hemos de ayudar!

Estalló un grito estentóreo y violento. Mil gargantas gritaron al unísono. La arenga de Payne había llegado a lo más recóndito de aquellos corazones meridionales, dispuestos siempre a las decisiones acaloradas y frenéticas.

—¡A la prisión! ¡Vamos a la prisión! —proclamaron.

Y el grupo de manifestantes se encaminó hacia ella.

Sonaron los primeros disparos. Los soldados intentaron contener la avalancha disparando al aire. Vano intento. Aquella gente estaba enfebrecida, y no cejaría en su empeño hasta que no viera que las balas diezmaban sus filas.

—¡Disparad sobre el europeo! —ordenó el sargento, presintiendo que Payne dirigía la manifestación.

Salió ileso milagrosamente. Cayeron a su lado algunos «amigos», pero él pudo esconder su cuerpo tras el de un manifestante, que recibió en el pecho la descarga cerrada.

—¡Asesinos! ¡Pagaréis vuestra traición! —dijo entre dientes el divisionario, pero lo suficientemente fuerte para que le oyeran los demás manifestantes.

—¡Viva Ruizi, el patriota! —Se oyó otro grito.

Vinieron refuerzos, y los soldados lograron dominar la situación. La gente, visto el fracaso de su intento, huyó despavorida. Payne también pudo escapar. Pero aquello no le interesaba. Cayó al suelo, con un tobillo retorcido. Corrieron los soldados, con el sargento al lado.

—¡Coged a ése! Es el organizador.

Los soldados levantaron el gatillo de los fusiles, apuntando al divisionario de la
O. S. S.

—¡Levántate, perro! —ordenó, siniestramente, el sargento.

—¡Asquerosos traidores! —Payne tuvo aun arrestos para insultarles.

—Ahora te lo diremos. Anda, marcha delante.

Cojeando, Arnold Payne fue conducido al despacho del coronel, un hombre bajo y rechoncho de facciones duras y ademanes secos.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, áspero y con un gesto

despreciativo reflejado en su cara—. Está claro que no eres árabe. ¿Qué haces en este país?

Payne le miró de hito en hito, haciendo lo posible porque su gesto fuese agrio y retador.

—He venido a este país a luchar por Persia.

—Conque aventurero, ¿eh?

El coronel se acercó a nuestro hombre. Su cabeza quedaba a la altura del pecho del agente.

—Vengo a luchar por Persia, ya que vosotros la habéis traicionado.

El coronel Abdillah se empinó cuanto pudo. Apenas logró rozar las mejillas del divisionario. Le dio dos bofetadas, pero como no las acopló bien a la cara del prisionero, se enfureció tanto, que Payne temió que desenfundara la pistola. Y desenfundó algo, en efecto. Sacó la fusta y cruzó con ella la cara del agente, formándose enseguida dos rayas rojas en sus mejillas.

—Nuestros problemas los resolvemos nosotros mismos —declaró, empuñando la fusta—. No necesitamos que ningún extranjero venga a darnos lecciones de patriotismo.

—¿Tampoco los ingleses? —Hizo la pregunta de una manera tan burlona y cruel, que el militar no pudo contener sus nervios, y le atizó otro par de latigazos. Encajó los golpes con admirable serenidad. Ni un músculo de su cara se contrajo. Y se mantuvo firme, igual que si le hubieran hecho una caricia.

—¿De dónde eres? —insistió el coronel.

—Noruego.

—Bien, pues despídete de tu patria, porque mañana morirás junto con el hombre que pretendías liberar.

—He de hablar con mi cónsul.

—Tú eres un apátrida, un aventurero sin pasaporte, que no merece que nadie le defienda. ¡Fuera! ¡Soldados, lleváoslo!

El sargento le dio un culatazo en la espalda. Aguantó el golpe sin inmutarse. Dos soldados se pusieron delante, y otros dos detrás. A un lado, el sargento, apuntándole con la larga pistola de reglamento en el ejército.

Bajaron por unas escalerillas muy pendientes. En un recodo, se abrió una puerta.

—Entra —ordenó el sargento.

Era una estancia pequeña y húmeda. Encendieron una luz muy potente. Los cuatro soldados lo apuntaban al corazón. Llegó a creer que iban a matarlo allí, a boca de jarro. No pudo evitar un ligero estremecimiento. Al fin y al cabo, Arnold Payne era un hombre con corazón y sentimientos como los demás.

—¡Desnúdate!

Así lo hizo. El traje fue recogido por el sargento, que, a su vez, le dio pantalones y blusa de una tela áspera y picante, como de saco. Le quitaron los zapatos y calcetines, cambiándolos por alpargatas.

—Quiero mi cartera.

—Ya no te servirá para nada. ¡Sigue!

Bajaron el último tramo de escalera. Vio a varios soldados apostados en las paredes. Siguieron por un pasillo, y pararon delante de una celda en la más absoluta tiniebla. El sargento abrió la puerta. Payne entró. Inmediatamente oyó que echaban la llave.

—Vosotros dos quedaos aquí de guardia. A la menor sospecha, disparáis.

Payne tardó algunos momentos en habituarse a la obscuridad de la celda. Pretendió escrutar a su alrededor, y no vio nada. Miró hacia arriba. Todo eran paredes y techo, sin que siquiera un ventanillo trajera un rayo de luz.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —Oyó que alguien le preguntaba.

—¡Ah! Estoy acompañado, ¿no? Creí que estaba solo.

Y quiso descubrir a quien le había hablado.

—¿Que haces aquí? —insistió la misma voz de antes.

—Tengo entendido que me van a matar. Organicé una manifestación para liberar a Admed Ben Ruizi, y tuvimos muchos muertos. ¿No oíste los tiros?

—Aquí no se oye nada más que el transcurrir de los segundos y el ruido que producen las pisadas de los centinelas.

Siguió un penoso silencio.

—¿Y por qué lo habéis hecho? —La voz que le hablaba tenía una entonación grave—. Has llevado a mis amigos al matadero. De aquí no sale nadie, si no es para conducirlo ante el pelotón de ejecución.

—Haré lo posible por evitarlo.

—De acuerdo, muchacho. Si te han dicho que vas a morir, es

que morirás irremediablemente.

La obscuridad íbase desvaneciendo poco a poco. Los ojos de Payne fueron acostumbrándose a las tinieblas, y al fin pudo descubrir a su interlocutor. No podía describirle, porque lo que veía era un bulto. Le pareció un hombre joven.

—Y tú, ¿quién eres?

—¿Es que no me conoces? —se extrañó el otro.

—No es eso, amigo. Es que no te veo.

Soltó una carcajada estruendosa, que retumbó en la bóveda de la celda.

—¡Es verdad! ¡Qué bruto soy! Me llamo Admed Ben Ruizi.

—¿Ruizi? ¿Tú eres Ruizi?

—Sí, ¿por qué te sorprendes?

—No sé. Es que no esperaba encontrarte aquí —anduvo a tientas unos pasos y cuando estuvo cerca del prisionero, le dijo al oído—: Vengo a libertarte.

—Estás fantaseando —contestó Ruizi, incrédulo. Y luego, añadió—: ¿Quién te manda?

Respondió rápidamente, como si tuviera pensada la respuesta:

—El partido. El «Fedeiyan».

—Por tu voz y por tus facciones, puedo afirmar que tú no eres persa. ¿Cómo, entonces, has ingresado en el partido?

—Soy un aventurero a sueldo. Me han pagado bien por realizar esta misión.

—¿Quién te ha pagado?

Se veía que Ruizi tomaba precauciones, y que las palabras de Payne no le convencían.

—No lo sé —el divisionario hizo gala de un amplio repertorio de inventiva—. Tres hombres me dijeron que venían de parte del jefe, y que esta noche teníamos que estar en Abadán.

Tuvo que insistir mucho para convencerle de que era un mandato de la organización. Le explicó el plan de huida, que le pareció totalmente irrealizable.

—No hay quien salga de esta celda —sostuvo Ruizi.

—Yo te sacaré de aquí. Mira, fíjate.

Le vio realizar una operación que le dejó pasmado.

—¡Es increíble! —se asombró—. Jamás lo hubiera supuesto. ¿Qué es eso?

—Dentro de algunas horas, cuando sea de noche, te enseñaré cómo se sale de aquí. Al traernos la cena.

Pasaron las horas largas y tediosas. De ninguna manera podían estar cómodos. La humedad entumecía sus miembros, atrofiándolos. Estaban sentados en un poyo, con los pies en vilo, para evitar que el barro les llegara a los tobillos. Al otro lado de la puerta de reja, los dos soldados paseaban fusil al hombro.

—¿Qué hora será? —inquirió Arnold.

—Las ocho o las nueve de la noche. Pronto nos traerán la cena. Una cazuela de agua con pan mojado.

En efecto, unos minutos después llegó al carcelero. Hizo girar la llave en la cerradura, entrando. Los soldados introdujeron sus fusiles por la reja, encañonándoles. No pudieron darse cuenta de que la mano derecha de Payne estaba cerrada y que apretujaba una minúscula bolita de papel, del tamaño de una lenteja.

El carcelero dejó la comida, y se apresuró a salir. Giró la llave de nuevo y la puerta quedó abierta. Aquél era el momento preciso. Disimuladamente, tiró la bolita contra los soldados del pasillo. Se oyó un chasquido levísimo, apenas perceptible, tanto que los soldados no le dieron importancia. Payne y Ruizi se llevaron una cosa a los labios.

Fue algo como de magia. Un soldado se llevó la mano a la nariz, y lo mismo hizo su compañero. El carcelero se agarró a los barrotes de la reja, y fue cayendo pausadamente. Los fusiles se escaparon de las manos de los soldados, y éstos, al fin, cayeron también al suelo, echando espuma por la boca. En unos instantes se había realizado la extraña operación. Un gas, sutilísimo, aunque de extraordinario poder, habíales privado del conocimiento.

—¿Ves qué fácil ha sido, Ruizi? —preguntó Payne, sonriendo—. Si tú no te hubieras tragado la píldora que te di, ahora estarías como ellos, inconsciente por lo menos hasta el amanecer.

—¡Es maravilloso! Pero más me asombra cómo y de dónde lo has sacado.

—Luego te lo diré. Ahora, despojemos a los soldados de sus ropas.

La vestimenta del soldado era excesivamente pequeña para Payne, dada su aventajada estatura. Los pantalones le quedaron poco más abajo de las rodillas, y las mangas de la sahariana apenas

pasaban de los codos. Realmente, con aquel atuendo parecía un tipo ridículo y absurdo.

—¿Ves como es una desgracia ser alto? —se lamentó, y Ruizi se echó a reír, viendo aquella payasada de hombre.

A él, sin embargo, el otro uniforme le caía como hecho a la medida.

Cogieron los fusiles y las pistolas, y salieron dispuestos a enfrentarse con la guardia, ya que el agente del
O. S. S.,
jamás hubiese podido pasar inadvertido, dada su ridícula apariencia.

—Hemos de salir empleando la violencia —manifestó Ruizi—. Si tú fueses más bajo, quizá lográsemos llegar a la calle sin necesidad de usar de las pistolas. En esta situación no es posible. Quédate aquí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Arnold, viendo que su «amigo» desenvainaba el machete.

—Degollaré a los soldados que están en la galería —sentenció con una frialdad que hubiera helado la sangre a cualquier hombre que no fuera el agente—. No podemos disparar.

—Bien; te seguiré a prudencial distancia.

Ruizi se adelantó unos metros. Vio al primer soldado. Éste también vio a Ruizi, pero sin suponer que no fuera un soldado de verdad. Llegó a su altura, y de manera rápida y violenta, le introdujo el machete en el vientre. De sus labios salió un quejido tenue, y se derrumbó.

Repitió la misma operación unos metros adelante. La galería, muy sinuosa, describía varias curvas, y los soldados estaban separados convenientemente, sin que pudieran descubrirse. Además, la luz que despedían las bombillas apenas vencía a la obscuridad.

Cuatro hombres cayeron en un intervalo de escasos segundos.

Ruizi hizo una señal a Payne.

—Ven. He hallado la solución. Mira qué soldado —y señaló al que acababa de apuñalar.

—¡Magnífico militar! —dijo, al tiempo que le brillaban los ojos, asqueados de la matanza realizada por el asesino. No podía evitarlo.

—Es casi tan alto como tú. Ponte sus ropas.

—Tienes razón.

En efecto, con aquellas prendas parecía ya un auténtico soldado. Siguieron avanzando juntos, como si vinieran de relevar una guardia. Pasaron por delante de dos soldados más.

—¿Os vais ya? —preguntó uno.

—Sí. El sargento nos ha dicho que subiéramos después de la cena de los detenidos.

—Qué suerte tenéis.

Subieron las escaleras, en cuyo remate estaba la puerta que daba entrada a las habitaciones de la tropa. Dieron unos golpes.

—¡Abrid!

Se oyeron ruidos de cerrojos, y la puerta quedó abierta.

—¿Por qué os venís? —preguntó el que había al cuidado de la puerta.

—Nos lo ordenó el sargento.

La respuesta sorprendió al soldado. El sargento no le había dicho nada sobre aquello. Los observó con mirada escrutadora. Tuvo una idea absurda, descabellada, pero no la desechó.

—¡Levantad las manos! —gritó, empuñando una larga pistola—. ¿Quiénes sois vosotros? No os conozco.

—Somos nuevos. Vinimos anoche.

—¡Mentira! No ha venido nadie aquí desde hace un mes; conozco a toda la compañía. Seguid andando. He de presentaros al coronel.

La situación se había complicado. Había que actuar en aquellos instantes sin tardanza, y, sobre todo, sin que el guardián pudiera disparar y provocar la alarma.

—¿Eres idiota? —preguntó Payne, muy ofendido—. Pertenecemos al regimiento de Agha Sari. ¿Por quién nos has tomado?

—Me sois desconocidos, y con eso basta —contestó de mal talante, alargando el brazo en señal imperativa—. ¡Vamos!

El soldado se había separado precavidamente. Al menor síntoma de ataque, dispararía. Así que no pudieron hacer nada hasta que llegaron a la puerta del coronel. Salió un ordenanza.

—Deseo ver al coronel. Dile que es urgente.

Volvió enseguida.

—Pasad —y se extrañó de la postura amenazadora de su

compañero, pero suponiendo que aquellos dos soldados habrían roto la disciplina y que por ello les llevaban a presencia del jefe, no hizo ningún comentario y se retiró.

—Adelante —dijo el coronel, desde su despacho.

Estaba escribiendo, y no levantó la cabeza. Cuando lo hizo, ya era demasiado tarde. La alzó al oír un ruido seco y contundente. El guardián, en un momento de vacilación, dejó que Payne le asestara un culatazo de pistola en la frente. Le hizo una brecha sangrante.

—¿Qué pasa? ¡Firmes! —gritó el coronel. Y como si de repente hubiera venido la luz a su cerebro, quedó perplejo unos instantes, muy pocos. Porque inmediatamente recobró su característica sangre fría.

Payne se le acercó, pistola en mano. El coronel le reconoció, así como a Ruizi.



Payne se acercó pistola en mano...

—¡Volved a la celda! Nadie podrá salir de aquí —afirmó, haciendo una mueca en la que significó la rabia incontenible que le invadía.

—Nosotros sí saldremos —y el divisionario le apuntó al corazón.

—¡No lo consentiré!

—Verá como se equivoca. Levántese. Nos va a acompañar usted. Venga sin tardanza. A la menor señal que haga, caerá irremisiblemente.

Inyectados los ojos de furor, con admirable terquedad, se negó a acompañarlos.

—Prefiero la muerte. Un militar jamás facilita la huida a unos asesinos.

—¡Pues la tendrá! —exclamó Ruizi, abalanzándose sobre él, blandiendo el machete.

Payne no pudo evitarlo. Ruizi obró con una rapidez endiablada, sin consultar con su amigo lo que iba a hacer. Cuando logró contener el brazo de Ruizi, la bayoneta ya estaba clavada hasta la mitad en el vientre del coronel.

—¡No debiste hacer eso! —le reprochó Payne, airadamente—. Has destrozado mis planes.

—Me estaba fastidiando con su negativa mostrenquil. Además, no es tiempo de recriminaciones. ¡Salgamos!

En el despacho del coronel jefe quedaron dos cuerpos, sangrando. Pero aquél no había muerto. Cuando los prisioneros cerraron la puerta tras de sí, el coronel se arrastró por el suelo, lívido el rostro, terriblemente desfigurado. Intentó sacarse la bayoneta, pero no tuvo fuerzas para ello. La vida se lo iba a pasos agigantados. Un reguero de sangre enrojeció los baldosines. Se le nubló la vista. Se percató de que no podía llegar a la puerta. Entonces, agarró la pistola que el soldado herido y desvanecido sostenía en la diestra, y disparó. Uno, dos, tres tiros. Luego, dobló la cabeza. Quiso gritar, y a sus oídos no llegó ningún ruido.

—¡Ya no hay remedio! —musitó, cuando la figura tenebrosa de la muerte besaba su enfebrecida frente.

Un tropel de soldados se adentró en el despacho. Cundió la alarma. Algunos guardias dejaron sus puestos libres.

—¡Lo han asesinado!

—¡Han asesinado al coronel!

La terrible noticia se extendió con rapidez vertiginosa, provocando el pánico entre la tropa. Varios militares llegaron al despacho.

—¿Quién lo ha asesinado? —inquirió el capitán, echando centellas por los ojos.

Nadie supo contestarle. Luego, al fin, un teniente se atrevió a insinuar:

—Quizá se haya fugado algún prisionero.

—¡Acompañadme! —ordenó el capitán, dirigiéndose a la escalera que daba acceso a las celdas.

Bajaron. Dos guardianes hieráticos, firmes, presentaron armas.

—¿Ha salido alguien por aquí?

—Nadie, mi capitán.

Avanzaron. El capitán se horrorizó. Allí estaba un centinela, desnudo y con un boquete en el costado. Dio otros pasos más. La misma escena. Comprendió. Fue directamente a la celda de los condenados a muerte. Los dos centinelas y el carcelero dormían el sueño provocado por el gas especial.

Dieron una batida por los alrededores de la prisión, sin resultado positivo. Los evadidos supieron aprovechar el momento de confusión provocado por los disparos del coronel y la noticia de su muerte, y salieron. Ningún centinela estorbó su huida.

Arnold Payne y Admed Ben Ruizi se encontraban seguros en una casa de la ciudad. Se había cumplido el primer objetivo. El más fácil. Ahora, el agente Payne, de la División de Choque del C. I. A., tendría que enfrentarse con unos enemigos que obraban en la sombra, que mataban con una facilidad escalofriante.

Ahora entraba de lleno en el terreno del alto espionaje, donde habría de vérselas con espías profesionales, pertenecientes a las grandes potencias. Lucha a muerte, sin cuartel.

¡Peligraba el petróleo persa! ¡Peligraban los yacimientos más ricos del mundo, que codiciaban Rusia, Francia, Inglaterra y Estados Unidos! ¡El petróleo persa! El producto que mueve los motores de la «Royal Navy», de la escuadra y de los tanques y de los aviones de los países del Pacto del Atlántico. ¡Quien tuviera el petróleo, ganaría la guerra!

II

SABOTAJE EN LA REFINERÍA DE ABADÁN

Arnold Payne dilató su pecho, y contestó seco y categórico:

—Porque yo también soy un idealista.

—No vale la contestación —dijo, ásperamente, el jefe del «Fedeiyan»—. Búsquese otra que tenga más visos de realidad.

—Pertenezco a la
K. P. A.

—Tampoco lo creo.

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que contestar?

—Que pertenece usted al «Central Intelligence Agency» de los Estados Unidos. Eso es lo que quiero que diga usted.

Los labios de Payne se alargaron hasta producir una risa histérica. A un lado se hallaba Ruizi, y enfrente, sentado en una silla giratoria, la cabeza pelada, de llameante mirada y cejas prodigiosamente profusas, se destacaba del menudo cuerpo de Batal el Juri, el jefe supremo de los fanáticos del «Fedeiyan».

—¡Está bromeando! ¡Yo del
C. I. A.!
—exclamaba Payne, divertido—. Hombre, sea sensato. ¿Por qué iba a ser yo del
C. I. A.?

—Tengo la absoluta seguridad de que hace cinco días llegó un agente suyo a Teherán.

—¿Y qué? ¿Por qué voy a ser yo ese agente? Búsquelo en otro lugar. Será el corresponsal del «New York Times», el misionero de la esquina, o quizá —y prorrumpió en otra sonora carcajada—, o quizá sea Admed Ben Ruizi.

—No me hace ni pizca de gracia —indicó El Juri. Parecía que

hablaba sin despegar los labios, entre dientes, y sin embargo, sus palabras eran claras y terminantes—. Podrá pertenecer usted a cualquier organización, menos a la
K. P. A.
Arnold tomó buena nota de la declaración de El Juri. Era enormemente importante. Por ella podía colegirse que la
K. P. A.,
actuaba de común acuerdo con el «Fedeiyan».

—No lo soy.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Es un aventurero —habló por primera vez Ruizi.

—Sí, soy un aventurero —remachó el divisionario—. Vengo a Persia a ganar dinero, poniéndome a disposición de la organización de ustedes. Mi primer trabajo ya han visto de qué manera lo he realizado. Estimo que hacen falta muchas libras esterlinas para pagar este servicio.

—¿Cuántas?

—Por ahora, nada. Después, cuando haya realizado otros trabajos, se me pagará según la importancia de aquéllos.

—Estoy dispuesto a consultarlo. Mañana le daré la contestación.

Estaban recluidos en una casa particular de Teherán, perteneciente a un adicto del «Fedeiyan». Ruizi fue un magnífico enlace que le puso en contacto con el jefe de la organización. Aguardaron dos días. A través de las ventanas, y escondidos tras los visillos, los dos prófugos veían el ambiente de las calles. Persistía el estado de alarma en todo el país, y los motines y manifestaciones se sucedían sin interrupción. Las autoridades habían proclamado la ley marcial, pero los revoltosos, haciendo caso omiso de las amenazas y de los tiros, continuaban hostigando a la fuerza pública.

Batal El Juri volvió al día siguiente. Le acompañaba un hombre de mediana estatura, de complexión robusta y con indudables rasgos fisonómicos caucasianos. Aparentaba tener unos cuarenta años, y vestía traje azul.

Payne fue sometido a un agobiador interrogatorio, con preguntas absurdas en apariencia, pero que guardaban una cierta relación con ciertos movimientos del espionaje mundial. El eslavo era sutilísimo en el arte del interrogatorio. Pero Payne, convenientemente aleccionado en la Academia Especial de

Washington, tampoco era un lerdo, y respondió a la sarta de preguntas sin que una sola contradicción le descubriera.

—Está bien; aceptamos su cooperación —concluyó el eslavo, que dijo llamarse Manneliski—. A la terminación del trabajo que le encomendemos hoy, cobrará una notable cantidad en moneda oro.

—¿Qué es lo que debo hacer? —quiso saber Payne.

—No se impaciente. Dentro de unas horas lo sabrá.

Anochecía cuando Payne, mirando por la ventana, vio que frente a la casa donde estaba paró un automóvil. Se fijó en la marca. Era un coche británico tipo «Vanguard», pintado de negro.

—Venid conmigo —ordenó el chofer, al subir al piso—. Me manda Manneliski.

—¿Los dos?

—Sí, los dos.

Bajaron. El chofer abrió la puerta del «Vanguard». La luz interior estaba apagada. Entraron. Dentro había un hombre. Ruizi lo reconoció.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Abdul? Te creía en el Azerbaidjan —y dirigiéndose a Payne le anunció—: Éste es Abdul del Tudeh.

—Encantado —dijo Arnold, estrechando la mano que le tendía el desconocido, al tiempo que su mente trabajaba por establecer la relación que podía existir entre el «Fedeiyan» y el «Tudeh», supeditadas ambas organizaciones al servicio de espionaje de una potencia extranjera.

Abdul apretó un botón, y unos gruesos visillos de terciopelo taparon los cristales de las ventanillas. El compartimiento quedó en la más absoluta obscuridad.

—¿Puedo fumar? —inquirió Arnold.

—Sí, pero ocultando la punta encendida.

El coche salió de la ciudad, y enfiló la carretera medianamente asfaltada.

—¿Cuál es nuestro punto de destino? —interrogó Ruizi.

—¿No te lo figuras?

—No. Se puede ir a tantos sitios…

—Por esta carretera, sólo se va a Abadán.

—¡Abadán! —exclamó Arnold Payne, percatándose de la importancia del punto elegido para el segundo trabajo.

—¿Y qué haremos allí? —insistió Ruizi.

—Cualquier cosa menos jugar al póker en el hotel Metropol —y se rió de buena gana—. ¿Qué supones que vamos a hacer allí?

—Volar las refinerías, y de paso toda la ciudad —dijo Payne con firmeza, como si tuviera la convicción de que aquélla era la orden recibida.

—¡Estupenda intuición!

—Cualquier chiquillo se lo hubiera figurado —Payne quitó importancia a su vaticinio—. En Abadán sólo se pueden hacer dos cosas: sabotaje o bañarse en las formidables piscinas de los empleados europeos de la «Anglo-Iranian».

—¿Qué tiempo estaremos allí? —preguntó Ruizi.

—Depende de muchas circunstancias —respondió Abdul, que fumaba un cigarrillo, ocultando la parte encendida en el hueco de la mano—. Quizá tengamos que estar allí toda la semana. ¡Depende de tantas cosas…!

Era muy de noche cuando llegaron a la ciudad del Golfo Pérsico. Se instalaron en una casa particular. Por la mañana recibieron la visita de tres agradabilísimos personajes. En especial, uno de ellos, Sonia, una mujer de belleza tan sugestiva, que con sólo mirarla se olvidaba uno del calor sofocante de la tierra persa y de sus muchos inconvenientes.

Era joven, de unos veinticuatro años, rubia y esbelta de talle; sus ojos negros, levemente rasgados, reflejaban una vivacidad alegro e inteligente que a Payne le pareció asombrosa. Vestía un vaporoso vestido de seda con grandes rosas estampadas, y una pamela dejaba ver la mínima parte de su cabellera de oro.

—Nunca creí que la mujer persa fuera tan deslumbrante como usted —galanteó el americano—. Bueno, quiero decir así, tan rubia, tan, bueno, tan… Usted me entiende, ¿verdad?

—Un poco —respondió secamente. Y por aquellas palabras Payne coligió que Sonia no era persa, sino europea, nórdica tal vez, porque su pronunciación del árabe dejaba mucho que desear.

Aquellas tres personas constituían la avanzadilla del servicio de espionaje eslavo en Abadán. Sonia, por la manera de expresarse, debía ser el jefe. Hablaba como tal, sin que las opiniones de sus dos acompañantes fueran tomadas en consideración. Eran éstos un individuo rayando la cincuentena, y un hombre bien portado, acaso algo relamido en sus gestos, con un evidente aspecto de hombre

afeminado. Se llamaba Atamek.

—Tú eres el nuevo elemento del «Fedeiyan». ¿No es cierto? —preguntó a Arnold.

—Lo soy.

—Pues tengo un trabajo que te va como anillo al dedo. Hemos quedado en que tu especialidad es la fuga, ¿no?

—Yo no soy especialista en nada. Diga que soy un entusiasta de la aventura, y acierta.

Sonia no cesaba de observarle con una mirada aguda y penetrante, como si quisiera llegar a descubrir sus más íntimos secretos, como si pretendiera adivinar sus posibles flaquezas, sus virtudes y sus defectos.

—Habla ya, Atamek —ordenó, con aquella sequedad de palabras que iba a caracterizarla.

Atamek tosió: mejor dicho, de su garganta salió un vagido débil y enfermizo. Payne llegó a pensar si no sería una aberración que aquel jovenzuelo perteneciera a un grupo de exaltados cuyo credo era la violencia.

—En esta misma semana volaremos las refinerías de la «Anglo-Iranian Oil Company». ¿Lo sabes?

—Es noticia vieja —contestó desdeñosamente.

—Bueno, eso sí lo sabes. Pero lo que ignoras es que la organización ha decidido que seas tú quien se apodere de los planos que están en poder de la «Anglo-Iranian».

—¿Qué planos son ésos? Me gusta saber por qué y qué es lo que tengo que robar.

—En esta tierra los hombres obedecen sin preguntar más —los ojos de Sonia se quedaron fijos en los de Payne, que no rehusó la mirada.

—Soy un hombre especial, Sonia. Un aventurero se diferencia mucho de un exaltado. El aventurero es un hombre de acero, pero razona sus aventuras.

No es que la argumentación convenciera a Sonia, pero no quiso insistir más. Su escrutadora mirada había descubierto que el supuesto aventurero era muy difícil de manejar, de ideas propias y con una inteligencia por encima de lo normal.

—Díselo, Atamek —terminó por indicar—. De todas maneras tendrá que enterarse.

—La cosa es bien sencilla —manifestó Atamek, y como su gesto era tan inexpresivo, no se sabía si hablaba en serio o en broma—. Se trata de que entres en el despacho del director de la «Anglo-Iranian», y sustraigas de la caja fuerte la memoria y los planos de un nuevo oleoducto en construcción.

—Parece ser que esta *pipe-line* es subterránea —desplegó los labios el segundo individuo, el más viejo, que hasta entonces no había hecho nada más que pasear a lo largo y lo ancho de la habitación—. Hay una versión que estimo un poco fantástica, que asegura que el citado oleoducto llevará el petróleo, atravesando el mar, hasta Turquía.

—De ser así, sería una prodigiosa obra de la ingeniería inglesa —observó Payne, admirativamente.

—Diga de la ingeniería norteamericana —rectificó Sonia.

—¿Qué tienen que ver los norteamericanos con el petróleo persa? —preguntó el agente, haciéndose el ignorante.

—Veo que tiene usted una pésima información —añadió la mujer—. Lea esto.

Le dio un recorte de un periódico europeo. Leyó:

> «Los Estados Unidos han acudido a respaldar a Gran Bretaña en el Golfo Pérsico. Desapareció la competencia económica entre los "trusts" petroleros ingleses y yanquis, y en alianza política se pusieron de acuerdo para repartirse las zonas de extracción todavía no explotadas. Las compañías americanas "Standard Oil" y "Sacony", se han convertido en accionistas de la "Irak Petroleum". Los yacimientos de Kuvrit son explotados mancomunadamente, y el Almirantazgo ha consentido en ceder a los americanos una parte de la producción de la "Anglo Iranian". Sí, los ingleses y americanos andan muy juntos en el Oriente Medio».

—¿Quién puede asegurar que lo que aquí se dice es verídico? Puede ser una elucubración periodística.

—No lo es. Vaya usted ahora mismo —replicó, concisa, Sonia.

Y seguida de sus ayudantes, salió de la casa. Encima de la mesa habían dejado un paquete. Ruizi lo abrió.

—Es un uniforme igual a los que usan los empleados de la

«Anglo-Iranian» —dijo, y lo extendió, viendo que era para una persona de gran talla.

—Ahora me lo pondré.

Eran las primeras horas de la tarde cuando comenzó su labor. En el bolsillo del uniforme iba una tarjeta de identidad que le hacía aparecer como empleado de la gran empresa. Abadán es una ciudad en el centro de una refinería. Todas sus actividades están relacionadas con el petróleo.

Payne presentó su carnet a los policías que hacían guardia en una de las entradas de la ciudad. Le ojearon detenidamente, y luego dejáronle pasar la alambrada. Decenas y decenas de kilómetros de alambre de espino daban la vuelta a la población, impidiendo la entrada de personas desconocidas. Cada cien metros, una pareja de centinelas cooperaba con la alambrada a hacer casi imposible el acceso a las dependencias de la refinería.

Dio un vistazo al croquis que llevaba consigo. No quiso preguntar a nadie por las oficinas de la administración, ya que quizá hubiesen sospechado que un empleado las ignorase. Anduvo largo rato observando las calles de la ciudad. Le pareció una población muy interesante, limpia y ordenada, pese a que las chimeneas y los depósitos de refinación lanzaban grandes cantidades de humo, ennegreciendo el cielo. Pudo observar también que cada cien metros estaban instalados modernísimos aparatos extintores contra incendios.

Siguió paseando. Sacó una pitillera, y se dispuso a encender un cigarrillo. Jamás lo hubiera hecho. Inmediatamente se le acercó alguien que en tono imperativo le llamó la atención.

—¿Qué hace usted? ¿Está loco? ¡Apague ese cigarro!

Payne se le quedó mirando de hito en hito.

—¿Qué pasa? ¿Es que he cometido un crimen? ¡Déjeme en paz!

El hombre que le había llamado la atención, no le contestó, pero le dio un manotazo, tirándole el cigarrillo al suelo y pisándolo después.

—En Abadán es un delito fumar —aclaró—. Una colilla puede provocar el más horroroso incendio de la historia. Si desea echar humo por la boca, váyase a los fumaderos especiales que hay repartidos por la ciudad.

—Perdón, es que acabo de ingresar en la empresa —se excusó—,

y, ¿sabe?, me olvidé de las recomendaciones que me hicieron.

—Pues conviene que tenga usted presente que el encender aquí una cerilla puede considerarse como sabotaje.

Estuvo de suerte. El individuo que la llamó la atención, se marchó sin sospechar que el infractor era la primera vez que estaba en Abadán. De haber sido otra persona, acaso el percance le hubiera costado caro, ya que sin duda le habría denunciado al puesto de policía más próximo. «Esos saboteadores debieran haberme avisado», pensó.

Llegó frente a un imponente edificio de ladrillos rojos. Un rótulo indicaba que allí estaban instaladas las oficinas principales de la compañía. Entró. Un empleado le cortó el paso. Exhibió su tarjeta de identidad. Estaba en regla, a juicio del empleado, porque enseguida le invitó a que entrase.

En el segundo piso se hallaba el despacho del ingeniero jefe. Numerosos ordenanzas cruzaban los pasillos, trasladando papeles de una oficina a otra.

—¿Qué desea? —le preguntó uno de aquéllos.

—Tengo una cita con el director —contestó.

—¿Con el director? —se extrañó el conserje—. *Mr.* Paulew sólo recibe por la mañana.

—No obstante ese contratiempo, deseo verle. Dígale que es muy urgente.

—Lo intentaré. ¿Cómo se llama?

—Dígale que es muy urgente —insistió, sin dar su nombre.

El ordenanza hizo un gesto de duda y de perplejidad, y entró en el despacho.

Salió al cabo de unos instantes, acompañado por un joven alto y espigado, rubio y con gafas de carey. Su aspecto no podía descubrir más a las claras su condición de súbdito de Su Graciosa Majestad británica.

—Soy el secretario de *Mr.* Paulew —anunció el joven, que llevaba en la mano una agenda y la pluma estilográfica, dispuesto a anotar la petición del desconocido—. Dígame lo que desea, y yo se lo trasladaré al director.

—Es imposible. He de hablar personalmente con *Mr.* Paulew.

—El director sólo recibe las visitas previamente anunciadas.

Hubo un forcejeo dialéctico. La negativa de Payne a dar su

nombre era tan rotunda, y su deseo por ver al director tan vehemente, que el secretario no tuvo más remedio que darse por vencido.

—Espere un momento. Se lo diré a *Mr*. Paulew.

Regresó a los pocos instantes.

—Pase, por favor —dijo, abriéndole la puerta.

Le condujo por un amplio pasillo, a cuyos lados había numerosas oficinas. Enfrente estaba el despacho del director.

—¿Se puede pasar, *Mr*. Paulew? —pidió el secretario.

—Pase —contestó una voz robusta y enérgica.

Arnold Payne se encontró en presencia de un hombre de mediana edad, sin llegar a los cincuenta. Usaba lentes con montura de oro, tras los que se hallaban unos ojos azules de penetrante y escrutadora mirada. Sus ademanes eran sencillos y graves al mismo tiempo. Un tresillo circundaba un dedo de su mano izquierda.

—Déjenos solos, Alexandre —dijo, dirigiéndose a su secretario, que salió inmediatamente.

—Muchas gracias por recibirme, *Mr*. Paulew.

—Yo recibo a todo el mundo que quiera hablar conmigo para contarme cosas interesantes —contestó en un tono de voz que a Payne le pareció severísimo.

—Entonces, lo que yo voy a decirle, le entusiasmará.

—¡Hable! —exigió tajante.

El agente Arnold Payne, de la División de Choque del
C. I. A.,
no descubrió su personalidad. No es que dudase de la discreción del ingeniero jefe de la importante compañía inglesa, a la que venía a prestar un gran servicio, pero su misión era tan secretísima, tan por encima de cualquier circunstancia, que el decir que pertenecía al
O. S. S.,
lo consideraba como una traición a los altos ideales que defendía.

Payne estuvo hablando durante veinte minutos, sin que Paulew pronunciase una sola palabra. Su gesto sereno iba ensombreciéndose según hablaba su interlocutor. Se veía que la situación a que se refería Payne, era sumamente grave y comprometida.

—Eso es todo —concluyó el agente, una vez que le hubo expuesto el motivo de su misteriosa visita.

Paulew se pasó la mano por la barbilla, en una actitud que significaba duda y vacilación. Clavó su mirada en los ojos de Payne, como si quisiera llegar a lo más recóndito del ser del divisionario. Estuvo así observándolo y reflexionando durante unos minutos. El agente sacó un cigarrillo, y se lo puso entre los labios.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó, sonriendo.

Paulew movió la cabeza verticalmente.

—¿Y cómo puedo yo saber que lo que usted me ha dicho no es una fantasía? —inquirió, quitándose los lentes y limpiándoselos con un algodón—. ¿Qué clase de credenciales tiene usted?

—Usted no tiene más remedio que creer en mis palabras —sostuvo Payne—. Tampoco importan las credenciales que tenga. Soy norteamericano, aunque no posea pasaporte, y estoy tan interesado como usted en que el petróleo del Oriente Medio sea para el mundo de Occidente. Es de vital necesidad que ocurra así. Y la memoria y los planos los necesito dentro de tres horas. Serán unos planos ficticios, y a la compañía en nada le perjudicarán tres horas de trabajo.

—¿Pertenece usted al servicio de espionaje de los Estados Unidos? —interrogó el director, y en su semblante se dibujó una levísima sonrisa.

—Ésa es una pregunta ingenua; ¿no cree usted, mi querido amigo? No quisiera responder.

—Bien, no responda. Yo ya he tomado una determinación.

—¿Cuál?

—Ahora la verá.

Pulsó varios timbres. El despacho se pobló de empleados técnicos.

—Me urge un plano de la región Gach Serán. Hemos de traer un oleoducto doble desde allí hasta Abadán. Que tenga las mismas características que el
«pipe-line»
que estamos construyendo. Redacten urgentemente las memorias.

A las doce de la noche, Arnold Payne tenía en su poder el *dossier* que le habían encargado sustraer. No era el mismo que necesitaba Sonia, pues se diferenciaba del que se guardaba en la caja fuerte de *Mr*. Paulew, en que se había planificado un oleoducto inexistente. Pero estaba tan bien realizado, y era tan lógico su emplazamiento y

trayectoria, que los elementos del «Fedeiyan» y sus afines no lograrían percatarse del engaño hasta una semana después, cuando el mandatario del
C. I. A.,
hubiese cumplido su misión victoriosamente.

Pasó la noche en un hotel, y a la mañana siguiente traspasó las alambradas, mostrando a los centinelas su carnet legal.

Ruizi le abrió la puerta de la casa donde estuvo el día anterior. Se fijó en la cartera que sostenía su amigo.

—¿Lo conseguiste? —preguntó impacientemente.

—Repito lo que ya te he dicho en otra ocasión —repuso con altanería—; no hay nada en este mundo que, si me lo propongo, no lo consiga.

—Eso me alegra. Te están esperando ahí.

En la habitación contigua estaban repantigados en un diván, Sonia, y sus dos adláteres.

—¿Cumplió el encargo? —quiso saber la mujer, con la parquedad de palabras que la caracterizaba.

—Tenga —respondió Payne, como si la concisión de Sonia se le hubiera pegado.

La mujer abrió la cartera. Extendió el mapa encima de la mesa, y lo estudió detenidamente. Sus ayudantes la imitaron. Hubo un momento en que la cara de Sonia se contrajo. Su gesto severo y circunspecto intensificóse. No pronunció ni una sola palabra. Payne la observaba, pero sin llegar a suponer que Sonia Lubriski iba a obrar con rapidez tan desconcertadora y agresiva. Hurgó en su bolso. Extrajo de él un objeto metálico. Payne no tuvo tiempo de ponerse en guardia.

—¡Embaucador! —gritó la joven.

Empuñaba una pistola. Disparó. Dos balas fueron a incrustarse en el cuerpo de Payne. Cayó al suelo, retorciéndose en silencio.

—¿Qué ha hecho usted? —inquirió Ruizi, sin comprender la actitud de la muchacha—. ¿Por qué disparó?

—Ha pretendido engañarnos —aclaró. Aún sostenía el arma en su mano, sin duda dispuesta a apretar otra vez el gatillo—. Nos ha traído un plano que ha sido realizado esta misma tarde. La tinta está fresca, y el papel no tiene ni una sola arruga. ¡Nos ha traicionado!

—¡Es imposible! —protestó Ruizi, que, acordándose de lo que Payne había hecho por él, no comprendía que ahora se le tachara de traidor—. ¿Cómo sabe usted que el plano es falso?

—Porque el plano del oleoducto en construcción, es viejo y está quemado por una punta. Fue hecho en 1948 y ha sido sobado y resobado por cien manos distintas. Al ministro de Asuntos Exteriores de Londres, cuando lo examinaba, se le cayeron unas briznas de ceniza de un puro, y lo quemó por un ángulo. ¿Está claro?

—¿Qué quiere decir? —exclamó Ruizi—. ¿Supone que Payne es un agente del servicio de espionaje inglés?

—Quizá sí, o quizá no. Luego lo averiguaremos. Mira a ver si las heridas son mortales.

Payne estaba malherido. Una bala habíale atravesado el brazo izquierdo, aunque sin tocarle ningún hueso, y la otra le perforó el pecho, muy cerca del corazón. Tenía cerrados los ojos, y la sangre empezaba a formar regueros en los baldosines.

—Si queremos librarle de la muerte, hemos de hacerle una transfusión de sangre. Así, quizá tenga fuerzas para contarnos cosas muy interesantes.

—No hay tiempo —replicó Sonia—. Sabemos que es un traidor. No hay tiempo para atenderle. ¡Vámonos!

Salieron del chalet, montando en un automóvil. Ruizi, sin querer, dio un puntapié a un bidón.

—¡Cuidado! —le advirtió Atamek—. Es dinamita.

El «Vanguard» se puso en marcha. En una habitación del primer piso de aquel delicioso hotelito, un hombre agonizaba, desangrándose. Sólo un milagro podía liberarle de la muerte. Arnold Payne, de bruces contra el frío suelo, había pagado con su sangre y acaso con algo más, mucho más irreparable, la improvisación de hacer un plano apócrifo sin cerciorarse antes de cuáles eran las condiciones que reunía el auténtico.

Sonia y sus hombres obraron con una precisión matemática. En Abadán acababa de producirse una huelga. Los obreros persas del petróleo respaldaban así el programa del Parlamento, que había votado la nacionalización de dicha industria, hasta entonces en manos extranjeras. Sonia supo aprovechar aquellos momentos de vacilación. La huelga estalló a las once de la mañana. Sonia sabía

que aquélla era la hora elegida para que dieran comienzo los disturbios callejeros, pues no en balde mantenía una íntima relación con los jefes de los sindicatos. A las doce, Sonia y sus acompañantes llegaron a un paraje desierto, a unas veinte millas de la ciudad.

De un cobertizo salieron varios hombres, que se pusieron a las órdenes de Sonia.

—Todo está preparado, señorita —anunció un individuo que llevaba guayabera de cuero, pantalones bombachos, y galas amplias y obscuras que le tapaban los ojos.

Indudablemente, aquel individuo era un aviador.

—Está bien. ¡Adelante! La dinamita está en el coche. No creo que necesitéis más instrucciones.

Cerca del cobertizo había una pequeña arboleda, donde estaba oculto un helicóptero entre el ramaje. Lo empujaron, hasta ponerlo en situación de elevarse. Subieron en él el aviador, Sonia, Ruizi, Atamek y el otro individuo. En tierra quedaron cinco hombres. La mujer consultó su reloj de pulsera.

—Dentro de cuarenta y cinco minutos, prendéis fuego a la mecha —ordenó a los que se quedaban en tierra—. Cada uno que se sitúe en el lugar convenido. Y actuar al unísono. Esto es muy importante.

El aviador puso en movimiento el motor del aparato. Sonia seguía hablando a los terroristas, con medio cuerpo fuera de la ventanilla.

—¡Atención! —añadió gritando mucho, ya que el ruido del motor dificultaba la audición de sus palabras—. Sincronizad vuestros relojes. Son las 2,13. A las 2,58 en punto, encendéis vuestros mecheros. ¡Que haya suerte!

El autogiro se elevó casi verticalmente. Evolucionó, hasta que tomó la ruta del norte. Los cinco hombres alzaron su vista, y siguieron la trayectoria del aparato hasta que se perdió en el horizonte. Entonces montaron en el «Vanguard», y enfilando la carretera que conducía a Abadán, el chofer apretó el acelerador. Podían llegar en cuarenta minutos a una velocidad media de sesenta kilómetros por hora. Y llegaron, en efecto, a la hora convenida.

Dejaron el coche en los alrededores de la ciudad, y cada uno, llevando debajo del brazo una cartera de tamaño más bien pequeño, entraron en Abadán por cinco diferentes direcciones. Exhibieron la

tarjeta de identidad, y los centinelas no les opusieron ningún obstáculo.

A las dos horas cincuenta y ocho minutos, se produjeron cuatro explosiones simultáneas, separadas por intervalos brevísimos. La explosión que debía hacer la número cinco no llegó a producirse, debido a que un policía sospechó de un obrero que paseaba cerca de los depósitos que hay junto al rió Sáliatt el Arab, y le siguió hasta cogerle «con las manos en la masa», es decir, que le dio el alto cuando ya se disponía a arrimar la llama del encendedor en la mecha que concluía en un paquete de dinamita de medio kilo.

—¡Alto! ¿Qué hace usted? —gritó el policía, empuñando una pistola.

El saboteador, al verse descubierto, obró con inusitada rapidez. Sacó un revólver y disparó, pero no dio en el blanco. No pudo hacer puntería, acaso porque desgatilló en un momento de nerviosismo. El policía se puso en guardia, guareciéndose detrás de un muro de cemento, y disparó a su vez. Vio que el hombre de la mecha se llevaba las manos al vientre, y que en su cara se reflejaba un gesto de dolor. Le había alcanzado. Pero no pudo acercarse para ver si el balazo había sido mortal.

El policía oyó cuatro explosiones, y fulminantemente el cielo azul y despejado de Abadán se llenó de humo negro y denso. Las llamas enrojecieron el paisaje urbano. Enseguida resonó un estruendo horrísono, espantoso. La onda explosiva lanzó al policía al aire, haciéndole caer diez metros más allá.

El pánico se apoderó de los habitantes de Abadán. Las escenas de un angustioso y hondo patetismo se sucedieron durante muchas horas de aquella tarde infernal. Habían explotado seis o siete depósitos refinadores, y las brigadas especiales de bomberos trataban heroicamente de atajar el incendio. Los extintores automáticos despedían sin pausa la materia ininflamable, pero las llamas seguían avanzando inexorablemente hacía nuevos depósitos. Las columnas de humo ocultaban el sol, y la ciudad parecía sumida en una noche dantesca; el resplandor de los incendios le daba un aspecto de desolación y muerte que acongojaba el alma de los abadanases, que huían despavoridos en todas direcciones, sin saber qué hacer, atrofiados sus sentidos por el terror.

La lengua de fuego llegó hasta el octavo depósito. Entonces se

produjo la explosión más grande, de caracteres apocalípticos. Fue un cataclismo de sobrecogedora magnitud. Trozos de cemento y de hierro volaron por el aire. Una tromba de petróleo se esparció, cayendo en las calles, en los tejados de las casas, y empapando a las personas que estaban al descubierto. La ciudad entera fue invadida por el fuego. El octavo depósito desapareció como por arte de magia, y en su lugar apareció un enorme embudo. Las dos tuberías de un oleoducto que surtían al citado depósito, quedaron rotas, y el petróleo que salía de ellas proporcionaba inmejorable alimento a las llamas embravecidas, que lo devoraban todo.

Aquel día fue el más horroroso en la turbulenta historia del petróleo persa, codiciado por antagónicas potencias para obtener la supremacía mundial. Abadán quedó reducido a cenizas, y los muertos se contaron por cientos. Hubo casos de enloquecimiento y de suicidio y miles de personas, flageladas por el terror, abandonaron la tierra de Persia para no volver jamás a ella.

Dos días después, logró dominarse el incendio. La ciudad ofrecía un aspecto de ruina y devastación que sobrecogía los ánimos. De trecho en trecho, una casa aparecía indemne, aunque ennegrecida. El ciclo había perdido su color azul, saturado por el humo, y densos y grotescos nubarrones se adueñaron del espacio. Abadán quedó sumida en un impresionante silencio. Nadie trabajaba. De vez en cuando, el llanto de alguna mujer que había perdido a su marido o a sus hijos, ponía en el ambiente callejero un trémolo de infinita amargura.

Pronto empezó la reconstrucción. La «Anglo-Iranian», que perdió cerca de mil millones de libras esterlinas como consecuencia del sabotaje, destinó otra cantidad igual para poner las cosas en su sitio, para reconstruir lo que el incendio y las explosiones destruyeron.

Abadán se pobló de obreros y de técnicos. Iba a resurgir una ciudad, como el Ave Fénix, que resucitó de sus propias cenizas.

III

LA MUERTE DE RUIZI

Quince días después del sabotaje perpetrado contra la ciudad de Abadán, un hombre alto y desgarbado, que llevaba un brazo en cabestrillo, entraba en una casa del barrio residencial de Teherán, y sostenía una larga entrevista con un extraño personaje. Aquel hombre era Arnold Payne, de la División de Choque del C. I. A., y la persona con la que había hablado era el agente que el Director de tal organismo le recomendó como elemento de enlace del espionaje en el Oriente Medio, y que ostentaba un alto puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Persia. El C. I. A. conocíale por el apodo de «El Cónsul».

Hassan Alá era un hombre como de unos cuarenta años, cetrino, vestido a la europea, y por sus modales suaves y pausados, así como por su impecable pronunciación del inglés, se advertía que había vivido mucho tiempo en contacto con el mundo de Occidente. A Payne le causó una impresión extraña, indefinible, aquel individuo ganado por los dólares americanos, y en el que tanto confiaba el Almirante Hillenkoetis.

—Estoy al tanto de su aventura en la cárcel y en Abadán —le dijo el persa, después de saludarle—. Me he enterado ahora, una vez que han pasado los hechos. Yo creo que hizo mal en no presentarse a mí directamente, cuando llegó a la ciudad. Le habría allanado el camino.

—No tuve tiempo. Los acontecimientos se precipitaron, y yo me vi en la necesidad de actuar sin su estimadísimo consejo —se disculpó el agente.

—Pues ya sabe que estoy a su disposición. El
O. S. S.,
me comunicó su llegada, y he estado esperando impacientemente su visita —manifestó, y revolviendo en un cajón, mostró al agente una serie de documentos—. Vamos a trabajar unidos. Como ve, mis credenciales son muy notables. Llevo cinco años trabajando para los Estados Unidos, y mis servicios han sido siempre del máximo valor.

Hablaron durante largo rato. Payne le dijo que en el Banco Nacional había depositado una cantidad a su favor, como pago de los servicios que estaba dispuesto a realizar. Quedaron en verse otro día.

Se hospedó en el hotel Excelsior. En conserjería le dieron un telegrama. Lo abrió. Era de Ernest Paulew, el ingeniero jefe de la «Anglo Iranian Oil Company». Lo leyó:

> «Después del espantoso incendio que devastó esta ciudad, Abadán adquiere de nuevo el mismo ritmo de vida y de trabajo que antes. Deseo fervientemente que igual que nuestra ciudad, sus heridas hayan sido restañadas ya».

Arnold Payne se sonrió. Le debía la vida a Ernest Paulew. Si éste no hubiera sido lo suficientemente desconfiado como para ordenar que uno de sus empleados siguiese a Payne, el hombre del «Office Strategic of Services», no estaría ahora en el mundo de los vivos.

Paulew había querido cerciorarse de que Payne no trataba de engañarle.

—Sígale usted —ordenó a uno de sus ayudantes—, y comuníquense las impresiones que recoja.

A las once de la mañana, el teléfono del ingeniero jefe repiqueteó incesantemente. Le llamaba su ayudante. La noticia que le dio, fue trágica.

—Le estoy llamando desde el interior de un chalet que se halla en el kilómetro 0 de la carretera general. *Mr*. Payne ha sido asesinado.

—¿Qué dice? ¿Está seguro? —preguntó Paulew, angustiado.

—¡Claro que estoy seguro! El cuerpo acribillado a balazos de este señor, está a mis pies. Incluso me he manchado los pantalones

de sangre.

—¡Espéreme ahí! Enseguida voy.

Unos minutos después, Paulew se apeaba frente al chalet. Su ayudante le salió al paso.

—¿Sabe usted quién lo ha matado?

—Únicamente puedo decirle que vi que una mujer y tres hombres salían del hotel y se marcharon en un «Vanguard». Pero he de rectificar la información que le di por teléfono.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió, creyendo que le iba a contar otra desgracia.

—*Mr*. Payne está gravísimo, pero no ha muerto. Tiene una bala cerca del corazón, y otra le ha perforado el brazo. Quizá pueda salvársele, haciéndole una transfusión de sangre.

—¡Actuemos sin dilación! —exclamó el ingeniero, que estaba emocionado como si el divisionario fuera un amigo entrañable—. Hay que llevarle a la clínica del doctor Anchilet. ¡Vamos pronto!

El doctor Anchilet hizo un gesto pesimista cuando el cuerpo desnudo de Arnold Payne quedó tendido en la camilla de operaciones de la clínica de Burnani, a varias millas de Abadán. Lo examinó con detenimiento.

—Lo del brazo es una herida insignificante —dictaminó, subiéndose los lentes—. Pero lo del pecho es grave. No respondo de su vida. Se puede intentar una operación a vida o muerte. ¿Hay aquí algún pariente para que dé su consentimiento? La operación es muy comprometida.

—No podemos esperar la llegada de un posible pariente —rechazó Paulew, imperativamente—. Está en juego la vida de un hombre. ¡Hágalo, doctor!

—Conforme. Uno de ustedes tiene que dar su sangre.

—Sáquemela a mí —solicitó el ingeniero.

Analizó su sangre. Estaba de enhorabuena. Era del mismo grupo sanguíneo que la de Payne. Le colocó el aparato transfusor, y de un brazo fue saliendo el líquido vital que por conducto de las gomas adecuadas se introdujo en las venas exhaustas del agonizante. Luego, inmediatamente, el doctor realizó la dificilísima operación.

En el mismo momento que el doctor Anchilet metía el bisturí en el boquete producido por la bala, y con seguro pulso hurgaba entre aquella carnicería, procurando no rozar la víscera, se oyeron varias

detonaciones simultáneas. Si, como consecuencia de las explosiones, la mano de Anchilet hubiera temblado, con toda seguridad que la vida del agente habría terminado en aquel mismo instante. Pero el doctor no se inmutó siquiera, y al fin pudo extraer el proyectil.

El ayudante de Paulew, que oteaba el horizonte a través de un amplio ventanal, dio el grito de alarma.

—¡Abadán está ardiendo! —exclamó—. Vean las llamas.

Paulew salió precipitadamente a la carretera. Montó en un coche, y pisó con fuerza el acelerador. Su ayudante pretendió darle alcance, aunque en vano.

Y así fue cómo Arnold Payne, mientras Abadán ardía, pasaba por el trance de una arriesgadísima operación a vida o muerte. Cuando los efectos del éter desaparecieron de su organismo, sus ojos se abrieron, y empezaron a reconocer. Anchilet se los cerró de nuevo, con el fin de evitar un esfuerzo que pudiera ser perjudicial.

Unos días más tarde, Paulew fue a visitarle. Payne le recibió con una sonrisa de satisfacción. El doctor le había referido que debía la vida al ingeniero jefe.

—Muchas gracias, *Mr*. Paulew —dijo, alargándole la mano—. No sé cómo podré pagarle lo que ha hecho por mí.

—¡Bah!, no tiene importancia. Lo malo es que no hemos podido llegar a tiempo de evitar el sabotaje.

—Cierto —contestó Payne, apesadumbrado. Estaba recostado en una almohada. Su cara denotaba que la salud iba ganando terreno. La herida del pecho cicatrizaba a pasos agigantados, gracias a su robusta complexión y a los cuidados del doctor—. Pero la partida no está perdida aún. Tendré ocasión de verme cara a cara con Sonia Lubriski.

—¿Sonia Lubriski? —repitió Paulew, intrigado—. ¿Quién es?

—Una mujer de belleza impresionante, pero con un corazón tan frío y maquiavélico, que forma la más sorprendente conjunción que imaginarse pueda —Payne hablaba con los ojos cerrados, como si quisiera encerrar en su evocación todos los rasgos fisonómicos y morales de la astuta y monstruosa espía—. Es rubia, de acariciadores ojos azules, esbelta, y con un carácter obsesivo y dominante. Es un magnífico ejemplar que quedará recogido en la antología del espionaje mundial.

—¿Ordenó que disparasen sobre usted? —quiso saber el

ingeniero, interesado en la descripción que hacía el agente de la muchacha.

—¿Para qué, teniendo ella una pistola en su bolso? Para estas cosas no necesita ayuda de nadie.

Cambiaron de conversación. Paulew le habló del aceleradísimo ritmo con que se llevaba la reconstrucción de Abadán. Los barcos ingleses descargaban en el puerto pérsico infinidad de materiales necesarios para la instalación de los depósitos y la reparación de los oleoductos averiados.

—A propósito de los oleoductos. Usted me ha dicho que Sonia descubrió enseguida que los planos que yo le di eran falsificados. ¿Cómo lo averiguó?

—Al parecer, los planos verdaderos fueron hechos hace años, y los que yo llevé estaban intactos, con la tinta china todavía fresca. Al caer al suelo, herido por los disparos que me lanzó a boca de jarro, pude escuchar que Sonia hablaba de que los planos tenían una quemadura en un ángulo, producida por no sé cuál ministro inglés.

Paulew se quedó pensativo, pasándose la mano por la frente.

—¿Ha dicho usted que Sonia es rubia, de unos veinticinco años y de ojos azules?

—Sí.

—Entonces, casi puedo asegurar que en 1950 trabajó a mis órdenes. Recuerdo que entonces se hacía llamar Mary Anderson, de nacionalidad inglesa. Un día desapareció, y no hemos vuelto a saber nada más de ella.

Entró el doctor, y en tono de reconvención, aunque no exento de amabilidad, rogó al ingeniero que no diera excesiva conversación al paciente, porque si hablaba mucho la herida tardaría más tiempo en cicatrizar. Paulew tuvo que marcharse.

El herido fue mejorando. A los doce días del accidente que pudo ser mortal, Payne se levantó por primera vez, y anduvo paseando por la habitación. Al principio, apenas lograba sostenerse sin perder el equilibrio, pero luego fue haciéndose dueño de sus pies. Anchilet le vio dando carreras por su departamento, saltando por encima de las sillas.

—¿Pero, qué hace usted, loco? ¿No ve que se está matando? —le recriminó—. ¡Hala, a la cama!

Payne se le quedó mirando, fijamente.

—Ya es hora de que me marche, doctor. Tengo mucho trabajo en perspectiva. Me iré mañana.

—No —contestó, enérgico, el médico—. Usted no puede marcharse hasta que no esté totalmente curado. Como profesional, no puedo consentir ese crimen. Aún le faltan veinte o treinta días de reposo.

—Es inútil, doctor. Hoy es el último día que estaré a su lado. Hay bastantes heridos en la clínica, y mi cama la necesita otra persona.

Anchilet, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, procuró que las heridas fuesen en las mejores condiciones posibles. Le vendó el pecho, y el brazo se lo puso en cabestrillo, y salió a despedirle al borde de la carretera. Payne subió al coche del médico, que se lo había prestado, y le tendió la mano primero, para abrazarle después.

—¡Suerte, muchacho! —le dijo y no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus pupilas. Y dirigiéndose al chofer, le advirtió—: Conduce despacio y procura salvar los baches.

El agente secreto llegó a Teherán, y una hora más larde solicitaba la entrevista con el primer ministro. Y al día siguiente recibió la contestación oficial.

Arnold se había quitado el pañuelo que sostenía su brazo izquierdo. Notó un dolor agudo, pero se impuso a las molestias. El cabestrillo le estorbaba, y, además, podía ser una estupenda señal de identificación. El gobierno le había contestado que estaba de acuerdo con sus planes. Era lo que más vivamente le interesaba.

Se dispuso a luchar sólo contra los agentes del espionaje eslavo. Los conflictos y divergencias entre los partidos políticos del país le interesaban bien poco. «Pueden y deben luchar por su independencia económica, pero lo que no consentiremos es que el petróleo de aquí, llave de la victoria en una posible guerra, caiga, en manos enemigas», razonó. Idénticas palabras había pronunciado delante del primer estadista persa.

Su plan consistía en desbaratar la acción del espionaje de la
K. P. A.
Sería una batalla silenciosa, en la que un hombre, sin más ayuda que su inteligencia, respaldada por una automática, pretendía

«cazar» en distintos puntos de Persia a los componentes de la organización rival. Y lo primero que tenía que hacer era liquidar a Sonia, Ruizi, Atamek y el viejo, que eran las únicas personas que podrían identificarle.

Buscó con ahínco una pista que le condujera al objetivo deseado. En Teherán no la encontró. Tuvo conocimiento de que en los yacimientos de Magdid Sulaimon se habían producido movimientos subversivos, paralizando los trabajos de la extracción del petróleo. No lo pensó mucho. Inmediatamente se encaminó hacia el lugar mencionado.

En efecto, la suposición suya de que en los yacimientos actuaba la mano solapada de Sonia o Mary Anderson, fue confirmada por la presencia de Admed Ben Ruizi. Le vio mezclado con los trabajadores, y ya no le perdió de vista, aunque a prudencial distancia. Tenía una cuenta pendiente con Ruizi. Lo liberó de la prisión pero no lo hizo empujado por un sentimiento caritativo, sino porque le abriera las puertas de una tenebrosa organización. Como no lo consiguió sino en parte, hora era ya de que el asesino del general Al Razmara pagara su crimen. Procuraría entregarlo a las autoridades, y de no ser esto posible, le metería una bala en el corazón.

Ruizi, sin embargo, no estaba dispuesto a que nadie le alojara un proyectil entre pecho y espalda. Vendería cara su vida. Ruizi no era un memo precisamente. Demostró en numerosas ocasiones que sus nervios respondían a una frialdad escalofriante. Empleaba la fuerza, pero sin escatimar la inteligencia. No era un muñeco mecánico, sin cerebro, que se atuviese a una orden exclusivamente.

La huelga se extendió a todos los pozos de la región. Produjéronse algunos accidentes violentos. Un grupo de obreros pretendió romper las tuberías de la *pipe-line*, pero los soldados dieron buena cuenta de los saboteadores.

Payne continuaba tras los pasos de Ruizi. Le vio entrar en una casa de aspecto miserable, en pleno campo. Y le picó la curiosidad. Entró. Era una especie de molino. Un individuo bajaba por unas escaleras empinadísimas. Se ocultó detrás de un montón de sogas. El desconocido desapareció por la puerta de entrada, y Payne desenfundando su pistola, se dispuso a subir las escaleras. Oyó un ruido. Se estremeció. Estaba en la mitad de la escalera y no podía

esconderse fácilmente. El ruido venía de abajo.

Percatóse de que el hombre que vio antes se había quedado de centinela al otro lado de la puerta, y al cerrar esta produjo el ruido que le alarmó. Siguió avanzando. A través de una ventana divisó el horizonte. No vio a ningún ser viviente por los alrededores.

Llegó a un descansillo. La escalera continuaba ascendiendo en espiral. A un lado, había una puerta pequeña. La entreabrió brevemente, ya que el ojo de la cerradura tenía puesta la llave por la parte de dentro, y no dejaba ver el interior de la estancia.

Rechinaron los goznes. No le dio tiempo a mirar por la abertura.

Se lanzó escaleras arriba, escondiéndose en un recodo. Salió un hombre que no era Ruizi.

—¿Ha subido alguien, Mohandas? —gritó.

Se abrió la puerta de entrada, y el hombre que estaba de guardia, contesto, entrañado:

—No. ¿Por qué?

—No sé, quizá haya sido el aire.

Se metió en la habitación, no sin antes echar una ojeada hacia arriba. Payne aguardo unos minutos. Luego, bajó. Aplicó el oído al ojo de la cerradura. No pudo percibir con exactitud la conversación que sostenían al otro lado de la puerta. Desde luego, por el murmullo que producían, en el interior debía haber tres o cuatro personas. La voz cortante, concisa y rotunda de Sonia, inconfundible, no llegó a escucharla. ¿Estaría dentro? ¿Se hallaría en las proximidades de los yacimientos de Magdid Sulaimon?

Un gesto de disgusto contrajo los labios de Arnold Payne. No se enteraba de cuánto decían sus enemigos. Forzó la puerta, metiendo en la ranura la punta de un puñal que siempre llevaba consigo, pero aquélla no cedió.

—¡Maldita mala suerte! —murmuró.

Hizo un movimiento de cabeza instintivo, significando contrariedad. De pronto, sintió un golpe seco y fortísimo en el hombro derecho. Se volvió airado, apretando ceñudamente el mango de su puñal.

Un hombre alto, corpulento, de mirada siniestra, estaba a dos pasos de él. Era el centinela de abajo. Había subido sigilosamente, y cuando estuvo cerca de Payne, le asestó un golpe con la culata de su revólver. El instintivo movimiento de cabeza del americano,

desviándola, le valió que en aquellos momentos siguiera disfrutando del conocimiento. Sin pensarlo ni un segundo, se lanzó sobre el guardián, y le hundió el puñal en el cuerpo. La acción de Payne fue tan vertiginosa y desconcertante, que el hombre corpulento no pudo hurtar su cuerpo al cuchillo rival. Se desplomó, rodando, hecho un ovillo, por las escaleras.

Payne se puso en guardia. En la mano izquierda seguía conservando el puñal de acerada y sutilísima hoja, y con la derecha apretaba la culata de la automática.

El ruido provocado por la caída del apuñalado llegó a oídos de los que conversaban en el interior de la habitación. Payne tomó precauciones, y, recostándose en la barandilla, a dos metros por encima de la puerta, apuntó a ésta.

Salió el mismo individuo de antes. Ver a su compañero muerto en un descansillo de la escalera, y exhalar un grito de terror, fue cosa simultánea.

—¡Sal! ¡Han apuñalado a Mohandas!

Sin embargo, nadie apareció en la puerta. Payne no lo consintió. Jugándose el todo por el todo y sabiéndose metido en una ratonera, de la que no podría salir sino a fuerza de tiros, disparó él primero. Cayó el segundo individuo, y con su cuerpo agujereado formó barrera en el umbral.

El agente secreto descendió unos escalones. El silencio era impresionante. La carcomida madera crujía bajo sus pies, rompiendo así aquel silencio lúgubre y macabro. Nadie pronunció una palabra.

La expectante escena se alargó varios minutos. Luego, de improviso, una pistola lanzada desde la habitación, fue a caer cerca del muerto. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería una treta? ¿No habría dentro dos personas, quedándose con un arma y despojándose de la otra con el fin de engañarle? Enseguida lo iba a comprobar.

Sacó de su cartera de bolsillo un espejo, lo ató a un palo que encontró cerca, y agarrando éste por la punta, lo puso en medio de la puerta, a la altura de su pecho y ocultando éste por la pared. En la pequeña luna se dibujó la figura de Ruizi, empuñando una daga. Cambió la postura del espejo, escrutando todos los rincones de la habitación. No descubrió a ningún otro hombre.

—¡Vaya, Ruizi! —dijo Payne, sarcásticamente—. Debes estar

muy seguro del manejo del puñal, ¿eh?

El americano apareció ante la vista del magnicida. En efecto, estaba solo. Frunció el gesto, y sus labios se quebraron. Abrió la boca.

—¡Ah! ¿Conque eres tú? ¡El resucitado!

Se reía hipócritamente, ocultando los dientes tras los resecos y delgados labios.

—Sí. Yo soy. El mismo que dejasteis al borde de la muerte, en el chalet de Abadán —repuso, fríamente.

—Bien, pues estoy a tu disposición.

—Te mataré, Ruizi. La muerte que diste a los soldados de la prisión de Teherán, todavía ensombrece mi memoria. Ahora pagarás con tu vida aquella serie de crímenes. El asesinato del general Razmara, no puede quedar impune. ¡Ponte en guardia!

El arma que manejaba Ruizi era un puñal árabe, especie de daga, un poco curvado y tres o cuatro centímetros más largo que el que enarbolaba Payne. Lo blandió en el aire, y simuló que lo iba a lanzar. Payne se echó a un lado, un poco por inercia, porque tenía la seguridad de que su antiguo «amigo» no emplearía el engaño. Presumía de ser un psicólogo extraordinario, y en los siete días que pasó junto al asesino en franca camaradería, pudo estudiar a fondo su carácter y sus reacciones temperamentales. No, Ruizi no era un traidor. Era un asesino de fanatismo alucinante, ganado por la sutileza de una mujer de poderosa inteligencia. La lucha a muerte entre aquellos dos hombres sería cruentísima y cegadora, pero leal.

—¡Adelante, Ruizi! —le incitó—. Te concedo la iniciativa.

Admed extendió el brazo. La daga rozó la cara de Payne, haciéndole un somero surco desde la comisura de los labios hasta la parte inferior de la oreja. Empezó a brotar sangre, que resbaló por la mejilla para caer en la pechera de la camisa.

La herida encorajinó los ánimos del divisionario.

—¡En guardia, Ruizi! —gritó, al tiempo que se lanzaba a un ataque frontal escalofriante.

Hizo una finta. La punta del puñal se proyectó hacia la izquierda. Ruizi pretendió esquivar la puñalada. Se dobló. El puñal cambió de camino y fue a clavarse en el brazo derecho del persa.

—¡Vamos, Ruizi, no te pares! —exclamó, burlón—. La lucha aún no ha terminado.

—¡Claro que no! —contestó Ruizi.

Su brazo derecho colgaba inerte, y sin duda ya no lo podría mover. Empuñó la daga con la siniestra.

—¡Ya llevo ventaja, Ruizi!

—¿Tú crees? —Pretendió ironizar, procurando disimular el dolor que invadía todo su ser—. Soy zurdo. ¡Anda, arremete!

Se cruzaron los dos puñales. Ambos esquivaron varios golpes que parecían mortales. En un momento, la lucha llegó a ser un cuerpo a cuerpo. Payne, con una mano, logró sujetar la muñeca sana de su enemigo. La retorció, sin conseguir que soltase el puñal. Abandonó el suyo, y con las dos manos pugnó por romperle el brazo. Sonó un chasquido como si los huesos se hubiesen roto. Por fin, abiertos los dedos, cayó recta, y fue a clavarse en el entarimado.

Siguió retorciendo. Ruizi se impuso, y aguantó estoico el castigo. Pretendió abrazarle el cuello con el brazo derecho. Vano intento. Las venas cortadas impedíanle hacer fuerza.

Payne le dio el último retorcimiento, al tiempo que le ponía la zancadilla por la espalda. Perdió el equilibrio. Cayó. Una sonrisa de triunfo se dibujó en el semblante de Arnold. Cogió la daga que estaba clavada en la madera, y puso su punta encima del corazón de Ruizi, sujetándole para que no pudiera levantarse.

—Dime dónde está Sonia Lubriski. Tú lo sabes —intimó el agente del
O. S. S.,
amenazándole con introducir la daga en su pecho.

—¡No intentes amedrentarme! —contestó el persa, sin perder su altanería, pese a encontrarse casi vencido—. ¡No podrás hacerme cantar!

—En ese caso, morirás.

—Prefiero morir antes que delatar a mis compañeros.

Payne no quería matarle. Le interesaba mucho la confesión de Ruizi. Intentó persuadirle de la inutilidad de su negativa. No lo consiguió. No tendría, pues, más remedio que hundir el puñal en el corazón del que estaba postrado. Era la única solución, ya que si le llevaba detenido a la oficina de policía, a varios kilómetros de distancia del molino, corría el peligro de caer en manos de los agentes de Sonia, desparramados por aquellos alrededores.

—¡Habla, es la última oportunidad!

—¡No! ¡Aprieta ya!

Se crispó su puño. Payne no pudo evitar que una oleada de sangre congestionara sus mejillas. Había apretado, y el puñal, sin encontrar obstáculos en el camino, se coló recto en el pecho del persa. Éste exhaló un quejido, y musitó algunas palabras. Después, nada. La cabeza, sin resorte que la sostuviera, se ladeó, y quedó inmóvil, con los ojos desorbitados en principio para cerrarse luego poco a poco.

Payne se incorporó, recogiendo su puñal y la pistola. Bajó las escaleras cautelosamente. Salió a la explanada. Vio que un grupo de seis hombres venía en dirección del molino. Se volvió, girando hacia otro lado para alejarse de la factoría de Magdid. El terreno era accidentado y agreste. Cuando estuvo a prudencial distancia del molino, torció, tomando el sendero que conducía a Magdid.

Desde la ventana del molino, uno de los seis compinches de Ruizi vio que un hombre corría, allá lejos. Dio el grito de alarma. Salieron en su persecución, pero no pudieron alcanzarle.

Arnold Payne decidió emprender el regreso a Teherán. En el bolsillo de Ruizi había encontrado una carta en clave. La descifró, después de incesante trabajo. La lectura de mensajes en clave era, acaso, la asignatura más importante de la Academia de Espionaje de los Estados Unidos. La descifró en pate. En ella, en la carta, se hablaba de que inmediatamente después de realizar la operación de Magdid Sulaimon volvieran a Teherán. Lo firmaba «V. E. 18».

En Teherán le esperaba una visita de postín.

—Una señorita ha preguntado por usted en varias ocasiones —le anunció el conserje del hotel Excélsior—. Ha dicho que volverá esta noche.

Payne se sumió en un mar de confusiones. No tenía amistad con ninguna mujer de Teherán. ¿Quién sería, pues, aquella señorita, que con tanta insistencia preguntaba por él? ¿Y si fuera Sonia Lubriski? Se estremeció al pensarlo.

«Bah, esperemos», se dijo.

Llamaron a la puerta de su departamento.

—Pase. Está abierto.

Quedóse mirando fijamente a la mujer que acababa de llegar a su aposento. Era, en cuanto a rasgos fisionómicos, la antítesis de Sonia. Morena, esbelta, aunque de talle cimbreante, de ojos negros

y grandes, y un torrente de cabello de color azabache caía lujuriosamente, dejando al descubierto un cuello de tez suave y sin la más leve arruga. Se acordó de una artista cinematográfica. La joven que acababa de entrar tenía un parecido asombroso con María Montez.

—Es usted árabe, ¿verdad? —preguntó Payne, subyugado por tan sorprendente beldad.

—Sí, tengo sangre árabe y francesa mezclada en mis venas —respondió, con una voz tan sutil y cristalina que llegó a emocionar al agente.

—Bueno, pues usted me dirá en qué puedo servirla. El conserje me ha dicho que ha preguntado usted por mí en varias ocasiones.

—Es cierto. Deseaba cambiar impresiones con usted.

—¿Cambiar impresiones? ¿Sobre qué tema?

—A propósito, de Sonia Lubriski.

—¿La conoce usted?

—Sí, es mi amiga.

—¿Y quién la manda aquí?

—Ernest Paulew, el ingeniero jefe de la «Anglo-Iranian».

Payne estaba receloso. No podía confiarse así como así a una mujer que llegaba inopinadamente a su habitación. ¿Y si fuese una encerrona que le tendiesen los elementos de la
K. P. A.?
Escrutó detenidamente el rostro de la que se decía mensajera de Paulew. Es lo que hacía siempre en casos semejantes. El reconocimiento psicológico le reveló que la muchacha no albergaba complejos en su cerebro, y que estaba imbuida de un sentido estricto de la lealtad.

—Espere un momento —se excusó Payne, sin que la sonrisa huyera de sus labios—. Perdone que desconfíe de usted, pero las circunstancias me obligan a ello.

Ordenó a la telefonista que le pusiera en comunicación con el despacho de Paulew, en Abadán. Se saludaron cariñosamente.

—¿Ha mandado usted a una mensajera para que hable conmigo en su nombre? —preguntó.

Paulew respondió afirmativamente. Luego, Payne colgó el auricular, y dirigiéndose a la muchacha, rogó su perdón.

—Teherán está lleno de espías —dijo, como si él no perteneciese

al gremio—. Siéntese, por favor.

La joven cruzó las piernas recatadamente. Hizo un mohín gracioso y dejó escapar una sonrisa, etérea como el vuelo de la mariposa. Payne no dejaba de mirarla Pocas veces se había encontrado en presencia de mujer tan fascinadora. Pero fascinadora por la dulzura que emanaba de su rostro, por el arrobo que producían sus palabras de cristal.

El divisionario, restregándose los ojos con disimulo, pues creía que estaba soñando, rompió al cabo, el silencio.

—Dice que es amiga de Sonia, ¿no?

—Lo repito.

—¿Dónde está ahora?

—Aquí. En la habitación que cae debajo de la suya —contestó, indiferente.

—¡Cómo! ¿Qué dice? —El asombro de Payne adquirió caracteres descomunales—. ¿Aquí abajo? ¿Está segura?

—Acabo de saludarla hace exactamente siete minutos —contestó, después de consultar su reloj.

Payne reflexionó.

—¡No puedo detenerla! —mascculló luego.

—¿Qué es lo que dice?

—¡Oh, nada! Me preguntaba si podría mandarla a la cárcel, pero veo que es imposible. Yo no tengo autoridad para detener a nadie.

—Mi hermano me había dicho…

—¿Su hermano? ¿Quién es su hermano?

—Ernest Paulew.

—Pero si yo creía que Paulew era inglés.

—Y lo es. Somos hermanos de padre. Ringley Paulew era viudo cuando llegó a Persia. Tenía un hijo, Ernest. Luego se casó con mi madre, que, a su vez, era hija de padre francés y madre egipcia.

Payne no dijo nada pero aquella mezcolanza de razas y de sangre le parecía de perlas. Habían producido la criatura más bonita del mundo.

—¿Y Sonia no sabe que usted es hermana de su antiguo jefe?

—No. La conocí hace un año, en Turquía. Nos hicimos amigas, y ella, como yo firmo Lilia P. Blanchard, no se figuró nunca que pertenecía a la familia de Paulew.

A continuación, ella le expuso el verdadero objeto de su visita.

Cuando se despidió, le dejó algo intrigado. Y Payne decidió consultar el caso con Hassan Alá.

—Desconfíe de ella —le advirtió el espía persa, que paseaba en babuchas por un salón de su regio piso, mientras Payne le observaba atentamente—. Es una intrusa, y creo no equivocarme si le digo que es un agente del enemigo.

—¿Y qué interés puede tener en hacerme ir hasta Tabriz? No lo comprendo.

Hassan Alá extendió los labios para dejar salir una risita estridente y burlona.

—Es fácil adivinarlo. Quieren matarlo —anunció, dejando de reír de repente—. En Tabriz, su vida estará expuesta a múltiples peligros.

—Pero he de ir, pase lo que pase —insistió el americano, que, sentado en un diván, estudiaba las reacciones del persa.

Era un personaje complejo, que a Payne se le hizo antipático desde el primer momento que le vio. Hassan resultaba ser un espía a sueldo, traidor a su patria y al importante cargo que ostentaba, trabajando para una potencia extranjera, no por ideal sino por codicia. Esto le repugnaba a Payne, que había elegido la profesión de espía por el deseo de aventuras y por patriotismo. Para Payne, el espionaje era una serie de actos nobles, audaces e inteligentes, realizados por hombres al servicio de la patria. Pero el espionaje que hacía Hassan era, sin embargo, una cadena de mezquindades y traiciones. No ignoraba Payne que sin un espía como Hassan, comprado con oro, y que descubría secretos que nunca hubieran podido conseguir por medio de agentes, el espionaje perdería mucha de su eficacia. Además, Hassan Alá trabajaba para Estados Unidos.

—Ya sé que tiene usted que ir —dijo el persa, con tono misterioso.

—¿Que lo sabe? —se extrañó Payne—. ¿Por qué?

—Porque yo estoy tan enterado como usted de cuanto se relaciona con el

C. I. A.,

en Persia —contestó, sentándose en el diván y mirando muy crudamente a los ojos del americano—. Olvida que soy un agente de enlace en el Oriente Medio. Usted tiene que pasar por Tabriz

para cruzar la frontera estratégica y llegar a Bakú, donde deberá robar los documentos sobre la producción exacta de petróleo en los países orientales. Esos documentos tienen que llegar a mi poder, para enviarlos urgentemente a Washington.

—Así es, en efecto —reconoció el otro, viendo que estaba bien enterado de sus próximos planes. Añadió—: ¿Y la
K. P. A.?
¿Qué organismo es éste? La joven me habló de él como si…

—Es la organización del espionaje oriental —lo atajó Hassan—, pero esta esconde otra, bien conocida por todos.

Payne no preguntó más. Pero no le convenció la explicación del persa sobre el significado de aquellas tres letras. Él tenía otra opinión.

IV

EL AHORCADO

Un tanque «Sherman» cruzó la calle Addama de Tabriz, girando sus torretas y enfilando con sus cañones a los grupos de revoltosos que pululaban por la céntrica vía. Arnold Payne, sentado en una terraza, se disponía a vaciar en su garganta una botella de «Coca-Cola».

Miró interesado al soldado que asomaba su cabeza por encima de la pesada armadura del tanque. Fue precisamente en aquel instante cuando el soldado recibió un tiro en la frente y enseguida su cara se pobló de sangre.

Payne se levantó parsimoniosamente de la silla de mimbre. Arqueó las cejas, oyó una ráfaga de ametralladora y se tiró al suelo. Las balas silbaban, lamiéndole el cuerpo. Un segundo soldado ocupó el lugar de su compañero muerto, haciendo funcionar la ametralladora.

Payne no apartaba su vista de un individuo de marcada fisonomía caucasiana. Se había resguardado detrás de un farol, en el que rebotaron algunos proyectiles. Luego, cuando pasó la tormenta de acero, se encaminó, andando despacio, hacia la parte vieja de la ciudad, seguido del agente. Éste no le había visto disparar, pero supuso que el soldado cayó bajo plomo expulsado por el cañón de la pistola del caucasiano.

Atravesaron un descampado. El hombre que le interesaba a Payne siguió andando, despacio. Se paró ante una casa de aspecto sórdido. Silbó. Pronto se le unió otro individuo. Como el agente estaba bastante alejado, no pudo descubrir la personalidad del segundo. Sacó unos prismáticos minúsculos, y se los aplicó a los ojos. Sonrió jubiloso. Los dos hombres le eran conocidos. «Son mis

viejos amigos Manneliski y Abdul», se dijo.

«Abdul. Es verdad. Me había olvidado por completo de tan interesante personaje —continuó pensando—. Recuerdo que nos llevó a Abadán y después dejé de verlo. ¿Qué hará aquí? No hay duda que traman algo, y no bueno para los intereses que yo defiendo».

Los dos individuos escogieron un camino abrupto. Subieron una colina. Payne también la remontó, minutos después.

Escondido por las ramas de un abedul, hizo uso de los prismáticos. Ante su vista se ofreció un panorama en el que se unía la belleza del paisaje con un cuadro de enorme intensidad industrial. Las torres metálicas de los pozos petrolíferos se alzaban en un terreno horadado por cientos de minas. Allí estaba uno de los yacimientos más notables del Irán.

No sin sorpresa, Payne vio a través de sus ojos de aumento, que sus perseguidos ocupaban un montacargas, bajando a un pozo. Se fijó bien en qué pozo habíanse metido. No apartó su vista de él. Avanzó. Algunos obreros, ocupados en sus trabajos, no dieron importancia a la visita de un hombre vestido a la europea. Creían, sin duda, que era un ingeniero en viaje de inspección.

Llegó al pozo en cuestión. El ascensor estaba arriba, pero no quiso hacer uso de él. Sería peligroso. Amarró una larga soga a un travesaño de hierro, deslizándose verticalmente. Era muy profundo. Se despellejó las manos. Nunca había supuesto que el cáñamo de que están formadas las sogas fuese tan cortante. Aflojó un poco los dedos y recorrió cinco o seis metros de un tirón. Miró hacia arriba. La claridad del día quedaba muy distante. Dobló la cabeza. Nada, no veía nada. «¿Quedará mucho?», se interrogó desesperado, porque las manos le dolían agudamente.

Al fin, alcanzó el fondo. La obscuridad era absoluta. Y lo peor fue que no llevaba linterna. Tuvo que andar a tientas. Estuvo a punto de encender una cerilla, pero se contuvo. De haberlo hecho, aquél hubiera sido el último instante de su vida, pues el contacto del fuego con los gases petrolíferos, habría provocado una gigantesca explosión. Se orientó a ciegas.

Avanzó por una galería, a la buena de Dios. Afinó el oído. Percibió un murmullo sordo. Continuó avanzando, pistola en mano. Por una rendija, salía una hebra de luz. «Aquí debe ser», pensó.

Sí, había dado con la pista. Allí estaba Sonia y su plana mayor: Manneliski, Atamek, el viejo, un desconocido y Abdul, el cabecilla del Tudeh. El desconocido, que estaba de espaldas, era un hombre corpulento y enteramente calvo.

—Necesito un hombre valiente y de entera confianza. Que el fanatismo no le deje pensar —hablaba Sonia—. Un hombre parecido al pobre Ruizi. Usted puede encontrarlo, Abdul.

—Lo intentaré —contestó el aludido.

—Hoy mejor que mañana. Urge que se ponga inmediatamente a las órdenes de Manneliski —añadió la mujer.

—¿Es algún servicio difícil? —preguntó el ingenuo y afeminado Atamek.

—El mismo trabajo que el que llevó a cabo tan magníficamente Ruizi, sólo que eligiendo otra víctima.

—Conforme —aceptó Abdul—. El actual primer ministro Hassan Alá, es aún más occidental que Ali Razmara. ¡Hay que eliminarlo!

—Es obvio indicaros que los principales beneficiarios de su muerte seréis vosotros, los del Tudeh y del Fedeiyan —añadió Sonia, gravemente—. Es ésta la última etapa de nuestra misión. Desaparecido Hassan, el poder caerá inexorablemente en nuestras manos. Ya os hemos ayudado bastante. Os dimos armas, subvencionamos con millones de dólares oro las revoluciones que han estallado aquí desde 1948, y gracias a nuestro servicio de propaganda, el pueblo persa ha sido convencido de que Persia vivirá mejor cuando consiga la independencia. La obra está hecha. A vosotros os corresponde rematarla.

—Te aseguro que la ayuda que habéis proporcionado al «Fedeiyan» nunca podremos olvidarla. Cumpliremos lo pactado —prometió una voz sinuosa.

Había hablado el hombre calvo, y Payne no tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para reconocer que aquella voz pertenecía, a una persona con la que en cierta ocasión se avistó en Teherán. Quien despegó los labios era, indudablemente, Batal El Juri, cabecilla de los musulmanes intransigentes.

—Mi partido es lo suficientemente eslavo para que no me vea en la necesidad de repetir un juramento —anunció Abdul—. El Tudeh va más allá que cualquier otra organización política partidaria de conceder los yacimientos petrolíferos a Rusia.

El divisionario no frunció el ceño. La noticia era alarmante, pero él lo sabía ya. Rusia estaba al acecho del petróleo iraniano, y no cejaría en su empeño hasta conseguirlo. Se jugaba en ello una baza de trascendencia mundial, acaso decisiva en una guerra próxima para la que todo el mundo se está preparando. El «Tudeh» y el «Fedeiyan», servían sus intereses con lealtad inquebrantable, e incluso consiguieron imbuir en el corazón del noble pueblo persa la necesidad «patriótica» de expulsar a los ingleses.

Payne se hallaba agachado, observando los gestos de los espías y sus testaferros. Y antes de que se incorporara, la puerta se abrió, dejándolo al descubierto. Un hombre tuvo la corazonada de que alguien escuchaba aquella interesante conversación, y como el agujero sólo dejaba ver una parte de la estancia, Payne no pudo darse cuenta de que una mano hacía girar el pasador, abriendo la puerta de par en par.

Fue un momento que jamás podría borrársele de la memoria. Pero no vaciló. Los que charlaban alrededor de la mesa se levantaron, como empujados por un resorte mecánico.

—¡Disparad! —gritó la mujer.

Y pretendió ocultar inútilmente un gesto de sorpresa al enfrentarse al hombre que creyó había liquidado en las cercanías de Abadán.

Retumbaron cinco o seis disparos al mismo tiempo. Nadie hizo puntería, ni siquiera el divisionario, que se echó a un lado, una fracción de segundo antes de que los proyectiles salieran de las pistolas.

Corrió alocadamente por una de las galerías, perseguido a corta distancia. La obscuridad era absoluta. Topó contra una pared, cayendo al enfangado suelo. Se incorporó, volviéndose y vaciando el cargador de la automática. Colocó otro cargador que llevaba de repuesto. No supo si habría puesto fuera de combate a algún enemigo. Corrió otra vez, procurando conservar la línea recta. Sus ojos fueron habituándose a las tinieblas.

De pronto, un rayo de luz iluminó la galería. Se vio sorprendido, cazado. Se tiró al suelo y disparó. Entonces sí que hizo puntería. El proyectil atravesó el foco, haciéndolo añicos. Aún no estaba irremediablemente perdido. Lucharía hasta que una bala le partiera el corazón. Batalla a muerte, sin cuartel, en un terreno desconocido,

frente a enemigos muy numerosos y empeñados en quitarle de en medio.

—¡Entréguese! Es inútil que pretenda escapar —advirtió la voz femenina aunque adusta de Sonia Lubriski—. ¡Se ha metido en la ratonera! No hay salida.

—Intenten acercarse y verá que yo también sé disparar a boca de jarro —contestó el agente, que no había perdido su sangre fría, aquella sangre fría bien conocida de los muchachos del C. I. A., que consideraban a Arnold Payne como el espía más completo de los Estados Unidos.

—Sea sensato —exhortó Sonia—. Todavía es tiempo.

—¡Déjese de pamplinas y avancen! ¡Aquí estoy yo! —contestó, fanfarrón y categórico.

—Morirá acribillado a balazos. ¡Entréguese!

La contestación de Payne fue contundente, y los fogonazos iluminaron un instante la alargada galería. Un quejido afeminado, que no podía ser de otro individuo más que Atamek, le indicó que había hecho blanco. «Uno menos», musitó casi con alegría, como si no quedaran aun seis o siete enemigos que tenían toda la ventaja de su parte.

Estaba acorralado. Estudiando la situación con cordura, las posibilidades de vencer podían darse casi como nulas. Retrocedió, buscando una inexistente salida. Palpó las paredes, y un gesto de contrariedad nubló su rostro. La galería terminaba allí. Se recostó en la pared. «Moriré matando», pensó. Y la trágica evidencia de que muchos trozos de acero perforarían su cuerpo, no le hizo palidecer.

Se llevó una mano a la cara, restregándose la frente. Luego, sus dedos extrajeron un objeto pequeño, cuyo peso no sobrepasaría los cinco gramos. Hurgó en aquel objeto, presintiendo que entonces, al contrario de lo que había sucedido en otros momentos, no hallaría la «lenteja» salvadora. Maldijo mil veces su distracción. El objeto parecido a media cáscara de nuez, no contenía las bolsitas que dejó inconscientes a los centinelas de la prisión de Teherán. Se olvidó de meterlas cuando salió del hotel de Tabriz. «Esto me costará caro, muy caro», reflexionó.

No quiso disparar. Reservaría las cuatro balas que le quedaban para defenderse en el último instante, cuando tuviese la seguridad

de que no se perderían, de que se clavarían en el pecho de otros tantos enemigos.

Y, sin embargo, la escena subsiguiente apareció con un dramatismo sobrecogedor. Tres potentes focos despidieron otros tantos haces de luz eléctrica, iluminando los últimos cinco metros de la galería. Payne quedó deslumbrado. Sus retinas se dilataron. Disparó frenética y desesperadamente. Nunca supo si con certera puntería o sin ella. Gastó los postreros proyectiles del cargador. Estaba cazado. No veía a nadie. Formó visera con una mano. La iluminación formaba una barrera, impenetrable que deslindaba las tinieblas del trozo del subterráneo radiante de luz bajo los focos. Detrás de la barrera, invisibles a los ojos cegados de Payne, sus enemigos reíanse, victoriosos y siniestros.

El cuerpo alto y desgarbado de Arnold Payne quedaba al alcance de sus pistolas, indefendible. Podían matarlo, achicharrado por los balazos, cuando les viniera en gana. Y se dispusieron a hacerlo. Iban a cazarlo como si fuera un animal salvaje, sin opción a la defensa.

—¡Esperad, esperad un momento! —gritó Sonia—. Antes tiene que contarnos algunas cosas de interés. ¡Cogedle vivo!

Cinco hombres se abalanzaron al mismo tiempo sobre Payne. El primero que llegó, Batal, recibió un puñetazo en la mandíbula, siendo frenado en el acto. El viejo se rezagó un poco. Abdul, Manneliski y un quinto hombre, aunaron sus fuerzas, cercando al agente secreto.

Se entabló una lucha titánica, bestial, demoledora. Rodaron algunos por el fango. Se unió a ellos Batal, repuesto del primer golpe, y se lanzó en plancha contra las piernas de Payne, que se dobló, lastimadas las rodillas. Abdul aprovechó la oportunidad. Dio un salto, cayendo sobre la cabeza del divisionario. Le atenazó los brazos. Payne podía darse por vencido. Cinco hombres lograron sujetarle. Estaba rabioso y encorajinado. Se acercó Sonia trayendo unas esposas.

—Ponédselas —ordenó.

Abdul le colocó los aceros en las muñecas.

—Mucho cuidado con él —advirtió la mujer—. Hay que evitar que pretenda suicidarse.

—Descuide. No me apartaré de él mientras siga con vida — prometió Manneliski.

Le llevaron a la habitación donde estuvieron ellos hasta que la presencia del agente interrumpió la subversiva conversación que mantenían. Le instigaron a que hablara. Manneliski le atizó una serie de bofetadas, pero Payne no habló.

—No tengo que decir nada. Podéis matarme, pero más no podréis.

—Hablará usted, señor espía, quiéralo o no.

—Esta vez se equivoca. No hay nadie que me obligue a cantar —la retó Payne, mirándola de arriba abajo, despreciativamente—. Ande, dispare usted. Tengo heridas en mis carnes que pregonan su deleznable condición. Dispare, dispare otra vez.

—Luego, más tarde. Ahora necesito su confesión.

—Repito que no tengo nada que decir.

—¿Qué quieren los Estados Unidos en Persia? ¿A qué ha venido usted aquí?

—Ignoro lo que desea Norteamérica. Por lo que se refiere a mí, la cosa cambia. He venido a Persia a ganar dinero. Paulew, el director de la «Anglo-Iranian», me ofreció más dinero que ustedes. Eso es todo. Ése es el motivo de mi traición.

—Es usted un cretino, Payne —le apostrofó Sonia, arqueando las delgadas cejas—. Un cretino y un cínico. No nos ha traicionado. Su plan es ambicioso, pero no llegará a verlo realizado. ¡Hable ya y sin mentir!

Se aferró a su idea primitiva. No tenía que decir nada. Él era un aventurero al servicio del mejor postor.

—Soy noruego. Los Estados Unidos me importan un bledo. Si ustedes me pagasen más que Paulew, no tendría inconveniente en trabajar para la K P. A.

Manneliski lo sacudió varios golpes.

—¡La
K. P. A.,
no necesita reptiles de tu calaña! —Le insultó, airado, con una mueca repulsiva, haciendo más repugnante todavía su semblante, de tan siniestra expresión.

—¡Hablarás, Payne, te lo aseguro! —precisó Batal El Juri, que aún seguía acariciándose la barbilla.

Pasaron varias horas, y la situación era la misma. Se ausentó Sonia. Cuando volvió, traía en su bolso un paquete minúsculo.

Vació su contenido en un vaso de agua. Lo removió.

—Beba usted.

—No lo quiero, es veneno. Yo soy un hombre, y prefiero morir como tal, fusilado.

—¡Beba! —repitió—. Usted morirá como yo decida. Pero no ahora. Esto no es veneno.

—Me niego a beber ese potingue.

Tuvieron que obligarle a abrir la boca por la fuerza. Opuso resistencia, en principio, mas Abdul le cogió por las quijadas, dejándolas abiertas. Manneliski echó el contenido del vaso en la garganta del prisionero, dificultando la respiración por la nariz.

—Bueno, eso está bien. Dejadle ya. No tardará, mucho en charlar como una cotorra.

En efecto, el «suero de la verdad», diabólico descubrimiento químico de los eslavos, transformó la mentalidad del prisionero. A las siete de la tarde, el específico obró de forma maravillosa, obligándole a declarar, cual si fuera un sonámbulo.

—¿Quién es usted? —preguntó Sonia.

—Me llamo Philip Morgan. Ingresé en 1947 en el
C. I. A.,
cambiándome de nombre. Desde entonces, he intervenido en unas cuantas operaciones estratégicas.

—¿Qué hace usted en Persia?

—Primero, defender al pueblo persa de las acechanzas que le tiende una potencia que se dice amiga suya y no lo es. Luego, evitar que el petróleo cambie de dueño.

—¿Y qué va a hacer el
C. I. A.,
para mantener a los ingleses aquí?

—Desbaratar la acción del servicio de espionaje de esa potencia, que explota en su provecho los sentimientos nacionalistas del pueblo persa.

—¿Quién es Sonia Lubriski?

—¡Psch! ¡Qué sé yo! No me sorprendería que fuese el jefe de la
K. P. A.,
en el Oriente Medio.

No hubo más interrogatorio. Dijo todo lo que tenía que decir. La pena de muerte estaba decretada.

—Salgamos. Ya he dado órdenes a Palduski para que prepare el patíbulo. Ya estará terminado.

El montacargas les devolvió a la superficie. Un vientecillo fresco azotó agradablemente la cara de Payne. Fue despertando del letargo Alzó los ojos. El cielo estaba limpio, tachonado de estrellas. Allá lejos, en el infinito horizonte, la luna, grande, brillante y redonda, iniciaba su rutinario periplo nocturno. Muchas veces había visto una luna así, llena y redonda, pero entonces llegó casi a emocionarse. «¡Qué bella es!», suspiró. Era un símbolo de vida, en contraste con su apesadumbrado ser, que daba los postreros pasos por la tierra, que moriría muy lejos de su patria, ignorando ésta su sacrificio y sin que su nombre saltara a las primeras páginas de los periódicos.

Fuéronse acercando a una casa de madera. Enfrente de ella había una especie de entarimado, sobresaliendo un palo alto y grueso que terminaba en escuadra. De la punta colgaba una cuerda, y al final, un lazo. Payne no tuvo que pensarlo mucho para cerciorarse de que aquello era una horca.

—¿Está todo preparado? —inquirió Sonia.

—Sí, incluso he dado una mano de sebo a la cuerda. Ha quedado suavísima —respondió el que sería el verdugo.

—Bien. Hazlo ya —ordenó. Y dirigiéndose a los que había en el interior de la casa, dijo—: Vosotros, salid. El espectáculo será formidable. Venid a verlo.

Varios hombres subieron al entarimado, sin duda con la intención de contener cualquier arrebato furioso del prisionero. El verdugo le echó la cuerda al cuello. Payne sintió que una cosa grasienta le apretujaba el pescuezo. Le hicieron subir a un taburete de un metro de altura. Su silueta alta y desgarbada se recortó en el horizonte. La luna nimbaba su rostro, y podía verse a la perfección que sus músculos seguían tensos, sin que el terror le desfigurase. Sereno, impasible, consecuente con su adverso destino, Arnold Payne aguardaba, mayestático, la llegada de la muerte.

—¡Ahora, Palduski! —decretó la mujer.

El aludido agarró el taburete, y lo retiró. El cuerpo de Payne se meció en el aire. Entonces fue cuando sus músculos se contrajeron, y cerró los ojos. Iba a morir asfixiado unos segundos después.

De pronto, en el momento culminante, se percibió un chasquido.

De las gargantas de los asesinos salió un murmullo colectivo.

—¡Maldición! Se ha roto la cuerda.

Payne cayó, inconsciente, sobre el entarimado. Dio una vuelta de campana, y encogido, con el trozo roto de cordel al cuello, rodó hasta caer al suelo, con las manos sujetas por las esposas.

—¡Palduski! ¡Pagarás cara tu imprevisión! —gritó Sonia, despidiendo fuego por sus ojos azules—. Te dije que colocaras una soga fuerte, que resistiera el peso de ochenta kilos.

—¡No me lo explico, Sonia! Elegí un cordel resistente y luego lo engrasé con sebo. No ochenta, sino cuatrocientos kilos debía sostener —se disculpó el verdugo, para el que el suceso era, sencillamente, incomprensible—. Aquí ha ocurrido algo.

Examinó el cordel. Pronto halló el motivo de la ruptura.

—¡Aquí hay un traidor! —exclamó enfurecido, mirando a los diez hombres que se hallaban a su alrededor—. Fíjese, Sonia, han quemado el cordel.

—¿Qué dices? A ver —lo cogió. La punta aparecía chamuscada —. ¿Cuándo pudieron hacer esto?

—Es reciente. Unos minutos.

—¿Te has separado algún momento de la horca?

—Sí, un minuto o dos. Me metí ahí en la casa. Svoley me incitó a que bebiera un trago.

Sonia se acercó a Svoley.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Qué sé yo! No irá a creer que lo he hecho a propósito, ¿eh? Le vi ahí, trabajando tanto, que me apiadé de él y le ofrecí un trago. ¡Si yo hubiera sabido esto!

Escrutó las reacciones de los demás. Y entonces, Sonia llegó a la conclusión de que entre su gente no se escondía el traidor.

—Cerca de aquí hay una persona escondida e interesada en liberar a Payne —anuncié—. ¡Buscadla!

Siete personas sosteniendo faroles iniciaron la búsqueda. Al lado de la horca, solamente quedaron Sonia, Palduski y el viejo. Se alejaron demasiado los que iban tras la pista de un posible compañero del agente. Las luces de los faroles brillaban muy lejos.

Payne se frotó los ojos, abriéndolos después.

—¿Cómo es esto? Pero si aún vivo —exclamó, sinceramente convencido de que no había muerto. Y añadió, con chunga—: ¿Es

que han decidido indultarme?

—¡Cállese! Alguien ha querido retrasar el ahorcamiento. ¡Pero no lo conseguirá!

—¡Caramba, Sonia! Me mete usted el corazón en un puño —insistió Payne en su burla.

Estaba esposado, con los codos encima del entarimado. El cordel seguía colgándole del cuello. Sintió que algo raro le hacía cosquillas en los tobillos. Miró disimuladamente, descubriendo una mano que le hurgaba en los calcetines. A sus pies había una pistola.

Debajo del entarimado se ocultaba una persona. ¿Cómo se había podido meter allí? ¿Y quién era? Y aquella persona, indudablemente, pugnaba por liberarle. Tenía, que aprovechar aquella magnífica ocasión, quizá la última que se le presentase. Se agachó, agarrando el arma.

—¡Ahora! —susurró.

Ninguno de los tres eslavos se dio cuenta de la estratagema. Cuando quisieron reaccionar, ya era demasiado tarde.

—¡Manos arriba! Si alguien se mueve…

Por un lateral del entarimado apareció, arrastrándose, el cuerpo de una mujer. Empuñaba una pistola. Se levantó.

—¡Sí, manos arriba! Y tú, Sonia, entrégame las llaves de las esposas —ordenó con voz aterciopelada, aunque imperativa.

—¡Vaya! Conque es mi amiguita…

No pudo terminar la frase. Un culatazo en la cabeza la dejó insensible, tendida en tierra. A la joven, por lo que se veía, no le asustaban las escenas violentas.

Entretanto, Payne se había abalanzado sobre el verdugo, y le abría una brecha en la frente con la pistola.

El viejo sintió también en su nuca un golpe seco, producido por el arma de la muchacha.

—¡Vámonos antes de que vengan los otros! —dijo, metiendo un llavín en la pequeña cerradura de las esposas—. ¿Ve usted? Ya está libre.

—Sí, ha sido muy fácil —respondió, mientras estrechaba efusivamente la mano leve y blanca que le tendía la muchacha—. Créame, jamás olvidaré lo que ha hecho usted hoy por mí. Se ha jugado la vida. Y lo curioso es que… Verá. Dos veces he sido liberado por un Paulew.

—Ande, marchémonos. Luego habrá tiempo de hablar.

La noche amparó su huida. Lograron escabullirse entre unos matorrales. Uno de los hombres que, portando un farol, buscaban al posible amigo de Payne, se paró cerca de ellos, pero como ya había estado antes por allí, no se entretuvo en mandar el haz de luz a las matas. Luego se alejó, y ellos salieron de su escondite para continuar el camino. Deberían correr mucho. La distancia que les separaba de Tabriz era larga, y los esbirros de Sonia, cuando se dieran cuenta de la evasión del «ahorcado», unos minutos más tarde, emprenderían la persecución a través de un terreno que les era familiar.

Y luego tenían que resolver otro problema. En Tabriz, la ley apenas existía. Los del Tadeh habíanse adueñado de la ciudad, y comunicada la fuga de Payne, grupos de facinerosos registrarían los hoteles, hasta encontrarlo.

—¿Conoce usted a alguna persona de confianza en Tabriz? —preguntó Arnold a la muchacha, intuyendo las aviesas intenciones que tendría Sonia en cuanto despertase.

—Eso estaba pensando. Conozco a un misionero inglés, que espero nos dé asilo. Vive cerca de aquí. Detrás de aquella montaña.

—Vamos hacia allá. Deprisa… ¡Chist! ¿Ha oído? Se han dado cuenta de nuestra huida. Venga, deme la mano. Aunque echemos los pulmones por la boca, tenemos que galopar incesantemente, como si fuéramos caballos.

—Estoy dispuesta a ganarle la carrera —contestó la joven, animosa.

Treinta minutos después, llamaban a la puerta del misionero.

—¿Cree usted que nos dará asilo?

—Estoy segura.

Abrió la puerta un hombre de avanzada edad.

—Entren, por favor. ¿Puedo servirles en algo? —dijo.

—Sí.

La joven pasó el dintel. La luz le dio en la cara.

—¡Qué alegría! —exclamó el anciano, abrazándola—. ¡Pero si es Lilia! Pasad, pasad. Os prepararé un té. ¿Tenéis hambre? Decídmelo. Tengo la despensa bien surtida.

V

LA FRONTERA ESTRATÉGICA

Lilia P. Blanchard, congestionada, reluciéndola las sienes por las gotas de sudor que el esfuerzo realizado habíale producido, parecía más bella y sugestiva que nunca. Payne, ansiosamente, retuvo en sus pupilas aquella figura grácil y morena, dulce y armoniosa como un amanecer, a la que debía algo más que su propia vida. La miraba de una manera tan especial, tan tierna, tan insistente, que no hacía falta ser un psicólogo para asegurar que algo muy grave había transformado el alma de Payne. «¡Es mentira! Yo no estoy enamorado. Mi novia es la aventura, me debo al servicio y tengo prohibido el amor», razonaba ilusoriamente. Porque su otra persona, el «yo» rebelde que todos llevamos dentro, el subconsciente, le reprochó: «Eres un cretino. No tienes el suficiente valor para decir que estás enamorado, como si esto fuera un crimen. Sí, eres un cretino».

—Bueno, Lilia. Contadme, contadme cosas —pidió el anciano misionero, con una bonachona sonrisa en los labios—. ¿De dónde venías a estas horas? Tabriz está a tres millas de aquí.

—Verá, Ibrint, nos vienen siguiendo —contestó Lilia—. Los del Tudeh, ¿sabe? Ellos supondrán que hemos ido a Tabriz, pero no será exagerado que tome usted algunas medidas de precaución.

—¿Qué quieren los del Tudeh?

Lilia no respondió inmediatamente. Miró a Payne que no apartaba sus ojos de los suyos.

—Quieren la cabeza de mi amigo —dijo. Y añadió, riéndose—: Es decir, tampoco no les vendrá mal la mía. Deben estar enojadísimos conmigo. ¿Verdad, Payne?

—Sí, y por cierto que aún no me ha dicho cómo pudo llegar

hasta el lugar donde alzaron la horca —quiso saber el agente, extrañado por la presencia de la joven en aquellas tierras—. Hace dos días la dejé a usted en el hotel Excelsior, en Teherán, sin sospechar entonces que proyectase usted un viaje al Azerbaidjan.

—Al día siguiente cogí el coche, y me vine en busca de mí «amiga» Sonia —respondió—. Porque ha de saber usted que a mí también me agrada la acción, la aventura, jugar con el peligro…

—No supuse que usted reuniese tales condiciones temperamentales cuando la vi por primera vez. Yo creía que era usted una muchacha, de familia adinerada, hecha a la vida muelle, qué jamás pulsó el gatillo de una pistola. ¡Pero me he llevado un buen chasco!

—¿Es que ha cambiado de criterio? ¿Me imagina menos femenina que antes? —apuntó, tímidamente.

—No es eso. Es que es distinto, en lo interior, a la primera impresión que recogí de usted.

El misionero, que había entrado a la cocina a preparar una suculenta comida, anunció que la mesa estaba servida. Ambos muchachos tenían bastante apetito, pues desde que tomaron el desayuno a las nueve de la mañana, no tuvieron ocasión de probar bocado.

—Todavía no me ha dicho usted cómo supo que yo estaba detenido.

—No tiene importancia. Cuando mataron al soldado del tanque, yo me encontraba cerca de la terraza. Le vi a usted, y decidí seguirle. No sé por qué, es cierto, pero el caso es que le espié. Enseguida me di cuenta que usted, a su vez, espiaba a un hombre, al que después, en el suburbio, se unió otro. Le vi a usted que bajó al pozo, y ya no me retiré de aquellos alrededores, escondida entre unos cañaverales cercanos. Luego, a las cinco de la tarde, descubrí a Sonia; que daba órdenes a un individuo llamado Paduski, o algo así, indicándole que construyera una horca. Entonces temí lo peor. Me trace un plan. Aguardé a que llegara la noche, y en un descuido del carpintero verdugo me introduje debajo del entarimado. Lo demás, es asunto que usted lo sabe tan bien como yo.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco, Lilia! —expresó Payne, al tiempo que hincaba los dientes en un muslo de pollo—. Pero aún me asalta una duda. Usted me perdonará que desconfíe de su

altruismo.

—¿Desconfiar? ¿Qué quiere decir?

—Se lo diré claramente. Usted me ha liberado, más que porque yo le pueda ser simpático, porque necesidades del servicio la obligaron a ello.

—¿Necesidades? ¿Servicios? No le entiendo una palabra.

—Más claro aún —y Payne se puso serio y adusto—. Usted es un agente del «Intelligence Service».

—¡Yo, espía! Ande, no sea guasón —protestó la muchacha, haciendo un pícaro mohín—. ¿De dónde ha sacado usted tan descabellada idea?

—De un análisis frío de las circunstancias que se han dado.

El misionero hizo una señal.

—Callad. Oigo pasos.

Llamaron a la puerta. Ibrint les indicó un cuarto donde podrían refugiarse. Entraron ellos y luego echó una cortina, saliendo al recibidor.

—Pasad, feligreses. ¿Qué deseáis de este pobre misionero?

Tres hombres desaliñadamente vestidos, pasaron al recibidor. Hablo uno de ellos.

—Venimos buscando a un individuo alto, extranjero, acompañado por una joven morena. Quizá los haya visco usted.

—No, hijos míos. Aquí no ha venido nadie esta noche —contestó, amabilísimamente—. Estoy solo como un ermitaño.

—Tenemos que registrar la casa. Es una orden.

—Veo que desconfiáis de mi palabra. Entrad, si ése es vuestro deseo. Registradlo todo.

La casa era pequeña, y no tardarían muchos minutos en descubrir el escondite. En efecto, levantaron la cortina que ocultaba una puerta. La abrieron. Ibrint no se minutó.

El cuarto, lleno de libros y revistas, no ofrecía demasiado interés para los sicarios del Tudeh. Revolvieron los papeles.

—No hay nada. Vámonos.

Salieron. El misionero les despidió desde el escalón de la entrada. Cuando vio que estaban lejos retornó a la habitación de los papeles. Apretó un botoncito, y una compuerta de hojalata, guarnecida de yeso, subió varios centímetros. Arrastrándose, Liba y Payne salieron, contentos y agradecidos.

—Buena ocurrencia la suya, *Mr.* Ibrint —dijo Payne, gozoso—. Este compartimiento es una maravilla.

—Lo construí hace unos días. En tierras donde el odio y la revolución son el común denominador, ninguna previsión está de más.

Durmieron aquella noche en la casita del misionero. Por la mañana, al despedirse de él, su aspecto había sido transformado. Ibrint les ayudó a que cambiaran de cara. De lo contrario, en Tabriz serían reconocidos y fusilados en el acto. Ibrint les aplicó ungüentos especiales, y les regaló otras ropas, muy diferentes a las que llevaban. Fue una lástima que la altura de Payne no pudiera corregirse.

—Si me da permiso para cortarle las piernas por las rodillas, lograría una obra perfectísima —le dijo. Y Payne no pudo evitar que le rechinaran los dientes—. De todas maneras, será muy difícil reconocerle. Desde ahora, tendrá que llevar siempre esta chapa postiza.

La operación fue larga y laboriosa. Pero cuando concluyeron, Lilia era una mujer rubia, de cara arrugada y gestos desvaídos. Ibrint aseguró gozosamente que le había puesto veinte años más. Con Payne, la transformación requirió más tiempo. Le endosó un bigote largo y grueso, y unos lentes de cristal normal desfiguraron su anterior fisonomía. También le marcó algunas arrugas, aparte de ponerle la molesta chapa. Le afeitó media cabeza.

—Ni su misma madre le reconocería a usted.

—Sí, ha sido una obra magistral —asintió Payne, mirándose a un espejo—. Pero ¿por qué hace todo esto? Que sea amigo de Lilia es una razón muy pobre para convencerme. Sean sinceros. Luchamos por el mismo objetivo, mancomunadas nuestras fuerzas. Díganme, ¿pertenecen al «Intelligence Service» inglés?

Los aludidos cambiaron una mirada.

—Puedes decírselo, Lilia.

—Sí, Payne. Somos agentes del «Intelligence Service».

Aquella confesión le agradó sobremanera. Aunque se lo figuraba, ahora tenía la certeza de que estaba con buenos amigos en Persia. Sin embargo, el transcurrir del tiempo le iba a descubrir que Lilia P. Blanchard y el misionero Ibrint seguían mintiendo. Después, descubriría que no formaban parte de la oficina invisible del

espionaje inglés destacada en el Irán.

Pero éste es un asunto para tratarlo en su lugar correspondiente. Sigamos ahora con el curso normal de la narración.

Una soleada mañana de últimos de marzo de 1951, una pareja de extranjeros se hospedó en una fonda de tercera, categoría de la ciudad revolucionaria de Tabriz. Nadie les llamó la atención.

—Usted volverá a Teherán, Lilia. No quiero exponerla a un peligro inútil.

—¡Tonterías! Yo no puedo marcharme de aquí —respondió, rotundamente—. ¿Recuerda que soy espía, igual que usted?

—Es verdad. Perdón. Lo había olvidado.

—Esta misma tarde saldré para Bakú.

—¿A Bakú? ¿Por qué? ¿Tiene autorización de las autoridades rusas?

—Mírelo —y le enseñó un pasaporte visado por el consulado soviético de El Cairo.

—Pero es un pasaporte para matrimonio. Y usted me dijo que es soltera —objetó, sorprendido.

—Y no le mentí —y ante su gesto de asombro, le espetó—: Mi marido, mientras dure esta magnífica excursión, será usted.

—¡Yo! ¡Usted está loca! Iré a Bakú, pero yo solo —protestó. En verdad la postura de la mujer le iba pareciendo excesivamente molesta—. A mí no me liga ningún compromiso con el «Intelligence Service».

—Podríamos formalizar un pacto. Londres le pagará un montón de libras.

—Me es imposible aceptar.

—¿Por qué? ¿Acaso pertenece a una organización que le prohíbe trabajar para Inglaterra? —Lilia hizo la pregunta con suma habilidad.

Aunque tenía la seguridad de que su compañero era agente del
C. I. A.,
no se lo dijo rotundamente. Esperaba que lo confesara él, de manera espontánea.

—Sí, trabajo por cuenta de París —mintió de mala gana.

La mujer movió la cabeza, haciendo una mueca compungida.

—Está bien, amigo Payne. Veo que mi sinceridad no ha obtenido por parte de usted la reciprocidad que yo deseaba —le reprochó,

dolorida—. No merezco aún su confianza, ¿verdad?

—Mire, Lilia. Yo siento una gran admiración por usted, pero hay circunstancias que no pueden confesarse. Bástele saber que soy norteamericano. ¿Se conforma?

—Respóndame antes a la siguiente pregunta. ¿Está usted dispuesto a entregar al Departamento de Estado de Washington la información que recojamos en territorio ruso?

—Naturalmente. ¡Qué absurda pregunta! Lo que hace falta saber es si el «Intelligence Service» estará de acuerdo.

—Lo está. Luchamos por el mismo fin, aunque los medios sean diferentes.

—Entonces… entonces… —Cogió los dedos de la disfrazada joven y posó sus labios en aquella mano surcada de arrugas ficticias —. Lilia, estoy conforme. Vamos a Bakú.

La frontera eslava se ofreció ante sus ojos. Soldados cubiertos con cascos de acero hacían guardia en el límite fronterizo. Payne mostró el pasaporte.

—Georgianos, ¿no? —murmuró el oficial, leyendo lo que estaba escrito en el documento de viaje—. ¿Cuál es el punto de destino?

—Ahí se indica. Vamos a Sebastopol.

—¿Por qué no han pasado por los Dardanelos? —insistió el oficial, escrutando minuciosamente las hojas del pasaporte—. Han dado una vuelta poco conveniente.

—Quise saludar a una hermana que tengo en Teherán.

Pasaron. La aduana les retuvo durante varias horas. Hubo un completísimo registro. Pero sin consecuencias. La máquina fotográfica, especialmente fabricada para los agentes del
C. I. A.,
escondida en el interior de una maleta, pasó desapercibida. Era muy pequeña, diminuta, pese a que con ella podían fotografiarse planos de grandes dimensiones.

Bakú es el Abadán ruso. Una ciudad que vive única y exclusivamente para, por y del petróleo. Allí están los mejores yacimientos eslavos. Está vigiladísima. Cada diez metros, un soldado, con fusil al hombro, vigila el espacio de terreno que está bajo su custodia. Además, agentes secretos pasean incesantemente por sus calles. Luego, como no se dan visados para súbditos extranjeros, la permanencia de gente extraña en la ciudad es

prácticamente imposible. Ése es el motivo de que la labor del espía occidental en Bakú resulte más arriesgada y difícil que en ningún otro sitio.

El matrimonio Walwruek empezó a operar en aquel mismo día, pues era su intención retornar a Persia veinticuatro horas después. La cámara fotográfica, que se parecía mucho a un sacapuntas de materia plástica, se lo puso detrás del ojal de la americana. En una inverosímil posición, hizo algunas instantáneas de indudable valor. Desde el monte, al tiempo que merendaban resguardados de los rayos solares por la sombra de un pino, fotografió la enorme explanada que se extendía a su alrededor, llena de torres metálicas. Allí se hallaban los yacimientos que surtían de petróleo al ejército, a la aviación y a la industria pesada rusa. Hizo varias fotografías con la cámara minúscula y otras con una «Kodak» de tamaño normal.

Alguien, empero, les llamó la atención. Un soldado con fusil y bayoneta calada, de gesto agrio y severo, se acercó, amenazador.

—¡Váyanse ustedes de aquí! ¡Esto es zona prohibida! ¡Fuera! —chilló en ruso, naturalmente—. Espere, espere. A ver la documentación de ustedes. Conque estaban sacando fotografías, ¿eh?

—¿Qué pasa, centinela? —Payne hablaba el idioma de Tolstoy de manera impecable—. ¿Hay algún peligro?

—¡Vengan conmigo al puesto de mando! —respondió imperativo, poniendo el fusil en disposición de disparo.

Recogieron los cachivaches donde habían llevado la merienda. El soldado se impacientó.

—¡Deprisa!

Caminaron delante de él unos minutos, hasta llegar a una casamata de cemento, donde hacían guardia dos centinelas. El soldado les ordeno que pasaran al interior.

—Capitán, estos individuos estaban en lo alto del monte Albric, haciendo fotografías. No sé cómo han podido llegar allí —comunicó a un oficial cara ancha y labios carnosos.

Éste les miró con detenimiento.

—¿No saben que es zona prohibida? Nadie lo ignora.

Cogió la «Kodak», examinándola.

—Es que nosotros acabamos de llegar de Egipto.

—A ver el pasaporte.

Payne se lo mostró. Aquella documentación no era suficiente para el oficial.

—¿Dónde vivían antes? —inquirió.

—En Sebastopol, adonde regresamos ahora.

—¿Cómo se llama el equipo de fútbol de Sebastopol?

Pretendía descubrirles con una pregunta aparentemente fácil de contestar.

Payne dudó. También Lilia.

—¿Qué, no lo saben? —insistió, marcada una sonrisa de triunfo en su boca.

—Creo recordar que es el «Dínamo». Pero no estoy seguro.

—¡Claro que no están seguros! Como que lo ignoran. Ustedes son espías al servicio del capitalismo americano. ¡Alexis! —gritó. Entró un sargento—. Lleváoslos a la jefatura. Iré detrás de vosotros.

Cinco fusiles les apuntaban agoreramente.

—¡Marchad!

En la jefatura les sometieron a un extenso interrogatorio. El ruso que hablaba Lilia terminó de delatarles. Era deficientísimo. Se excusó diciendo que había vivido durante mucho tiempo en el extranjero. De nada, sin embargo, sirvió su ardid.

—¡Son espías! —afirmó el coronel—. Han preparado una coartada, pero de nada les valdrá. Las fotos de la zona prohibida les costarán caro. Llevadles a la celda. Esta noche estudiaremos su caso.

Arnold Payne sabía que aquel «estudiaremos» significaba la muerte. Pero no le importaba. A Lilia tampoco. Todo formaba parte de un plan hábilmente preparado. Ascendieron al monte prohibido con la esperanza, inexorablemente cumplida, de que los detendrían. La jefatura de vigilancia hallábase instalada en los sótanos de la oficina estatal. En el segundo piso, los técnicos e ingenieros de los yacimientos petrolíferos trabajaban hasta muy tarde. Y allí, en el segundo piso, en la caja fuerte, estaría el proyecto de expropiación de la industria persa del petróleo, para unirla a la oficina estatal. ¡El documento que quería fotografiar Arnold Payne, para ofrecérselo al primer ministro Hassan Alá! Con tal documento en sus manos, el político persa convencería a su pueblo de la autenticidad de las maquinaciones eslavas para apoderarse de la riqueza petrolera iraniana. Y así, toda la obra pro independencia económica del «Tudeh» y del «Fedeiyan» se vendría abajo. ¡Había que desengañar

a los patriotas persas, que fueron embaucados por un nacionalismo xenófobo en provecho de otra nación extranjera!

—¿Está usted seguro, Payne, de que podremos salir de aquí? —preguntó la joven, estudiando la situación de la celda.

Era esta alargada y fría como una mazmorra siberiana. La luz tenue que despedía una bombilla de escasas bujías, hacía parecer sus rostros con rasgos grotescamente fantasmales. Las sombras que formaban sus cuerpos se alargaban tanto, que las cabezas bailoteaban en el techo.

—Lilia, desde hoy exijo que me llames Arnold. Esperar al pelotón de ejecución aquí, juntos, abandonados del mundo de Occidente, bien merece una completa identificación entre nosotros. ¿No crees?

—Bien, te llamaré Arnold, *Mr*. Payne.

Rieron de buena gana. En realidad, entre aquellos dos jóvenes agentes estaba a punto de producirse el estallido de una pasión amorosa romántica y novelesca. Cualquiera de los dos podía ser el primero en iniciarla. Y fue el hombre, sometido durante veinte siglos a una cultura galante, quien «prendió fuego» a la mecha amorosa.

—Creo que te quiero, Lilia.

—¿Crees?

—No, lo aseguro. Me estoy quemando en una hoguera que se inició el día que te vi en Teherán. Creo que lo llaman un «flechazo», ¿sabes?

—Yo considero que éste no es el lugar ni el momento adecuado para hacernos el amor —protestó ella tímidamente, escondiendo las pupilas tras los arrebolados párpados.

—Sí lo es Lilia.

Y la abrazó, besándola por vez primera. Ella correspondió a aquel ósculo cálido y sincero, dejando la impronta de sus labios rojos y finos en la mejilla congestionada de Payne.

Transcurrió el tiempo. Los pasos del centinela retumbaron sordamente en la cóncava cavidad de la celda. Escucharon el ruido trepidante producido por una descarga cerrada. Lilia se estremeció en los brazos del hombre.

—Ahora nos toca a nosotros —susurró.

—Nosotros no seremos fusilados, Lilia. Tengo un talismán.

—Es imposible. Antes te registraron tan minuciosamente, que no es posible se encuentre entre tu ropa ni siquiera un alfiler. Por cierto. ¿Y la máquina pequeña? ¿Te la quitaron?

—No, está bien guardada.

Dos centinelas se acerraron, abriendo la puerta formada de barrotes de hierro.

—Salid. Tenéis que declarar.

Era la ocasión que anhelaba Payne. Sabía que antes de llevarles frente al pelotón de ejecución, intentarían hacerles hablar. Entonces, sería el momento propicio. Mientras caminaban, conducidos por los centinelas, el agente se pasó las manos por la frente, frotándose un ojo. Lilia no se dio cuenta de la insignificante operación. Sin embargo, en el hueco de la mano de Payne estaba ya el talismán maravilloso, la misma bolita que sirvió para dormir a los carceleros de Teherán.

El comandante les recibió en un salón del primer piso, acompañado de varios oficiales. También había otro personaje. A Arnold le dio un vuelco el corazón. Ellos iban disfrazados, pero aquel hombre le vio tantas veces, que probablemente le reconocería. Era Manneliski.

—Acérquense —exigió el comandante.

Manneliski le hizo un examen exhaustivo. Le pareció falsa la encorvadura del agente.

—¡Póngase derecho! —ordenó, poniendo una mano en la chapa y apretando fuerte—. ¡Saque el pecho!

Le dio un tirón del bigote. No consiguió desprenderlo. Parecía pegado con cola de carpintero. Payne exhaló un gemido.

—¿Qué hace usted, bestia? —protestó, procurando camuflar la voz.

Tiró de nuevo, y esta vez con éxito. Le despojó de los lentes, y en la cara repulsiva de Manneliski se dibujó una mueca desdeñosa. Rió a trompicones.

—¡Me lo figuraba! —exclamó, dirigiéndose al comandante—. Es antiguo conocido mío. Se han equivocado ustedes. No pertenecen al «Intelligence Service», sino al «Central Intelligence Agency», de los Estados Unidos. Este individuo es Arnold Payne, que hace algunas semanas se introdujo en el «Fedeiyan», pero fue descubierto por Sonia.

El norteamericano mantenía su puño cerrado. Se dispuso a emplear una bomba atómica en miniatura. Se limpió el sudor con el dorso de la mano, metiéndose en la boca una píldora. Sacó un pañuelo, y ante la mirada burlona de los que allí estaban reunidos, lo pasó por la frente de Lilia, enjugando el sudor. Ya estaba hecho todo. La mujer sintió que su lengua recogía un objeto apenas perceptible, y lo deshizo. Payne, entonces, dejó caer la «lenteja», pisándola. Los poderosos gases se desparramaron por la habitación, envenenando la atmósfera. Sus efectos fueron inmediatos. Manneliski, el comandante y los oficiales se tambalearon, perdiendo el conocimiento.

La perplejidad de Lilia no tenía límites. Vio caer a los hombres, y no se explicaba cómo pudo haber sucedido.

—El «Intelligence Service» no tienen tan buenos químicos como el
C. I. A.
—informó Payne, que observaba el gesto atónito de la muchacha.

—¡Es maravilloso, Arnold! —Se entusiasmó—. ¿Qué es lo que contenía la grajea que me has dado?

—Un antitóxico de acción fulminante. Al ingerirlo, te inmuniza contra el gas de más rápidos efectos, como es el que acabo de lanzar aquí. Es una invención de los laboratorios norteamericanos, que estudian sobre la base de una posible guerra química. El gas «H. A. 91», es un soporífero que entra, por la nariz segundos después de haberse roto la envoltura que lo resguardaba, corrompiendo el aire al entrar en contacto con él.

Cogió el teléfono. Hizo todo lo posible por imitar la voz del comandante. Llamó al sargento de guardia.

—Sargento, venga inmediatamente con cinco soldados del pasillo, y diga a los dos centinelas que hay en la puerta de mi despacho, que entren ahora mismo.

Minutos más tarde, los soldados, al mando del sargento, se presentaron en la puerta, y aquél solicitó permiso para entrar.

—Pasen, pasen.

Payne y Lilia se ocultaron detrás de la puerta. Nada más abrirla, soltó la segunda bolita. Los ocho militares se derrumbaron, aletargados. Los dos agentes, saliendo al pasillo, se encaminaron hacia el segundo piso. En el despacho del comandante, cerrada la

puerta, quedaron inconscientes una docena de hombres.

En el despacho del director de la oficina estatal del petróleo, había luz. Un ordenanza le cortó el paso, pero no medió entre ellos una palabra. Payne le atizó un puñetazo en la mandíbula, rompiéndosela. No podía perder tiempo en inútiles discusiones. Le metió en un excusado.

Entraron en la oficina, empuñando las pistolas que había quitado a los soldados. El director, que se hallaba repasando unos papeles, puso gesto ambiguo. Tardó unos segundos en comprender que la postura de los dos intrusos era típicamente «gangsteriana», al estilo americano que tantas veces leyó en los relatos periodísticos sobre atracos a mano armada en la nación del capitalismo.

—¡Alza las manos! —exigió, contundente, Payne.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco? ¡Márchense! —protestó, levantando los brazos.

—¡Abra la caja fuerte! ¡Sin tardanza!

El agente puso el cañón de la pistola muy cerca de la sien del director, en actitud amenazadora. Lilia, desde el umbral de la puerta, vigilaba la salida.

El hombre dudó mucho antes de cumplir lo que el intruso le había ordenado. Se retrajo cuanto pudo en cumplir la orden. No ignoraba que el abrir la caja le costaría la destitución y el juicio sumarialísimo. Las autoridades le considerarían como un cobarde y con toda seguridad, le fusilarían.

—¡Deprisa! Un minuto más y disparo.

Payne hizo ademán de apretar el gatillo. Una oleada de sangre congestionó el rostro del director. Temblaba, y, al fin, pudo más el miedo que el sentido de la responsabilidad y sus posteriores consecuencias.

La abrió. Payne revolvió aceleradamente algunos documentos. Encontró el que buscaba, y ante la mirada atónita del director, sacó de la solapa de la americana, un objeto minúsculo, con el que hizo algo así como si fotografiara el contenido de aquel documento. En efecto, lo había microfilmado. No le interesaba llevarse el voluminoso manuscrito, que no podría esconder convenientemente. Luego, mientras Lilia seguía apuntando al hombre, extrajo la película de la cámara. Era un rollo insignificante, que no abultaba más de medio centímetro.



Payne revolvió aceleradamente algunos documentos.

—Véngase con nosotros —indicó al director, que había seguido el desarrollo de la escena con insatisfecha curiosidad—. Al menor movimiento sospechoso, le partiré el corazón. Usted hablará conmigo como si fuéramos amigos de toda la vida. Lo hará, ¿verdad?

El director no tuvo más remedio que cumplir la orden de Payne. No podía oponerse a sus deseos, salvo que fuera lo suficientemente bizarro como para importarle un ardite la pistola de Payne, y jugárselo todo con pocas esperanzas de salir ileso. Optó, pues, por lo más sencillo. Lilia le agarró de un brazo, como si fueran novios, y Payne caminó detrás. Bajaron las escaleras.

—¡Sonría! —le exigió Lilia, al oído. Un grupo de funcionarios charlaban en el portal. La alarma, por lo que se veía, no había cundido aun—. ¡Dígales algo!

—¡Hasta mañana, amigos! —dijo con la mejor buena cara del mundo.

Los funcionarios le miraron extrañados. Pero no hicieron comentarios. Afortunadamente, el director era un mujeriego de categoría, y no era difícil verle acompañado de una rubia.

Los centinelas de las garitas le hicieron un saludo cordial. Él correspondió con unas palabras campechanas, y pronto se perdieron en la obscuridad de la noche. Luego, en un rincón, un certero culatazo de Payne asestado en la cabeza, dejó al director inconsciente por varias horas. Ya no les servía, después de haberles hecho un inmejorable servicio.

Sin embargo, todavía quedaba por vencer un gran obstáculo. La frontera estratégica entre Bakú y el Azerbaidjan, por la zona soviética, está sometida a una meticulosa vigilancia. Es casi imposible salir violentando las leyes de frontera.

—¿Has pensado algo, Arnold? —preguntó la joven cuando caminaban, dubitativos, pretendiendo hallar salida a su atolladero.

—No, todavía no —contestó, mirando en todas direcciones, pues temía con mucho fundamento, que en aquellos instantes les estuvieran buscando, una vez descubierta la escena de los militares gaseados.

—¿Qué podemos hacer, Arnold? —insistió Lilia.

—Déjame pensar. Tenemos toda la noche por delante. Ahora lo que tenemos que hacer es refugiarnos, fuera del alcance de los vigilantes. Salgamos de la ciudad.

Caminaron largo rato, ocultándose en un campo de heno. Allí pasaron la noche sin poder dormir, porque el relente era excesivamente fresco, y porque, además, las preocupaciones les agobiaban. La situación era grave. Habían hecho lo que

consideraban más complicado, pero estaba por realizar lo que también sería difícil y peligroso: salir del país. Y aun así, traspasando la frontera, el problema no habría sido resuelto totalmente. En Tabriz imperaba el desorden, y los sicarios de Sonia Lubriski, dueños de la provincia del Azerbaidjan, al recibir indicaciones de Bakú, redoblarían sus esfuerzos para detener a los agentes del espionaje enemigo. La copia fotográfica de los documentos, microfilmada en la oficina estatal de Bakú, sería un arma invencible en manos del gobierno legítimo de Teherán. La propaganda del «Tudeh» y del «Fedeiyan» se vendría abajo con estrépito cuando Hassan Alá revelara al pueblo persa lo que se tramaba.

VI

FRENTE A FRENTE

A lo largo de veinte kilómetros de frontera, regimientos enteros, ayudados por policías y paisanos, vigilaron la línea divisoria, dispuestos a impedir la fuga de los agentes del espionaje occidental. La movilización fue total. No quedó una sola habitación de Bakú que no fuese sometida a registro. La orden del Buró militar había sido tajante: captura a muerte de un hombre y una mujer que llevaban en su poder secretos de vital importancia. Una orden perfectamente comprensible, dado el alcance mundial que tendría la huida de los espías.

Payne y Lilia percibieron aquel ambiente tenso y cargado de presagios malaventurados. Por la carretera cercana pasaron camiones repletos de militares, que iban a ocupar los puestos estratégicos. Payne se hizo cargo de la gravedad del momento. Desde el sitio donde se hallaban tumbados al sol, y ocultos por las altas hierbas de lino orladas de rojas amapolas, podían divisar, alzando la vista, la línea divisoria fronteriza, por cuyos escabrosos riscos pululaban un sinfín de soldados.

El campo ondulante y florido, concluía en las estribaciones de la montaña.

—Si pudiéramos llegar al monte…

—De nada nos serviría, Lilia —razonó Payne, obsesionado por la idea de hallar un camino viable que les devolviese a Persia—. La montaña está llena de casamatas, y los centinelas tendrán órdenes de disparar, incluso antes de darnos el alto.

—Pero tenemos que intentarlo —replicó Lilia, cuyo temperamento vivo y su manera rapidísima de reaccionar no concordaba con el carácter calmoso y cachazudo de Payne, que

hacía sufrir a la chica, al retardar la puesta en marcha de la acción definitiva.

—Las improvisaciones siempre traen consecuencias desagradables —filosofó el divisionario, poniéndose de rodillas y sacando la cabeza por encima de la hierba—. ¿Ves? Los centinelas no nos dejarán dar un paso.

—Poniéndonos de pie, no, pero si nos arrastramos entre el lino, la cosa variará bastante. Anda, ven. Sígueme.

Payne siguió de mala gana los pasos de la muchacha. Arrastrándose penosamente por la tierra, lograron avanzar unos metros.

—Anda, sigue —le animó la mujer, que se alargaba cual un reptil, como si la salvación estuviese a la terminación del prado y no en la otra vertiente de la montaña.

Paulatinamente, se fueron oyendo voces e imprecaciones a corta distancia del lugar donde estaban ellos. Payne apartó un poco las hierbas.

—¡Chis! ¡Están muy cerca!

Y se llevó un dedo a la boca, indicando a su compañera que guardara silencio.

—Soldados, ¿no? —murmuró ella.

—No. Son nuestros viejos amigos el comandante y Manneliski.

—Creí que seguirían durmiendo plácidamente.

—El efecto del «H. A. 91», no perdura durante tantas horas. Ten en cuenta que el gaseamiento de la habitación lo hice anoche a las nueve y…

Se quedó callado, tensos los músculos de la cara. Lilia palideció. Habían comprendido al mismo tiempo que difícilmente saldrían del atolladero. Escucharon los furiosos ladridos de un perro. El pelo de la joven se erizó. Oyeron otros ladridos, allá muy lejos. Pero los dos estaban como atontados, clavados sus ojos en la soberbia estampa de un perro lobo que husmeaba por los surcos. Llegó de improviso, delante de los fugitivos. Y no ladró, lanzándose sobre ellos y dando dentelladas como hubiera sido lo normal. El perro, restregándose la lengua por el hocico, dio unas vueltas a su alrededor. Payne, pese a la actitud pasiva del animal, notó que algo raro le ocurría. Se tocó las sienes, percatándose de que la sangre latía en ellas con fuerza. Pero enseguida fue recobrando el dominio de sus nervios. Decidió

abandonar la pistola. De nada le serviría disparar.

—Ven, chucho, ven —dijo en idioma ruso, empleando todo el repertorio de frases elogiosas para «el mejor amigo del hombre», pasándole la palma de la mano por el lomo.

El perro estuvo retozando, dando unas cuantas vueltas, agradeciendo las caricias que se le prodigaban.

—Le he caído simpático —comentó Payne—. Ha sido una gran suerte, porque si no, a estas horas estaríamos destrozados, o por lo menos, los ladridos habrían llamado la atención de Manneliski.

La jauría de perros lobos, olfateando el terreno, subieron en dirección al coto montañoso. Sin duda, confundieron el olor humano de los centinelas con el de los fugitivos. El caso concreto es que el grupo del comandante se fue alejando, y el magnífico animal seguía aceptando las caricias que le hacían Lilia y Payne, sin importarle que sus amos continuaran su camino. Fue algo realmente incomprensible. ¿Qué extraño fenómeno anuló la congénita fiereza del can? Ésta es una pregunta que nunca pudo responderse Payne con certeza. Lo único cierto y rotundo, sin embargo, fue que el perro se quedó con ellos, y que por la noche supieron aprovecharse de aquella milagrosa compañía para intentar con éxito la evasión.

El sol realizó su periplo completo en el tiempo que los agentes estuvieron escondidos en el campo rebosante de hierbas y flores. Anochecía, y las horas se habían hecho largas, larguísimas. Los estómagos empezaban a sentirse hambrientos.

—Ha llegado el momento de actuar, Lilia —dijo Arnold, levantándose—. No podemos esperar más. Empuña la pistola. Es imposible permanecer una hora más en territorio ruso.

—Desde luego, es lo mejor que podemos hacer —asintió la mujer—. Esta espantosa soledad, pendientes de que en cualquier instante pueden acribillarnos a balazos, me crispa los nervios. Es mejor que vayamos nosotros a enfrentarnos con la muerte y jugarnos el todo a una sola carta.

—Sí, ya que ellos no nos descubren, iremos nosotros a descubrirles a ellos. Arrostraremos el peligro.

Cogió el perro por el collar. Dio un ladrido cariñoso. Payne le hizo cosquillas en la tripa para que se callase. Convenía hacer el menor ruido posible. Fueron subiendo la estribación de la montaña. El camino era abrupto y empinado, y Lilia tuvo que sacar fuerzas de

flaqueza para seguir el paso acelerado de su compañero, guiado por el animal.

De súbito, un grito rompió el silencio de la noche.

—¡Alto! —chilló un centinela, viendo un bulto que se movía. No esperó la contestación. Disparó. Era la orden recibida. Volvió a disparar provocando la alarma, que era lo que más temía el norteamericano. El perro, al oír los disparos, se revolvió rabioso. Hubo que soltarlo. Pero el centinela lo confundió con una persona. Siguió tras él, disparando sin cesar. Payne se dio cuenta del boquete que se había quedado sin vigilancia.

—¡Deprisa, Lilia! ¡Se ha alejado el soldado!

La dio la mano. Corrieron, encorvando el cuerpo para hacer menos bulto. Lilia estaba rendida. El hombre oía el jadeo fuerte y prolongado de su novia.

—¡Anda! No te pares ahora —le dijo.

—No podré llegar. Estoy extenuada —y le miró con ojos misericordiosos.

—Haz un esfuerzo. ¡No te rindas!

Cundieron los gritos. El capitán jefe de la línea llamó a la patrulla de refuerzo, organizándose la búsqueda de los fugitivos. El centinela que disparó primero logró, al fin, alcanzar al cruzado de lobo.

—Capitán: Era el perro que se escabulló esta tarde. Pero yo puedo asegurar que iban más. ¡Y los otros no eran perros! Escuché que hablaban en un idioma extraño, quizá en inglés.

—Está bien; continuad buscando. Si es preciso, se les seguirá hasta más allá de la frontera. Son espías peligrosísimos, y hay órdenes tajantes en el sentido de que no salgan con vida. ¡Quien los mate, será recompensado con doscientos rublos!

La recompensa les sirvió de acicate. Los centinelas se multiplicaron, aguzando la vista y atravesando los matorrales en evitación de que pudieran esconderse allí. Por fin, uno de ellos dio con los evadidos. Disparó casi a quemarropa. La bala silbó en el oído de Payne, quien hizo uso inmediato de su revólver. El soldado, que apoyaba los pies en un risco, dio una vuelta de campana, y cayó al vacío.

—¡Corre! —animó a su compañera, postrada en el suelo.

—Tengo los pies sangrando —se quejó—; se me ha perdido un

zapato.

—¡Déjalo! —exclamó, dándole un tirón del brazo.

Se metieron en una hendidura. Lilia estuvo a punto de caer, pero Arnold consiguió sujetarla. Llegaron a la cumbre, desde donde se deslizaba la pendiente dentro del territorio persa.

—¡No puedo más, Arnold! ¡Ponte a salvo tú! La misión está cumplida victoriosamente. Mis pies no me obedecen —sollozó, con las lágrimas nublando sus pupilas.

—¿Eres tonta? ¿Crees que te puedo abandonar? —susurró él—. Ven aquí. Te llevaré en brazos.

—¡No! Estás cumpliendo un servicio, y los sentimientos personales debes dejarlos aparte. Quieres llevarme porque estás enamorado de mí, pero no lo consentiré —proclamó ella, en tono enérgico.

—Oye, yo soy un hombre y no un monstruo. Necesitas mi ayuda, y te la daré; quiéraslo o no, eso no me importa.

La cogió en sus brazos. En aquel momento, retumbó un disparo. Les habían descubierto de nuevo. Reanudaron las carreras. Cinco o seis centinelas al mando de un sargento, les seguían de cerca. Payne vaciló. Reflexionó durante un instante sobre si debía cumplir el mandato superior de entregar el microfilm en Teherán, abandonando el cuerpo molido de su compañera de aventuras en poder de sus perseguidores, que la asesinarían inmediatamente, o no hacer traición al sentimiento entrañable de su corazón, que le demandaba condujera a Lilia Blanchard a puerto seguro. Se decidió por esto último. Intentaría salvarla, y en el peor de los casos, la abandonaría cuando viera que su propósito resultaba infructuoso.

Corrió alocadamente. En una ocasión se dio de bruces contra un árbol, pero se incorporó, continuando su endemoniada carrera. Llegó ante una pendiente pronunciadísima. Entonces se dispuso a bajarla, aunque fuera rodando.

—¡Disparen! —Se escuchó una voz de mando, y simultáneamente una descarga cerrada relució en el obscuro paraje. Payne y la muchacha perdieron el equilibrio, cayendo en el terraplén de pronunciadísima pendiente.

Rodaron con vertiginosa velocidad, arrastrando los setos del camino. Payne fue el último en perder el conocimiento. Pero dio tantas vueltas, que su resistencia y oposición al mareo, ensayados

con éxito en la Academia Especial de Washington, carecieron de poder para imponerse a las violentas sacudidas. Para colmo, un golpe contra una peña, descalabrándole, terminó por dejarle en la más absoluta de las inconsciencias.

Hasta el amanecer estuvieron los centinelas rusos buscando a la audaz pareja. Luego, con la claridad del día, insistieron en la búsqueda. Inútil aunque porfiado empeño. Los cuerpos, cadáveres o no, de Lilia P. Blanchard y Arnold Payne, habían desaparecido de aquellos contornos. Y el sargento, contrariado y despidiendo por su boca una docena de insultos y maldiciones soeces, tuvo que retornar al punto de partida sin llevar en parihuelas a los espías que, en una operación audaz, habíanse llevado de la oficina estatal del petróleo de Bakú, el más sensacional documento del espionaje mundial moderno.

Estaban en tierras del *Sha* de Persia. En el Azerbaidjan.

La primera impresión que recibió Payne al abrir los ojos, fue que una mano de dedos alargados y tan finos que casi cortaban, le aplicaba medicamentos en las heridas de la cabeza. Giró la órbita de un ojo, y de soslayo vio a Lilia inmóvil, echada en otra cama, vendados brazos y piernas.

—¿Ha muerto? —preguntó espantado.

Un anciano de suaves y risueños rasgos físicos, le dio una palmita en el hombro.

—No se preocupe, amigo Payne. Ella está bien. Unos golpes, nada más. Las plantas de los pies las tiene destrozadas.

Reconoció aquella voz dulce y persuasiva. Le miró a la cara, y la alegría coloreó su semblante.

—¡Gracias, *Mr*. Ibrint! —dijo, dándole la mano—. Pero ¿cómo estamos en su casa? ¿Qué ha sucedido? ¿Es que nos ha sacado usted de aquel infierno?

—Bien, bien, muchacho. No me abrume con tantas preguntas. Fue una cosa muy rara —contestó, sin que la sonrisa se apartara de sus labios—. Cayeron ustedes en territorio persa como llovidos del cielo.

—¿Que caímos? No lo entiendo. Creo recordar que… pero no; no recuerdo nada —y Arnold hizo un esfuerzo supremo, queriendo evocar en su mente debilitada, los acontecimientos de aquella dramática noche—. Espere… Sí. Caímos por un terraplén, al mismo

tiempo que sonaba una descarga de fusilería. ¿Está herida Lilia?

—Ya le he dicho que no —repitió el anciano—. Unos amigos persas, pertenecientes al batallón que defiende la frontera, me avisaron de la inverosímil llegada de ustedes dos. La frontera está cerca de aquí, a diez kilómetros. Así que fue fácil traerles a mi casa.

—¿No será más cierto que usted estaba a la expectativa? —insistió el agente especial.

—Bueno, ¿y qué importa eso? Lo principal es que están a salvo.

Payne no preguntó más. Pero estimó evidente que Ibrint, el presunto misionero, había organizado la excursión a la montaña antes de que se produjeran los hechos, o sea que Ibrint, puesto al corriente por Lilia horas antes de salir de Tabriz con dirección a Bakú, esperó, ayudado por los amigos que indicaba, el regreso de los fugitivos de su fabulosa aventura.

Arnold Payne quiso salir inmediatamente para Teherán. Le urgía entregar el documento microfilmado al jefe del Gobierno. Su deseo, empero, iba a encontrar una feroz resistencia por parte de Sonia Lubriski y sus sicarios, que, enterados por Manneliski, que había vuelto a Tabriz con órdenes precisas lucharían hasta la extenuación para impedir que el agente llegara a la capital persa.

Payne, con la cabeza vendada, así como Lilia, se disponían a cenar acompañados por Ibrint, para inmediatamente después emprender el camino que les conduciría a Tabriz como primera escala de su largo viaje. No podían suponer que Sonia, Manneliski y Batal el Juri, estuvieran tan cerca. Y sin embargo, la realidad es que estaban observándoles desde el exterior de la ventana que daba al jardinillo posterior.

¿Cómo se explicaba que el dogo grandón y de afilados colmillos que tenía Ibrint de guardia en el jardín, no ladrara, lanzándose encima de los intrusos? Le habían envenenado, echándole un trozo de carne contaminada. Así que, libre el paso, los tres mandatarios de Bakú saltaron la tapia, y sigilosamente acercáronse a la ventana.

Batal rompió los cristales, y enseguida tres pistolas encañonaron a los que estaban comiendo plácidamente, ajenos a la gravedad del momento.

—¡Manos arriba! —gritó el persa—. Abrid la puerta. ¡Deprisa!

Ibrint se levantó, corriendo el cerrojo. Y entonces vieron que los ojos azules de Sonia Lubriski despedían destellos de siniestra,

expresión.

—¡Hola, amiguita! —saludó Sonia, con una risita hipócrita bailándole en los labios—. Por fin nos encontramos frente a frente. Créeme que ansiaba que llegase esta hora. Pero veo que no estás en perfectas condiciones físicas. ¿Qué te ha pasado? ¿Te peleaste con tu novio? Las cosas del amor… ¡Hum, el amor!

Sonia estaba desconocida, hablando como si fuera una charlatana empedernida. Muy segura debía estar de su victoria para expresarse así.

—Está usted muy habladora esta tarde, Sonia —Payne siguió comiendo, sin levantar siquiera la cabeza—. ¿Qué, recibió usted la información del director de la oficina estatal del petróleo?

—Yo obro por mi cuenta —contestó la mujer, airadamente—. Usted sabe que me es un personaje antipático, y si no pude apartarle de mi camino en Abadán, ahora le aseguro que no ocurrirá lo mismo. ¡Levántese! Y usted venga también, misionero.

—Al misionero hay que apretarle los tornillos —sugirió Batal, el de la cabeza pelada—. Su disfraz es muy bueno, pero no tanto como para engañarnos a nosotros.

Salieron a la explanada, montando en un automóvil que les esperaba cerca de un conductor. En vez de ir por el camino, el automóvil marchó a través del campo, sin importarle lo accidentado del terreno.

Las pistolas de Sonia y sus secuaces seguían enhiestas, dispuestas a disparar si el momento lo requería. Lilia y el misionero iban atados uno contra otro.

Pronto llegaron a Tabriz, apeándose frente al edificio más alto de la calle Abdema. La calle estaba desierta. Tabriz parecía una ciudad en guerra, con las luces apagadas y muy restringida la circulación. De vez en cuando pasaban grupos de hombres, que no se sabía si eran partidarios del «Tudeh» dueño implícito de la ciudad, o policías al servicio del gobierno central de Teherán, a los que les era dificilísimo mantener el orden.

Payne no tuvo ocasión de emplear su inteligencia y su fuerza a lo largo del camino. El cañón de la pistola de Batal le cosquilleaba en la nuca, causándole una desagradable sensación.

Subieron al primer piso del edificio aludido. Payne mantuvo la creencia de que los llevaban a una cámara de suplicio. Y no se

equivocó.

Atado cada uno a su correspondiente silla, en una postura incomodísima, Sonia Lubriski empezó el interrogatorio. Batal, el caucasiano y el chofer, que era Abdul, recorrían la habitación de un lado a otro, crispando los nervios del espía. Antes de amarrarles, les habían registrado bien, sin dejar un resquicio, y Sonia hizo que Lilia se desnudase ante ella, escudriñando hasta los pliegues de los vestidos.

—Payne: sabemos que usted fotografió cierto documento que estaba en poder del jefe de la oficina de planificación del petróleo —dijo la mujer, sentada detrás de una mesa despacho. Payne quedaba al otro lado de la mesa, con su rostro salvajemente iluminado. La potente bombilla de 250 voltios, recogido su voltaje en un proyector, metía aquel torrente de luz directa en los ojos del divisionario, produciéndole un escozor agudo y picante—. ¡Conteste!

—¡No puedo hablar! Apaguen la bombilla, o terminarán por dejarme ciego —protestó, cerrando los ojos.

Manneliski le dio un golpe en la cabeza.

—¡Abre los ojos! —ordenó—. Contesta a lo que le han preguntado.

—Yo no sé nada. Ya me habéis registrado.

—Lo habrá escondido en alguna parte. ¡Dígame dónde está!

—Es inútil que me torture usted. Un mensajero ha llevado a Teherán el documento por el que se interesa, y a estas horas el primer ministro habrá adoptado decisiones radicales.

—No me lo creo, Payne. Tengo la seguridad de que la película la tiene usted ahí —y al decir esto sus ojos se quedaron clavados en los de Payne, que apenas podía tenerlos abiertos. Sonia experimento una sensación de alegría. Aquello que estaba viendo era asombroso. El ojo derecho de Payne rezumaba lágrimas, formando un surco en la mejilla al lado de la nariz, y poco a poco iba perdiendo vivacidad. Y sin embargo, el derecho relucía intensamente, sin que las lágrimas humedecieran sus pupilas. «Esto es muy extraño», pensó la mujer—. Payne: me parece que he descubierto su maravilloso escondite —anunció jubilosamente.

—¿Usted cree?

Sonia se levantó, acercándose al prisionero. Pretendió tocarle el

ojo, pero aquél cerró los párpados.

—Muchachos: creo que he descubierto el más grande y mejor guardado secreto del «Central Intelligence Agency» norteamericano —exclamó.

Payne pronunció un insulto feroz. En efecto, aquella mujer sanguinaria y diabólica había descubierto su gran secreto, el talismán que tantas veces le había librado de la muerte, y le sirvió para vencer los más fabulosos obstáculos. Allí estaba ahora, a merced de las manos delicadas, aunque duchas en el manejo de las armas más contundentes, de Sonia Lubriski, agente femenino del servicio de espionaje ruso en el Oriente Medio.

La mujer metió el dedo por la parte superior del párpado, y extrajo un objeto reluciente y hueco.

—Mirad; éste es el bolsillo secreto de nuestro amigo —y les enseñó un ojo.

—¿Qué has hecho? ¿Se lo has sacado? —preguntó, incrédulo, Batal el Juri.

—Sí, se lo he sacado, pero la operación ha sido más fácil de lo que parece. No he tenido más que meter el dedo y ¡zas!, el ojo ha caído a la palma de mi mano, sin producirle el más ligero daño y desde luego, sin emplear el bisturí. ¿No es verdad, *Mr*. Payne?

Por primera vez en su vida, el agente estaba entristecido y tembloroso, no de miedo, sino de rabia, de furor incontenible. Desesperado y trémulo, pugnada por desasirse de las ligaduras. Esta vez tendría que liberarse a fuerza de puñetazos o empleando la razón persuasiva de su inteligencia. Se acabó el empleo de la «lenteja» milagrosa. Se acabaron los gases lanzados por sorpresa a las narices de un grupo de enemigos. Los dedos índice y pulgar de Sonia, su vencedora, contenían un ojo científico, el ojo postizo de opalina fabricado expresamente para él en los laboratorios químicos de Du Pont.

Era un ojo perfecto; postizo y sin vista, pero perfecto. Lo movía en su órbita igual que si fuera de verdad, ya que el ensamble de los nervios ópticos quedaban articulados en contacto con unos hilos sutilísimos de delicado material. Igual que el derecho en tamaño y color, la semejanza no admitía disensión. ¡Su ojo «electrónico»! Una oleada de rabia le coloreó el rostro. Se prestó a que le extrajesen el propio, porque entendía que así podríanle encomendar empresas

más difíciles. Lo que nadie podía pasar después de un minucioso y definitivo registro, el agente Payne lo llevaría a buen término. Podían mirarle en todos los rincones de su cuerpo, entre los dedos de los pies, en los oídos, entre el pelo, pero jamás a nadie se le ocurrió buscar el escondite detrás de aquel ojo izquierdo, absolutamente idéntico al derecho. ¿Cómo iban a suponer que debajo de él llevaba un «arsenal»?

Pero así era, en efecto. El ojo postizo estaba hueco —como todos los ojos falsos, sin excepción— y el margen de unos tres centímetros que quedaba desde la parte delantera hasta el amasijo de nervios y de carne colorada que se forma debajo de la frente, le valía para esconder los más extraños y variados objetos. Desde las bolitas de gas, hasta los rollos de películas de la cámara fotográfica, prendida de la solapa de su americana por la parte de atrás.

Lilia y el misionero seguían el desarrollo de la escena sin pestañear, dado el interés de la misma. Entonces, Lilia comprendió muchas cosas y se admiró del valor de su compañero, que habíase dejado sacar un ojo para mejor servir al
O. S. S.

—Lilia: ¿no has visto a tu novio con un ojo quitado? —pregunto la otra, incitando a Lilia para que diera la vuelta a la silla, como así lo hizo.

El ojo bueno de Payne, deslumbrado por los 250 voltios que desde hacía media hora le caían encima, estaba sin vida, y en el lado opuesto aparecía un hueco negro, indicando que allí hubo antes algo que ahora no había.

Lilia no dijo nada. En verdad, la situación era tensa y muy comprometida. Sonia sostenía en sus manos las pruebas documentales que de haber llegado a poder de Hassan Alá, jefe del Gobierno de Teherán, desbaratarían la acción propagandística de los partidarios de la nacionalización del petróleo, ganándose así el apoyo del pueblo, y Sonia iba a destruir aquellas pruebas comprometedoras.

—Dadme una cerilla —pidió a sus compañeros—. He de hacerlo desaparecer.

Ni Manneliski ni Batal pudieron acceder a sus deseos. No llevaban cerillas.

—No importa; me parece que en mi bolso tengo un encendedor

—y hurgó en el bolso, extrayendo un diminuto mechero con el depósito de pasta.

Encendió. La película la tenía en una mano, y el ojo postizo estaba encima de la mesa. Rechinaron los dientes de Payne. Toda una obra audaz y dificilísima, coronada por el éxito, iba a ser destruida por el fuego. No podía consentirlo. Respiraba profundamente, jadeando.

Lilia y el falso misionero seguían sus movimientos, convencidos de que intentaría hacer el último esfuerzo, con el que quizá pudiese imponerse a la adversidad. Pero ¡qué problemático era esto! Las circunstancias no estaban de su parte, Y Manneliski y Batal el Juri, empuñando sendas pistolas, nunca dejarían que sustrajera la película que Sonia iba a prender en aquel crítico instante.

Arnold Payne logró librar una mano de las ligaduras. El infortunio le dio fuerzas para empinarse con silla y todo. Alargó la mano, quedándose con la película que iba a encender la mujer.

—¡Estate quieto, o disparo! —Le intimó Manneliski.

Y disparó, viendo que Payne no se paraba. El proyectil atravesó un larguero de la silla, chamuscando los pantalones. Emprendió una loca carrera. Dos metros le separaban de la ventana. Nadie esperaba que hiciese eso, ni aun Lilia, porque la hazaña resultaba inverosímil, aparte de grotesca. Pero Payne no se paró en barras. Dio un brinco, estrellándose contra los cristales de la ventana, rompiéndolos y cayendo al vacío. La escena fue de un dramatismo desgarrador. Los cinco personajes, aunque dos de ellos por motivos bien distintos, quedáronse alelados, sin reaccionar tan rápidamente como lo demandaba la gravedad del momento. Cuando Batal el Juri se asomó a la ventana, dispuesto a disparar, el evadido corría cojeando, a una distancia que hacía improcedente el disparo de pistola.

—¡Salta y síguele! —ordenó Sonia al de la cabeza afeitada.

Éste miró la altura que le separaba de la calzada. Eran siete u ocho metros. Vaciló. Para saltarlo hubiera hecho falta que la desesperación hubiérale privado del justo raciocinio. Un hombre no salta ocho metros si no se ve obligado a ello por una causa poderosísima; por librarse de la muerte, por ejemplo.

—Saldré por la puerta —dijo al cabo.

—¡Cobarde!

Sonia estaba furiosa, con los nervios que parecían un avispero. No lo pensó mucho. Disparó sobre Batal el Juri, el capitoste del «Fedeiyan», que dobló la rodilla, y mirando con saña y odio indescriptible a la que había sido su jefe, expiró.

—Iré yo —habló Manneliski, que seguía el curso de los acontecimientos con calmosa actitud—. Daré una batida por toda la ciudad.

—Sí, ve. Diles a los nuestros que vengan aquí. He de hablarles.

Sonia se sentó, mirando retadora y siniestramente a su compañera de profesión Lilia P. Blanchard.

—Tú no podrás escapar. Y él vendrá por ti. Caerá en mis manos. Tendrá que luchar conmigo frente a frente, pero tú ya no lo podrás ver, Lilia. ¡No lo podrás ver!

Deliraba, loca, abrumada por la desesperación. Un tic nervioso la desfiguró la boca, que abría y cerraba frenéticamente.

En un ángulo de la mesa, un ojo cóncavo relucía brillantemente. Era el ojo talismán de Arnold Payne, el fugitivo que se atrevió a saltar ocho metros, rompiendo la silla contra los adoquines de la calle.

VII

LA
K. P. A.
NO SE RINDE

Hassan Alá recibió a Arnold Payne inmediatamente que le anunciaron su visita. Estaba amaneciendo. Lo recibió sentado en la cama, tendiéndole la mano.

—¿Ha habido suerte, *Mr*. Payne? —preguntó, y se veía que le interrogaba con mucha curiosidad.

—Ha costado un poco de trabajo, pero al fin lo conseguí —le comunicó el espía, radiante—; esta misma mañana tiene que enviarlo. Su contenido es sensacional, se lo aseguro.

Le dio el rollo. El persa lo examinó detenidamente. Sus ojos brillaban con inusitado fulgor. Aquel insignificante trozo de celuloide contenía el más trascendental documento del espionaje moderno.

—Sí; dentro de dos horas lo enviaré. Como en otras ocasiones, lo mandaré hasta Ankara en la valija diplomática. Descuide, Payne; llegará a su destino. No se preocupe —y le dio unos golpecitos en el hombro, satisfecho.

—Creo que la
K. P. A.,
está desarticulada —manifestó—. Ahora mismo vuelvo a Tabriz. He de libelar a dos buenos amigos. Además, quiero saber quién es la cabeza rectora de la organización.

—Ande con tiento, Payne. No se exponga, una vez que ya ha triunfado usted. ¿Quiénes son esos amigos? —le interrogó, frunciendo el ceño.

—Uno de ellos, es la joven de la que ya le hablé. Por cierto que se equivocó en su apreciación. Lilia es amiga nuestra, del «Intelligence Service».

—¿Es posible? ¡Quién lo diría! ¿Pero está seguro? Yo le recomendaría que siguiese desconfiando de ella —le aconsejó, sin que Payne le hiciera caso.

Fue al hotel Excelsior. Se cambió de ropa. De una cajita repleta de algodones, sacó un ojo, y se lo puso. Cargó su pistola, y se encaminó de nuevo hacia Tabriz. Su misión estaba cumplida. El director jefe del
O. S. S.,
no podría oponerse a sus deseos. Su estancia en Teherán no tenía ya objeto. El encargo que se le hizo de desbaratar la acción del espionaje y de la propaganda enemiga en Persia, fue coronado por el éxito. ¡El petróleo persa sería para el mundo de Occidente!

El triunfo estaba asegurado. El triunfo del
C. I. A.,
pero no el de su corazón. Payne era un hombre agradecido, que no podría traicionar a sus sentimientos. Lilia P. Blanchard le interesaba como ninguna otra mujer. Le interesaba como novia y como compañera, a quien debía su vida. No pensó mucho lo que tenía que hacer una vez terminada la entrevista con Hassan Alá. ¡Volver a Tabriz y rescatar a sus dos amigos!

A mediodía llegó a la ciudad de la revolución. Paseó por la calle Abdama, sin apartar la vista del edificio que sobresalía por encima de los demás. Los cristales de la ventana que rompió al lanzarse por el hueco, estaban igual, desparramados por la acera. La ventana, abierta de par en par. Subió, decidido y apretando la mano contra la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón. Nadie le dirigió la palabra. Dio una patada a la puerta del primer piso abriéndola. Entró, reflejando en el rostro un rictus de amargura.

La habitación donde se desarrolló la noche anterior la espectacular escena de su fuga, estaba vacía. Las sillas y las ligaduras que apresaron los cuerpos de Lilia y el misionero, tiradas por el suelo, indicaba que los prisioneros habían sido llevados a otro sitio.

De pronto, sintió pasos. Se puso en guardia. Una mujer de andrajoso aspecto, portando un cubo y bayetas, se arrodilló

echando lejía en el suelo y restregándolo con estropajo y jabón.

—¿Qué hace usted? —preguntó Payne.

—El señor Abdul me ha ordenado que friegue esto —contestó, disponiéndose a pasar el estropajo por el suelo.

El americano se fijó en la mancha. Le dio un vuelco el corazón. Lo que la asistenta pretendía hacer desaparecer era sangre, la sangre de Batal el Juri. Pero él, que ignoraba en absoluto la muerte del fiel esbirro de Sonia, supuso lo peor, temiendo que Lilia hubiese sido asesinada.

—¿Dónde está Abdul? —interrogó la mujer.

—No lo sé. Cuando yo llegué aquí, ellos montaban en su coche. Fueron hacia allí —y señaló la dirección de los campos petrolíferos.

Payne no quiso saber más. Había que actuar sin perder un minuto. Aligeró el paso. Conocía la guarida subterránea del estado mayor de Sonia Lubriski. Caminaba derecho a la galería donde, en cierta ocasión, estuvo a punto de sucumbir.

No había nadie en la boca del pozo. Muy cerca estaba el cobertizo, frente al cual no se veía ningún indicio de que allí hubiera habido un patíbulo. Bajó en el montacargas. Las bombillas de la galería estaban encendidas. Ello le obligó a tomar precauciones. Pero en balde. Allí no vio a ningún ser viviente. Encendió la luz de la improvisada habitación. Estaba desierta.

—¡Qué extraño! —habló para sí—. ¿Dónde estarán?

Ascendió. Hacía un calor sofocante. Tuvo que quitarse la americana. «¿Y si estuviera en el chalet de Ibrint?», pensó. «Está cerca de la frontera. Iré a verlo».

Subió una loma. En la falda de la montaña divisó la casa enjalbegada de cal del misionero Ibrint. Distinguió un bulto a la puerta. Sacó los prismáticos. Era un automóvil. «Voy a meterme en la boca del lobo; no hay más remedio que hacerlo. Me han tendido un ardid, pero procuraré no caer en la trampa». Le empujaba el deseo ardiente de ver a Lilia. La incertidumbre le acongojaba.

De improviso, súbitamente, seis o siete individuos le salieron al camino, empuñando sendos revólveres. Habíanse escondido entre los matorrales. Indudablemente, le estaban esperando. No hizo ademán de defenderse. Lo creía inútil.

—¡Suelta la pistola y entrégate! —gritaron.

Tiró el arma. Manneliski y sus hombres se acercaron.

—¡Qué imbécil eres! —le apostrofó el ruso—. Has caído en la trampa como un párvulo. Creías que te íbamos a dejar que liberaras a tus amigos, ¿eh?

Siguieron andando. Payne iba delante, encañonado por seis revólveres. Su mente trabajaba pretendiendo hallar una solución. Estaba perdido.

—Estáis perdidos, Manneliski. Vuestra propaganda será deshecha por el Gobierno. Mejor será que os marchéis de estas tierras antes de que sea demasiado tarde.

—Lo veremos. No cantes victoria tan pronto.

Y el ruso le dio un puntapié en la pantorrilla.

Payne se dobló, cayendo de rodillas.

—De nada te servirán tus métodos brutales. ¡Nos veremos las caras, asesino! —le espetó, crispando los puños—. Te tengo reservado mi mejor puñetazo.

—Eres un bravucón incorregible. No te tengo miedo. Anda, ponte en guardia. Vosotros —añadió, dirigiéndose a sus amigos—, dejadnos solos. Le voy a dar su merecido.

No esperó ni un instante más. Le largó un puñetazo a la mandíbula, y le hundió la zurda en el estómago. Payne acusó el golpe. Se tambaleó pero sin llegar a caer.

Payne parecía más débil que su rival. Éste era corpulento y fornido, con cara de perro de presa. El americano era también alto, acaso más que el otro, pero tenía en contra la desventaja de su delgadez. Sin embargo, Payne no guardaba en su cuerpo ni una gota de grasa; todo era músculo fibroso y duro como el acero de Pittsburg. Quien doblara el cuerpo de Arnold Payne, podía considerarse como un campeón de la lucha en sus múltiples variantes.

El americano logró alcanzarle en la cara, derribándolo. Transido de dolor, con una hebra de sangre saliéndosele por la boca, Manneliski se incorporó, más fiero y retador que nunca. Sus amigos le animaban con gritos enardecidos.

—¡Hala, pártele el cráneo! —chilló uno que, al igual que sus compañeros, mantenía su revólver en posición horizontal.

—¡No te apures, Manneliski! Eso ha sido un golpe de fortuna —le animó otro, sentado en una peña del camino.

—¡Callaos! No necesito vuestros consejos —protestó el ruso, que

se había echado hacia atrás para lanzarse seguidamente sobre su enemigo—. Antes de que contéis veinte, mi distinguido colega el espía, habrá desaparecido del mundo de los vivos.

—¿Sí? ¡Inténtalo! Quizá te equivoques —le retó Payne.

Se arrimaron los dos tanto, que sus brazos se entrecruzaron, luchando cuerpo a cuerpo. El ruso pretendió partirle la columna vertebral. Le abrazó fieramente a la altura del pecho, alzándolo y dejándolo caer, con la esperanza de que doblara las rodillas. Sin embargo, no fue así. Los huesos de Payne eran más duros de lo que a primera impresión parecía.

Todos estaban callados, sin rechistar. Abolidas las palabras y los insultos, la escena se desarrollaba en un ambiente angustioso. Los dos combatientes, peleando bajo un sol implacable, sudaban por todas las extremidades de sus cuerpos. La camisa de cuadros rojos de Manneliski, estaba tan mojada como si acabaran de lavarla.

Payne le cogió por la entrepierna, y lo levantó. Tenía que tener una fuerza enorme, hercúlea, para levantar aquella mole de carne. Lo alzó, dejándolo caer bruscamente, echándose encima antes de que el ruso pudiera resollar. Hizo una especie de collar con sus dos manos, enlazándolas y ajustándolas al cuello de su rival. Se cegó en la lucha. Estaba furioso como un animal encabritado, perdiendo todo sentimiento. Apretó con saña y alevosía. Apretó mucho, tanto como pudo, durante dos minutos de inacabable tensión. Cuando se quiso dar cuenta, el lugarteniente de Sonia había fallecido ya bajo la horrorosa presión de aquellos dedos atenazadores hundidos en su cuello. Parecía que los ojos iban a saltársele de las órbitas, inyectadas de sangre.

Los cinco hombres se lanzaron a separarle de su víctima, en la que se había, ensañado. Al fin, tras incesante forcejeo, lograron apartarle. Uno le dio un fuerte puñetazo, tan fuerte, que le acható la nariz. Sin embargo, embebido como estaba en el ardor de la pelea, ni siquiera se percató de que la ternilla de su nariz había sido pulverizada. Era la primera vez que Arnold Payne, «el cachazudo», como le llamaban sus compañeros de la Academia de Washington, perdía el control de sus nervios.

El sudor y la sangre confundíanse, surcando «torrencialmente» su cuerpo. Estaba molido. Dos hombres le cogieron de los brazos, sin poder contenerle. Otro se lanzó a sus pies. Le amarraron,

uniendo tres cintos, con los brazos pegados a los costados.

Entonces, pudieron continuar el camino. Uno de los del «Tudeh» se cargó a cuestas el cadáver del ruso, que tenía el rostro salvajemente desfigurado.

Sonia, al abrir la puerta del chalet de Ibrint, no pudo contener un grito de asombro. Observó sañudamente a Payne, coloreados sus brazos por la sangre coagulada. Luego, viendo que la postura en que traían a Manneliski, presagiaba, sin duda, muerte violenta, exclamó:

—¿Quién le ha matado? ¿Por qué lo habéis permitido? Hablad deprisa; hablad.

Alguien le explicó de modo conciso lo sucedido.

—¿Pero está muerto, irremediablemente? —insistió, esperando que le dieran alguna explicación menos trágica.

—El americano le ha ahogado. No pudimos deshacer el lazo que había formado con sus manos alrededor del cuello. ¡Es una bestia!

—Pues ahora, veremos si puede con todos nosotros. Entrad. Pero no le dejéis suelto. Disparad en cuanto haga un movimiento sospechoso.

En el recibidor se hallaban Lilia y el misionero, amarrados uno contra el otro, sentados en el suelo. Una sonrisa dulcificó el gesto hastiado y roto de la hermosa joven. Le lanzó una mirada llena de indefinible encanto. Pero no despegó los labios. Se la veía rendida, soñolienta, sin fuerzas para sostener los ojos abiertos. Habían estado toda la noche interrogándola, queriendo sacarle algún secreto, haciéndola sufrir a lo largo de una noche alucinante.

Allí estaban Abdul y algunos de sus hombres; en total eran doce, contando a Sonia.

—Traedles al jardín —dijo la mujer.

En el jardín se hallaban las herramientas empleadas por los albañiles. Uno de los ayudantes volcó un saco de cemento, mezclándolo con tierra y agua, formando la pasta con la que se levantan las fachadas gruesas de los edificios.

Los tres prisioneros fueron metidos en una especie de garaje, encañonados por vacías pistolas desde fuera. A Payne habíanle atado muy deficientemente, sujetando sus brazos con los tres cintos. Sonia no estimó necesario amarrarle mejor.

—Es lo mismo —comentó—. Esta vez no podrá escapar.

Payne se dio cuenta de las monstruosas intenciones de la

diabólica mujer. ¡Iban a tapiar la puerta! Se horrorizó al pensar en una muerte tan ruin y poco gloriosa. Un hombre fue poniendo ladrillo tras ladrillo, rellenando el hueco de la puerta. Manejaba la paleta con tal ritmo y precisión, que Payne no dudó que la obra quedaría terminada minutos después, quedándose ellos en el interior del recinto, donde, sin aire para renovar el oxígeno de sus pulmones, expirarían inexorablemente. El garaje no tenía ventilación por ningún sitio.

La tapia fue levantándose ante la pasividad obligada de los prisioneros, que veían, consternados, que los ladrillos llegaban ya a una altura de metro y medio. Un hueco de unos veinte centímetros quedaba aún por enladrillar. Ya no se veían las pistolas que les mantuvieron a raya. Payne podía dar un empellón al tabique y derribarlo, pero de nada serviría, porque aparte de provocar el furor de algunos de aquellos energúmenos, y hacerles disparar a boca de jarro, levantarían de nuevo la obra, haciendo inútil su esfuerzo.

Lo último que oyeron fue una carcajada colectiva, hiriente, que heló la sangre de los tres desdichados. Después, nada. Un silencio agobiante, sobrecogedor. El ladrillo postrero tapó la rendija por donde entró el último hálito de aire, y la atmósfera hasta entonces sana del interior del garaje, fue absorbida vertiginosamente por el aparato respiratorio de todos y cada uno de los tres agentes.

—Esperaremos quince minutos —dijo Sonia—. Es tiempo suficiente para que mueran asfixiados. Si pretenden derribar la tapia, disparad todos juntos. Quiero que ésta sea la última vez que oiga hablar de Arnold Payne y su método infalible para escapar de la muerte.

Y sus pupilas centelleaban con inicuo furor.

Pasaron los quince minutos, sin que los de dentro dieran señales de vida. Sonia aplicó el oído a la pared.

—¡Callad!

—¿Se oye algún murmullo? —preguntó Abdul.

—No. ¡Han muerto! Ya podemos irnos tranquilos farfulló Sonia, muy poseída de su triunfo. —Estos americanos siempre tan ingenuos, habrán visto que la
K. P. A.
no se rinde jamás. ¡Vámonos! ¡Les hemos dado su merecido!

Salieron del jardín, no sin antes volver la cabeza

insistentemente. Dudaban aún de tan segura victoria.

Conocían la destreza, el ingenio y los misteriosos recursos de que se valía Arnold Payne, y no descartaban la posibilidad de que, como un titán impresionante, el «loco de Washington» se lanzara otra vez a la lucha que estaba ya finalizando entre las tres naciones más grandes del orbe, por adueñarse del vital petróleo persa.

VIII

¡SALVADOS!

—¡Levantaos! Tengo que subirme encima de vuestros hombros.

—No podemos, Arnold. Llevamos toda la noche sin pegar un ojo, amarrados, abrumados de interrogatorios y en posturas incomodísimas.

—Levantaos. De ello depende nuestra posible salvación. Haced un esfuerzo.

Hacía un segundo que el albañil colocó el ladrillo que tapaba la última rendija de la puerta. Aun podían respirar durante cierto tiempo, mientras el aire de la pequeña estancia se viciaba, absorbido por los pulmones de los prisioneros. Payne, en tanto el albañil tapiaba el hueco, daba vueltas, a su imaginación con la esperanza de hallar la idea luminosa que les salvase de morir enterrados vivos. ¡Espantoso martirio mortal el que había decretado Sonia Lubriski, la espía más sanguinaria del Oriente Medio! ¡Morir vivos! Sentir, disfrutando del pleno conocimiento, que la respiración se va haciendo dificultosa, y que, poco a poco, pero implacablemente, el aliento que sostiene a la persona desaparece, fulminado por la asfixia.

—Haced un esfuerzo supremo. ¡Por Dios, levantaos, Lilia! —insistió Payne, rompiendo sus débiles ligaduras y aupando a los dos compañeros unidos por la espalda y atados firmemente.

Se pusieron en pie. El gesto de Lilia P. Blanchard seguía siendo indiferente y cansino. Las piernas de Ibrint apenas podían sostenerse derechas. Payne gateó por el cuerpo que le parecía más resistente, el de Lilia; pero sus ochenta kilos derribaron el andamio humano.

—¡Resistid; resistid! De ello depende nuestra vida; ¡resistid! —

les animó, ayudándoles a levantarse. Los movimientos de la pareja enlazada por el cordel eran torpones, y Payne se exasperó. Si el segundo intento resultaba baldío, la muerte vendría a recogerles segura e inexorable. Se arrimaron a una pared, con el fin de que el tabique sirviera, de apoyo. El americano subió, apoyando un pie en el hombro de la mujer, y agarrándose a la cabeza de Ibrint. Pudo erguirse al fin. Se tambalearon.

—¡Sosteneos un momento!… —suplicó, acongojado.

Lilia tensó los músculos de sus piernas. Hizo un esfuerzo titánico.

—Pon los dos pies en mis hombros —dijo, dándose cuenta de que aquélla era la última oportunidad—. Ibrint se va a caer. No resistirá más.

Payne cambió el pie, y la mujer cerró los ojos, apretando los dientes. Sus rodillas se tensaron, inconmovibles.

Sacó el puñal que llevaba debajo del pantalón, a la altura del muslo y por la parte interior. Dio una cuchillada al cielo raso, del garaje, y luego otra, rasgando como unos diez centímetros. El yeso y el material de encima, cedieron. Una cruz quedó dibujada en el techo, por donde entró una ráfaga de aire nuevo, inundando de oxígeno purificador los atrofiados pulmones de los detenidos.

—Ahora podremos resistir tantas horas como estimemos oportunas —anunció Payne, bajándose y besando repetidas veces el semblante desmayado de Lilia. Luego cortó el cordel que apretujaba los brazos de la mujer, así como los del anciano. Los de Lilia, tan blancos, tan tersos, tan suaves de ordinario, estaban amoratados, amorfos, heridos por la acerada cuerda.

—¿Qué haremos, después? —inquirió.

Y la luz de la esperanza volvió a hermosear su cara morena, adquiriendo sus pupilas aquel fuego de deslumbrante fascinación. En la obscuridad, aquellas pupilas parecían relucir como ascuas de oro.

—Aguardaremos una hora. Pronto se pasa, y luego, cuando estéis repuestos del cansancio, haremos un agujero en el techo. Es fácil, porque sólo tiene una capa de yeso. La cámara que hay entre el seto y las tejas, es pequeña. Así que, rompiendo las tejas sin preocuparnos de hacer ruido, la liberad será un hecho auténtico. ¿Estás contenta? —concluyó, buscando la boca de la joven.

—¿Y quién no lo estaría? Hace quince minutos creía en una muerte cierta, y ahora…

—Ahora, ¿qué pasa? —inquirió, persuasivo.

—Nada. Que la vida florece a nuestro alrededor —completó, románticamente.

Cuando Payne estimó que ya habían descansado lo suficiente, se dispuso a salir del obscuro garaje. Hizo la misma operación que antes, subiéndose sobre los hombros de los compañeros. Dio varios tajos al techo, y al fin consiguió ver las tejas, amplió el agujero a fuerza de golpes de puñal. Se agarró Payne a una viga de álamo, y dio un envite. Gateó hasta poderse sentar en el muro, y fue quitando tejas.

Un rayo de sol se coló, como de rondón, en la estancia.

—Dadme los cinturones. Los ataré a las vigas para que subáis vosotros, tirando yo de ellos.

Pronto se vieron los tres encima del tejado. El sol dificultaba la perfecta visión del panorama campestre. Hizo sombra a sus ojos con una teja.

—No diviso nada de particular. Quizá haya quedado alguno escondido por ahí, pero hemos de decidirnos. ¡Saltemos!

No hubo que anotar ningún acontecimiento, hasta su llegada a Tabriz. Sonia no consideró necesario dejar centinelas. ¿Para qué? Sus enemigos habían quedado cerrados en una pequeña habitación, donde, irremediablemente, morirían por asfixia. Incluso para cerciorarse bien del óbito de los tres occidentales, esperó en el jardín quince minutos. Era su pensar. Payne y sus amigos estaban ya más muertos que un faraón egipcio.

En Tabriz, Payne no escondió las espaldas, sino que buscó la pelea. Es cierto que su misión, técnicamente, podía darse como terminada, después de entregar el documento ruso a Hassan Alá. Pero quiso completar su labor y entregar a la policía del Estado a los provocadores de la revolución en Persia y del ignominioso sabotaje de Abadán.

Lilia le siguió, pero Ibrint tuvo que quedarse en una cama del hotel, vencido por los achaques y el sueño. Lo primero que hicieron fue agenciarse sendas pistolas. En Tabriz, quien no guarda en su bolsillo un arma, puede considerarse vencido de antemano. Se las compraron a un comerciante armenio, y, sin tardanza,

emprendieron la persecución de Sonia Lubriski y sus esbirros.

Tuvieron conocimiento de que habían salido hacía unos minutos en dirección a Teherán en un veloz automóvil. Payne iba a alquilar un coche, pero Lilia le advirtió que un «Vanguard» le esperaba en el garaje del hotel. Lo pusieron en marcha. El cuentakilómetros llegó a marcar una cifra exorbitante.

—¿Te asusta el vértigo, Lilia?

—No, si eres tú el que conduce —contestó.

Y el torrente de pelo negrísimo invadió su cara, sacudido por la velocidad, haciéndola tan terriblemente fascinadora, que la primera intención de Payne fue soltar el volante y acariciar aquel cabello suavísimo que se agitaba con salvaje hermosura.

En un surtidor de gasolina, a cincuenta millas de Tabriz, preguntaron al empleado si había visto un coche negro «Rolls-Royce» que llevaba una joven rubia.

—Sí, le he llenado el motor de gasolina. Pasó por aquí hace media hora. Iba la señorita rubia de que ustedes hablan y seis o siete hombres más.

Le dio una buena propina, y continuó el camino, más veloz aún que antes. En una curva muy cerrada, Payne tuvo que frenar rápidamente. El coche quedó detenido a unos centímetros de un hondo precipicio.

—¡De buena nos hemos librado! —murmuró Lilia, a quien se le había subido él corazón a la garganta.

Enfilaron un trozo de carretera plana, sin ondulaciones. Allá a lo lejos, descubrieron un punto negro.

—Aquél debe ser el coche de Sonia. ¡Prepárate! —le advirtió el americano, poniendo la pistola sobre el asiento, dispuesto a emplearla en cuanto tuviera ocasión.

Iba ganando terreno. El «Vanguard» corría como si fuera un bólido, dando saltos, a veces, cuando el estado deplorable de la carretera lo provocaba. El chofer del «Rolls-Royce» debió darse cuenta de la persecución, porque apresuró la marcha, Se entabló entonces una carrera sin freno, donde el ruido que producían los patinazos de las ruedas de ambos automóviles, junto al renquear de los motores, formaban un desconcierto aterrador. Se escuchó el primer disparo. Luego otro y otro. Una bala perforó el cristal del parabrisas del «Vanguard», rozando una oreja de Payne. Lilia se

dispuso a disparar.

—Espera. Voy a dar un apretón, y entonces dispararemos los dos a un tiempo.

Pisó el acelerador. El coche se aupó y dio un enorme estirón. En aquel preciso instante, soltó una mano del volante, agarrando la pistola.

—¡Tira a las ruedas! —ordenó, apretando la boca.

Bajaban una pronunciadísima pendiente. En el fondo, se veía un puente metálico sobre el río Jalub. Dispararon, errando los dos tiros.

—Ponte al volante —requirió Payne—. Yo procuraré darles lo que se merecen.

Cambiaron de posición. Una salva de proyectiles, lanzados desde el primer automóvil, perforó la carrocería del «Vanguard», y uno se introdujo en el respaldo del asiento delantero, a pocos milímetros de Lilia. Payne tensó el gatillo repetidas veces. Se escuchó el ruido característico cuando el aire se escapa de un recinto cerrado. En unos segundos, el neumático trasero del «Rolls-Royce» se vació. Pero al mismo tiempo, una bala enemiga rompió las bujías del «Vanguard», y ambos automóviles quedaron sin control. Payne apretó el freno de pie, mas como el coche iba lanzado a una velocidad de vértigo, patinó, casi sin aminorar la marcha. Ayudó a Lilia a mantener el volante, pero en aquel momento se produjo un choque estruendoso y violento.

Había embestido al «Rolls-Royce», que ladeado hacia la izquierda, con el neumático desinflado pudo imponer sus poderosos frenos. El automóvil de Sonia, empujado por el otro, rompió la barandilla metálica de contención, cayendo al río sin que ninguno de sus ocupantes tuviera tiempo de salir. Fue una colisión horrorosa y descomunal. El «Vanguard» quedóse inverosímilmente en el aire, con media carrocería fuera de la carretera, girando sus ruedas en el vacío. Una barra gruesa de la barandilla del puente se atravesó, enganchándose en ella el coche por la parte trasera. Y aquella circunstancia, impidió su caída.

Lilia sufrió las consecuencias del choque. El volante se apretó contra su pecho, aplastándoselo, y un trozo de cristal se clavó en su cara, quedando con la cabeza retorcida, con una hebra de sangre surcándole la barbilla para caer en la blusa de crespón blanco.

Payne sufrió también una aguda conmoción. Se dio un trastazo contra la chapa del parabrisas, las rodillas se le entumecieron a causa del golpe, y la manivela de marcha se hundió en su estómago. Tardó muy pocos minutos en recobrar el conocimiento. Percibió enseguida la gravedad del accidente. Se removió con mucho cuidado, pues de otra manera, al más mínimo vaivén, el coche podía desprenderse de la barra y caer al agua. Con sumo tiento, pasó a los asientos posteriores, arrastrando el cuerpo exánime de su novia. Abrió la portezuela dificultosamente y poniendo el pie en el mismo borde del puente, haciendo un gran esfuerzo, saltó a la carretera. Tiró de los brazos de Lilia, y, pese a su interés, a poco estuvo de caer al río. Cerrados los párpados, sangrando y hundida en su pecho la linda y destrozada cabeza, Lilia colgaba de las manos del americano con los pies al nivel de la barandilla del puente. Payne la alzó, arrastrándola, y dejó su chaqueta en el asfalto para que la frente de la joven descansase sobre ella.

Se asomó al río, bajando la rampa, una sola rueda sobresalía del agua. El «Rolls-Royce» debía estar empotrado en el cieno, porque no se veía otro rastro de él. Dos personas, nadando pretendían ganar la orilla. Una de ellas era una mujer. La otra, parecía Abdul. Payne se echó mano al bolsillo. Entonces se dio cuenta de que no llevaba pistola. Que se la había dejado en el coche. Sacó el puñal. Iba a cometer un crimen, pero no tenía más remedio que hacerlo. Abdul enarbolaba una barra de hierro, y aunque maltrecho, intuyó que tenía la intención de agredir. Payne tomó impulso, alzando el brazo derecho, en cuya mano empuñaba el arma blanca. Lo lanzó. Abdul pronunció un gemido hondo, estremecedor, angustioso. El puñal se hincó en su pecho, cerca del corazón, y Abdul desapareció debajo del agua, donde se hallaban, ahogados, los seis hombres que iban en el coche al ocurrir la catástrofe.

Sonia Lubriski llegó hasta la orilla, con un gesto cansino y extenuado, reflejándosele en el rostro. Contrajo los labios, y un rictus cadavérico arrugó su pálido semblante. Como una hiena herida, se lanzó sobre Payne. El hombre contuvo sus impulsos. Frunció el ceño. Sonia había perdido su marmórea frialdad. Un ataque de histerismo hacíala temblar. Le castañeteaban los dientes.

—Sea usted leal, Sonia, y entréguese —dijo Payne, persuasivo y sujetando las muñecas de la muchacha de ojos azules—. En el

mundo del espionaje no todo son asechanzas, embustes y luchas cruentas y exterminadoras. También hay lealtad. Usted ha perdido la partida, Sonia. Tiene que entregarse. Vaya delante de mí.

Le hizo caso. Estaba como ensimismada, aturdida, como si el mundo entero hubiera caído sobre ella. Miró a Lilia, con un gesto despreciativo y lleno de odio. Siguió avanzando carretera adelante.

Payne cargóse a hombros el cuerpo desvanecido de Lilia. Continuaba inconsciente. Avanzó así durante varios kilómetros. Sonia no volvió ni una sola vez la cabeza. Parecía como si se conformase con la derrota que le había «otorgado» el Destino.

Llegaron junto a un surtidor de gasolina. Payne, sin descargar de sus espaldas el cuerpo de su novia y también sin apartar la vista de Sonia, llamó por teléfono al domicilio de Hassan Alá, primer ministro del gobierno de Teherán.

Lilia fue recobrando el conocimiento. Payne le vendó la herida de la frente, aplicándole un calmante. Ella abrió los ojos y distinguió unos bultos borrosos y sin forma. Luego, su mirada fue adquiriendo intensidad. Se abrazó al cuello del joven, besándole, acaso inconscientemente.

—¿Estamos vivos aun? ¡Qué alegría! —susurró, gozosa—. ¡Qué visión más horrible! ¿Recuerdas, Arnold? El coche, el precipicio, el puente…

—Todo ha terminado, Lilia. Mira, ahí está tu «amiga» Sonia —dijo él, dejando que su maro se deslizara suave por la mata de negrísimo pelo de la muchacha.

Sonia estaba cerca de ellos, paseando por la carretera. Parecía como si el aire y la caminata hubieran despejado su cerebro. Payne no descuidó su vigilancia. Sabía que, en el momento más propicio, podía intentar la evasión o atacar por sorpresa.

Pasaron dos horas. Al fin apareció un automóvil por la carretera. Paró al llegar al garaje. Se apeó un hombre impecablemente vestido, alto y enjuto. Le salió al paso el agente del
C. I. A.

—¡Hola, Payne! Llegué a temer por usted —le dijo el recién llegado.

—Ya le dijo que todo saldría bien —manifestó el aludido—. La
K. P. A.,
ya no existe como tal organización.

—Ésa es la mejor noticia que podía ofrecerme —y se quedó mirando a Sonia, sentada en un banco, a la sombra de un árbol—. ¿Es la joven de que usted me habló?

—No, Lilia está aquí dentro, descansando —respondió—. Ésa es Sonia Lubriski, una peligrosa espía internacional. Creí que la conocía.

—He oído hablar de ella, pero no la conocía personalmente —confesó, un poco aturdido.

—Bueno, vámonos. La entregaremos a las autoridades persas como organizadora del sabotaje de Abadán —anunció, pasando a la casa para despertar a Lilia y trasladarla al automóvil.

Salió unos segundos después, llevando en brazos a la joven. La depositó en el asiento trasero.

—Usted, siéntese delante —ordenó a Sonia, que le obedeció, situándose al lado del conductor, es decir, del hombre que había llegado momentos antes, y que era la persona con la que telefoneó el americano.

Payne aguzó la vista. Haciendo como si atendiese a la mujer herida, observó de soslayo a Sonia. Ésta, disimuladamente, metía la mano en el bolsillo de la americana del conductor. No le sorprendió aquella actitud de la espía. El conductor le había hecho un guiño. Payne lo vio, porque el espejo retrovisor estaba inclinado, y su luna recogía las caras de los ocupantes de delante y no de las de detrás.

Aquello venía a confirmar una sospecha que se le vino a la imaginación el primer día que vio al sinuoso personaje. Pero dejó que el curso de los acontecimientos le diera la razón. Tiempo había de comprobarlo.

—¡Suelte la pistola! ¡Enseguida! —gritó Payne, sacando la suya.

En aquel instante, el coche dio un viraje pronunciadísimo. Payne no pudo guardar el equilibrio y cayó encima de Lilia, que profirió un alarido. Había, puesto las manos sobre las heridas de la muchacha, produciéndole un dolor agudo y febril. Entonces, el conductor frenó, parando en seco. A Payne se le escapó la pistola de la mano, y antes de que pudiera hacerse dueño de ella, dos automáticas le apuntaban a la cabeza.

—¡Qué iluso es usted, Payne! —rió, sarcásticamente, el hombre —. Creía que le resultaría fácil vencernos, ¿eh?

Hassan Alá, el agente de enlace del

O. S. S.,
en el Oriente Medio, apoyados los codos en el respaldo del asiento, estaba a punto de apretar el gatillo. A su lado. Sonia, ensayaba una risita histérica y flageladora.

—A mí no me engañó, Hassan —le advirtió Payne, pisando su pistola, dispuesto a recogerla en cuanto sus enemigos se descuidaran—. Ya sabía que usted nos estaba traicionando.

—¡Ja, ja, ja! Usted ha sido tan imbécil como los otros —replicó —. Ayer mismo me entregó usted el documento microfilmado. ¡Qué va a desconfiar!

—La película que le di está en blanco. El rollo impresionado lo deposité en un lugar seguro.

—¿Sí? —Hassan aflojó el dedo que tensaba el gatillo de la pistola. Hizo un gesto desabrido—. Ahora lo veremos. Si es una treta, la cosa no le servirá de nada. Tendrá que entregármelo. Ya he mandado revelar la película.

Lo mataría después, cuando hubiera comprobado que las palabras de Payne eran veraces. Se puso Sonia al volante, dejando la pistola sobre su falda. Hassan, viendo que Payne, con el pie, quería atraerse la pistola, se agachó para cogerla. El americano no dudó un instante. Alzó el pie, y con la puntera le dio un tremendo golpe en la mandíbula, haciéndose con la pistola. Sonia se volvió inmediatamente. Disparó, pero los proyectiles salieron por la capota del automóvil. Payne logró sujetarle la muñeca, retorciéndosela. Tuvo que dejarla. Hassan se echaba sobre él, y blandiendo una llave inglesa, se disponía a golpearle la cabeza. El joven, ante aquella grave amenaza, desgatilló tres veces consecutivas y Hassan Alá, encogiéndose como una oruga, bajó la cerviz, perforado su pecho mortalmente.

Lilia, con los ojos medio entornados, postrada, en el asiento, incapaz de toda acción ofensiva o defensiva, seguía la escena con vehemente ansiedad.

—No oponga resistencia, Sonia —advirtió Payne—. Está perdida. Si intenta exasperarse, le ocurrirá lo que a éste, a su… marido.

—Vaya, veo que es usted muy inteligente —Sonia no había perdido su enorme caudal de sangre fría—. ¿También lo sabe?

—Ha sido una perfectísima organización la de ustedes, Sonia —

el americano continuaba apuntándole—. Engañaron a los del «Fedeiyan» y del «Tudeh», diciéndoles que trabajaban al servicio de una potencia extranjera. Incluso consiguieron el concurso de un espía de esta potencia, Manneliski, que colaboró con ustedes creyendo que les eran fieles. En principio, sí trabajaban para ellos, pero luego decidieron independizarse, y así nació la
K. P. A.,
una organización de espionaje creada por un matrimonio diabólico. Estoy seguro que el documento que sustraje de Bakú, querrían venderlo. Por eso su marido me incitó para que pasara la frontera estratégica.

Lilia le tocó con un dedo. Payne colocó su oído cerca de la boca de la joven, sin dejar de vigilar a Sonia.

—¿Cómo lograste enterarte de que eran marido y mujer? —susurró ella.

—Verás. La segunda vez que visité a Hassan, después de la muerte de Ruizi, descubrí un objeto en su casa que me sorprendió —aclaró Payne, estudiando las reacciones de Sonia—. Fue un descuido imperdonable de Hassan Alá. Entre unos papeles que me enseñó, había una fotografía hecha en Turquía en 1944. Me fijé en ella. Estaban retratados Hassan y una mujer muy parecida a nuestra amiga. Rubia, esbelta, de ojos azules. Anoté, en mi memoria el número y la firma de la fotografía, y escribí al fotógrafo turco. Su contestación fue aleccionadora, pues me decía que la «foto» pertenecía al matrimonio Hassan Alá y Mary Anderson, que es el verdadero nombre de Sonia.

Hizo una pausa, encendiendo un cigarrillo.

—Por eso le llamé, para que fuera a buscarnos al garaje. Sabía que procuraría liberar a su mujer. Pero me sorprendió con el viraje del coche… En fin, todo ha terminado ya. Quisieron engañarnos haciéndonos ver que eran agentes eslavos, pero cometieron un desliz.

—¿Cuál? —preguntó Mary Anderson, notablemente interesada.

—En Abadán, me mandó usted robar el plano del oleoducto cuya copia estaba ya en poder de los eslavos, según pude averiguar después en Bakú. Sí, un plan, por muy bien urdido que esté, siempre tiene sus fallos.

—¿Qué hacemos ahora, parados aquí? —preguntó Lilia.

—Esperaremos hasta que llegue la policía del gobierno. La avisé también.

—Bueno, Lilia, ha llegado el momento de nuestra separación —dijo Arnold Payne, ya en el aeropuerto de Teherán—. He de volver a Washington.

—¿Sí, Arnold? —contestó Lilia, que tenía su mano escondida entre las del americano.

—Sí. Supongo que tú irás a Londres. Has de rendir información, ¿no?

—No creo que sea necesario.

—¿Qué dices? ¿Que no es necesario? ¿Es que no vuelves a Londres? —se extrañó el muchacho. Observó a Ibrint, el falso misionero, que tenía una maleta en cada mano—. Mira, Ibrint se va también.

—Yo haré lo mismo en el próximo avión.

—¡Qué absurdo! El primer avión que despegue irá a Estados Unidos.

—Bueno, pues a Washington voy yo —rió de muy buena gana. Sus ojos negros tenían una expresión realmente encantadora—. Iremos los tres: Ibrint, tú y yo.

—Pero el «Intelligence Service» inglés…

—¡Ah, sí! Verás, Arnold… El Servicio de Espionaje británico me parece muy bueno, pero mejor es el norteamericano.

—¿Vas a ofrecerte al
O. S. S.?
Puedo recomendarte a nuestro jefe.

—No lo necesito, Arnold. Ibrint y yo pertenecemos al
O. S. S.
Nos mandaron aquí para que, en la sombra, te ayudáramos sin que tú supieses nada. Y a fe mía que lo hemos cumplido, ¿verdad, Ibrint?

Se abrazaron los tres, alborozados y risueños. Un empleado del aeropuerto puso las escalerillas de subida. Ascendieron. Payne llevaba una mejilla enrojecida por el carmín de su novia.

El «Douglas» de cuatro motores se elevó. Abajo quedaba, la tierra ubérrima de Persia, libre de saboteadores y con su petróleo intacto.

En una mazmorra, Sonia Lubriski y sus secuaces, los que

quedaban, aguardaban hieráticos el momento de ponerse delante del pelotón de ejecución.

FIN

«¡COMO RESUENAN EN MIS OIDOS
...los gritos de aquella muchacha que creía ver en mí al despreciable sujeto que, fingiéndole amor, había llevado a su padre a la muerte!»

Así, decía McLaren, el bravo agente del F. I. B., que el gran autor

FRED GORHAN

ha escogido como personaje central de su apasionante novela

Secuestros en Nueva York

que aparecerá en el próximo núme de la siempre interesante Colección

SERVICIO SECRETO

No deje usted de leer esta emocionante narración de

FRED GORHAN

de la que guardará, sin duda alguna, un recuerdo inextinguible.

¡¡Recuérdelo!!

Secuestros en Nueva York

¡Un libro que devorará de un tirón!